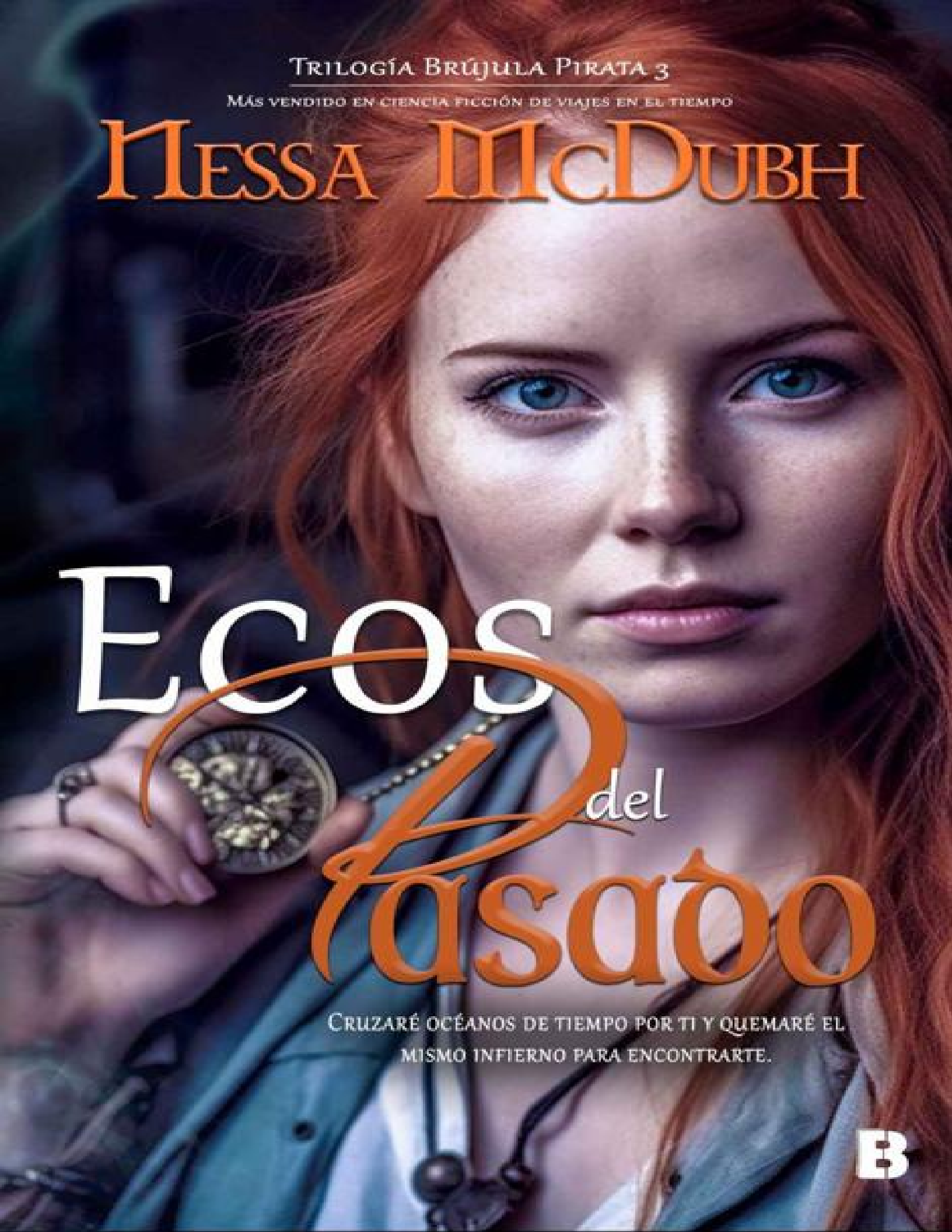

Trilogía Brújula Pirata 3
Más vendido en ciencia ficción de viajes en el tiempo
Nessa McDubh
Ecos del Pasado
Cruzaré océanos de tiempo por ti y quemaré el mismo infierno para encontrarte.
B

Derechos **de autor** ©**202**4 **Ness**a **McDu**bh

Primera **edici**ón: **noviembr**e **202**4

ISBN: **9798343937**442

Sello: **Independen**tly **Publish**ed

©**De**l **text**o: **Ness**a **McDu**bh
©**Maquetaci**ón **y dise**ño: **Ede**n **Book**s
©**Imag**en **de cubier**ta: **Ede**n **Book**s

Todos los derechos **reservad**os. **Los personaj**es **y event**os **que se presenta**n **en est**e **libr**o **so**n **ficticio**s. **Cualqui**er **similitud co**n **person**as **real**es, **viva**s **o muert**as, **es un**a **coincidenc**ia **y no alg**o **intencion**ado **por part**e **de**l **auto**r.

Queda rigurosamente **prohibi**da, **si**n **autorizac**ión **escri**ta **de los titular**es **de**l **copyrig**ht, **baj**o **la**s **sancione**s **establecid**as **en la**s **leye**s, **la reproducci**ón **parcia**l **o tota**l **de est**a **obr**a **por cualqui**er **medi**o **o procedimien**to, **incluid**os **la reprografí**a **y el tratamien**to **informáti**co, **así com**o **la distribuci**ón **de ejemplar**es **mediant**e **alquil**er **o préstam**o **públic**os.

Diríjase **a CEDR**O (**Centr**o **Españ**ol **de Derecho**s **Reprográfi**cos) **si necesi**ta **fotocopi**ar **o escane**ar **algú**n **fragmen**to **de est**a **obr**a (www.conlicencia.com; **91 702 19 70**/**93 272 04 45**).

Copyright ©**202**4 **por Ness**a **McDu**bh

A ti*,* mi pira*ta* lecto*ra*.

Una travesía larga

Hace más de un año que se publicó la primera parte de esta trilogía, y mucho tiempo más desde que se gestó en mi mente (y en un foro de locas por las novelas románticas en todo su esplendor). Esta trilogía se había creado con la intención de publicarla con un margen de no más de tres meses entre libro y libro, pero un revés importante en mi vida me hizo parar en seco mi carrera literaria.

Ha sido un camino largo y bastante tortuoso, para qué negarlo. Una época demasiado oscura para mí, en la que he llegado a replantearme si continuar con esta vida de escritora. Por suerte, toda tormenta tiene su fin y ahora estoy en una etapa de resurgimiento. Y sentarme a escribir esta novela fue lo que más me ayudó a sacar la cabeza fuera del agua y tomar aire.

El viaje de Olivia y Hiram ha llegado a su fin y lo he contado como ellos me lo han pedido, pero sí me he tomado la libertad de volcar muchas de mis emociones en estas páginas. Digamos que he hecho un poco de terapia, pero necesitaba despedirme de alguien que fue muy importante en mi vida y a la que no se me dio la opción de hacerlo. Espero haberlo hecho bien, a mí me sirvió de mucho y me ayudó a tomar impulso para continuar con mi trayectoria literaria.

Por suerte para mí, no he estado sola en este camino. A mi lado han estado siempre mis amigos más cercanos y mi prima pequeña, que es más una hermana y mi refugio emocional (aunque tengamos momentos en los que nos queramos ahogar con un calcetín). También han estado ahí mis queridas compañeras escritoras, que me han apoyado y regañado a partes iguales cada vez que me sentía desfallecer.

No sé qué me deparará el futuro, pero sí sé que lo quiero vivir y disfrutarlo sin pensar en nada más. Así que, si has llegado hasta esta etapa de mi vida, te doy mis más sinceras gracias porque no lo hubiese logrado sin tu apoyo lector.

Gracias, gracias, gracias.

Nessa

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo



PRÓLOGO

La brisa caribeña revoloteaba a nuestro alrededor y acariciaba nuestros cabellos como si de unos dedos invisibles se tratase. Agitaba cada mechón y secaba los restos de agua del baño que nos habíamos dado hacía unos instantes. Sentados en la blanca arena de lo que en mi tiempo se conocía como Isla Paraíso, observábamos el horizonte. El lugar donde todo comenzó, donde el destino nos unió.

—¿En qué piensas? —murmuró Hiram a mi lado, tras darme un suave beso en la sien.

—En todo…, y en nada. En ti, en mí, en el futuro…

—¿Y qué crees que nos deparará la vida, ahora que ya no seré más un pirata? —Me rodeó con los brazos y se pegó más a mí. Me recosté contra su pecho y noté el calor que emanaba de él. Cerré los ojos y aspiré el aroma a sal.

—Sea lo que sea, será maravilloso —dije.

—¿No tienes nada en mente? ¿Ningún deseo o…? —Me giré lo justo para mirarlo y besarlo.

—Solo te deseo a ti…, y a nuestros futuros hijos. —Sus ojos brillaron con intensidad y una hermosa sonrisa adornó ese rostro angelical que tanto adoraba.

—Me esforzaré para darte todos los que desees —juró antes de besarme con dulzura.

Me gustaban esos cálidos besos que me daba, aunque mis preferidos eran los apasionados, los duros y cargados de excitación. Esos en los que me devoraba el alma y mi cuerpo ardía por completo.

Un trueno perdido en la lejanía llamó nuestra atención. El horizonte se había oscurecido de repente y la amenaza de una tormenta tropical se cernía sobre nosotros.

Cogidos de la mano, corrimos hacia la vegetación donde teníamos el resto de nuestras prendas colgadas y nos vestimos a toda velocidad. Una vez terminamos, caminamos entre los árboles y las palmeras, escuchando el viento silbar con fuerza.

Las tormentas tropicales eran así: llegaban, te sacudían y se iban.

Hiram tiraba de mí al mismo tiempo que apartaba las ramas bajas de los árboles y las zarzas para no dañarnos. El aguacero llegó al instante y acabamos empapados de nuevo,

corriendo entre la espesa vegetación de la isla.

Corrimos a gran velocidad hasta encontrar una cabaña abandonada, hecha de adobe y con un tejado a dos aguas recubierto por enormes hojas de palmera. Con el hombro, Hiram abrió la puerta y ambos entramos al refugio de ese pequeño hogar.

Los truenos resonaron cerca, como si estuviesen castigando al mar por algún delito cometido. Fueron varios los que cayeron a nuestro alrededor y vinieron acompañados de un viento horrible.

Empecé a temblar por el frío que me empapaba. Hiram me atrajo hacia su cuerpo para transmitirme todo el calor que fuera necesario, aunque él también estaba mojado. Frotó mis brazos y espalda con las manos. Noté algo de alivio, pero no mucho.

—Qué extraño —pronunció Hiram, que miraba hacia el exterior por el hueco de una pequeña ventana a nuestro lado.

—¿Qué ocurre? —pregunté entre tiritona y tiritona.

—Esta tormenta es…, anormal. —Lo miré extrañada y desvié la vista hacia el punto al que él estaba mirando, pero yo no vi nada más que un aguacero como muchos de los que ya había visto hasta el momento.

—Yo solo veo una tormenta tropical como otra cualquiera.

—No, esta es diferente. Parece una lucha entre dioses, no es normal.. —Me moví incómoda entre sus brazos, un escalofrío me recorrió toda la espalda tras pronunciar esas palabras. Él me miró y me dio un beso en la frente—. Tranquila, estaremos bien —dijo.

—No tengo miedo, siempre que esté contigo —confesé y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

—Nunca te dejaré, mi corazón de fuego. —Y nos fundimos en un profundo beso que me supo a eternidad.



Capítulo 1

Asturias, junio de 2017

La alarma del móvil tronó a mi lado como si de una señal apocalíptica se tratase. Me desperté sobresaltada, desorientada y angustiada. La oscuridad de la habitación me abrumó, así que cerré los ojos y respiré bien profundo para calmar la ansiedad que amenazaba con apoderarse de mí.

—Ha sido un sueño, Olivia —susurré al vacío y con una mano en el pecho. Mi corazón latía con fuerza, tanta que parecía querer salirse de su sitio.

Otra vez esa visión, ese recuerdo de nuestra última conversación y que acudía a mí cada noche para atormentarme. Llevaba meses sin dormir bien por culpa de esas pesadillas…, o, más bien, sueños recurrentes. A veces me despertaba envuelta en lágrimas. Otras, paseaba la mano por las sábanas, deseando rozar la calidez de un cuerpo junto al mío.

Mi regreso había sido un shock muy duro, pero aprender a vivir sin él estaba siendo horrible. El día a día era un auténtico suplicio, me costaba mucho adaptarme a la realidad en la que estaba y vivir a los pies de una playa que se asemejaba tanto a la de Nassau no lo ponía nada fácil.

—Liv, ¿estás bien? —sonó la voz de mi amiga al otro lado de la puerta.

Me incorporé en la cama y me senté en el borde, respirando con calma y notando más relajado el latir de mi corazón.

—Sí… ha sido…

—¿Otra pesadilla? —preguntó. Abrió la puerta y se vino a mi lado.

—Otra de tantas —suspiré contra su hombro, tras abrazarme ella.

—Quisiera poder ayudarte, amiga, pero…, no sé qué puedo hacer, salvo dormir contigo para acompañarte cuando te invadan esos sueños. —Sonreí agradecida y contuve las lágrimas —. ¿Tan malos son, Liv? —quiso saber.

Suspiré y dejé que el agua retenida en mis ojos brotase sin más. Me separé e intenté limpiarme la cara con la mano, pero Nat se adelantó y acarició cada lágrima con ternura.

—No, no lo son. —Tomé aire y continué: —Son maravillosos, pero…

—Sueñas con él, ¿verdad? Vuelves a su lado…, con ¿Hiram? —Asentí, si abría la boca para contestar, ya no podría parar. Nat me abrazó de nuevo, pero con más fuerza—. Ay, Liv… Pronto encontraremos la forma de que regreses, ya lo verás —afirmó.

—No lo sé, Nat. Yo… yo no…

—Eh, oye —Tomó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarla—. Si alguien puede encontrar la forma de viajar al pasado, eres tú. Ya lo has hecho, además. Estoy segura de que darás con la forma o el conjuro necesario que abra un portal hacia tu hombre. —Me reí, aun con lágrimas en los ojos.

—No hay ningún conjuro o portal, Nat. Esto no es una película de Marvel —protesté entre risas.

—Bueno, tampoco es que sea algo muy cotidiano. No conozco a nadie más que vaya y venga del pasado, ¿sabes? —bromeó ella.

Algo en mi cerebro saltó de golpe y una idea comenzó a tomar forma.

—Eso es —exclamé. Me impulsé fuera de la cama y comencé a dar mis clásicos paseos nerviosos cuando algo tomaba forma en mi mente.

—¿Qué?

—Has tenido una idea genial.

—Tengo muchas a lo largo del día, pero…

—Me estaba concentrando en las leyendas y mitos sobre personas que desaparecían de forma misteriosa en todas y cada una de las culturas a lo largo del mundo, pero… debo buscar en testimonios, viajeros que…

—A ver, Liv —me frenó ella. Detuvo mi movimiento nervioso al colocar ambas manos sobre mis hombros—. Dos cosas: una, no estoy en tu cabeza y no logro hilar los argumentos a la misma velocidad que tú; y dos, ¿en verdad crees que vas a encontrar documentos sobre testimonios de gente que haya viajado al pasado? Ni que existieran diarios de viajeros en el tiempo —dijo.

—No, bueno… no sé si existe algo de eso, pero sí hay textos que hablan sobre personas que regresan pasado un tiempo y cuentan historias sobre…

—Fantasías, Liv. Cuentan historias sobre mundos de hadas, seres de otro mundo —me interrumpió.

—Pensaba que me creías —comenté ofendida.

—Y te creo, a ti te creo, pero muchas de esas otras historias no cuentan lo mismo que tú, Liv. Además, eres la persona más racional que conozco y sé que no te inventarías una cosa así, pero…

—Nat —intervine yo—, debo intentarlo. Hasta ahora, tan solo estaba dando palos de ciego. La información que obtuve del libro del profesor es buena, muy buena, pero tan solo

me ha llevado a callejones sin salida. Tengo que cambiar el enfoque.

—O sea, que toca buscar chismes y testimonios sobre personas que hayan viajado en el tiempo. —Asentí con emoción. Ella resopló—. Bueno, pues tendremos que empezar a rebuscar en las revistas de Novedades viajeras —bromeó.

—No seas boba, Nat. Eso no existe —contesté entre risas.

—Ya, tampoco la posibilidad de vivir aventuras entre piratas buenorros y, por lo que tú cuentas, sí se puede. —Solté una carcajada y me di cuenta, en ese instante, de que la angustia por las pesadillas se había ido—. Estoy pensando en viajar contigo, quiero conocer a tu cuñado pirata.

—Os llevaríais la mar de bien —me burlé al recordar a Liam, aunque estaba segura al cien por cien de que serían dos tormentas tropicales chocando de frente. Sería, cuanto menos, interesante verlo juntos.

—Bueno, en vistas de que ya no vamos a lograr dormir más ninguna de las dos, será mejor que nos vayamos preparando. Creo que hoy tendremos una ardua tarea archivando memeces —dijo ella, y me reí de nuevo.

—Si tu jefa de departamento te escuchara hablar así…

—Me daría la razón. —Ambas acabamos riéndonos a carcajadas, sobre todo cuando Nat se puso a imitarla.

Llevábamos menos de dos meses trabajando en la biblioteca Jovellanos, uno de los edificios más emblemáticos de Gijón. Gracias a las buenas recomendaciones del profesor Pérez, conseguimos que nos aceptasen como becarias

A Natalia le asignaron funciones de archivo y clasificación, mientras que a mí me enviaron a revisión y documentación. No era gran cosa, pero me daba acceso a documentos que de otra forma me hubiese sido más difícil de obtener. Me pasaba horas allí metida, y no solo en horario laboral. Empleaba casi todo mi tiempo en leer infinidad de textos, en hacer anotaciones en uno de mis muchos cuadernos rellenos con esta única temática: los viajes en el tiempo.

Mientras Nat terminaba de ducharse, yo observaba el horizonte a través de los cristales del salón. Apoyada contra uno de los marcos de las ventanas, y sujetando un café humeante entre las manos, admiré el hermoso amanecer y la maravilla de colores que se formaban en el cielo con las primeras caricias del sol.

A lo lejos, mar adentro, se podían divisar una hilera de barcos a la espera de entrar en el puerto. Buques que transportaban mercancías y que o bien descargaban aquí o bien era un punto de reposo hacia alguna ruta marítima internacional. También había pequeñas barcazas, pero esas estaban más cerca de la costa. Gijón siempre fue una villa marinera, llena de

pescadores y era una tradición que nunca se extinguió. Siempre encontrabas a más de uno con su caña de pescar, clavada en la arena de la playa y a la espera de que alguna presa picase el anzuelo.

Mi mente viajó hacia otra villa marinera, pero de un tiempo pasado y muy lejano. Viajé de vuelta al lugar en el que me sentí más feliz y viva que nunca. Mi hogar, mi mundo… El lugar donde mi corazón se había quedado, cautivo de unos ojos azules tan intensos como un mar en calma. El dolor se volvió a anudar con fuerza en mi estómago y hasta presionó mi garganta al tragar.

—Eh, pelirroja —me llamó Nat. Dirigí la mirada hacia ella y sonreí de forma forzosa—. Otra vez pensando en él, ¿verdad? —Mis ojos se encharcaron al instante y las palabras se agolparon en mi garganta, sin encontrar otra forma de salir que no fuesen en un sonoro suspiro agónico.

Natalia acortó la distancia desde la barra de la cocina hasta donde yo estaba y me rodeó con los brazos. El calor que su cuerpo me trasmitió hizo que me derrumbase y se abriesen las compuertas de mi dolor. Empezó como un sollozo que poco a poco se fue transformando en un mar de lágrimas y lamentos.

—Ay, ya, amiga…, por favor, Liv —suplicó ella, sin saber cómo curar esa herida sangrante que me iba destrozando día a día.

—Es que… No puedo, Nat. Le necesito, no puedo seguir acudiendo a él cada noche y despertarme sola. Yo no… no creo que pueda soportarlo mucho tiempo más —le confesé entre sollozos.

—Liv, mírame —me instó y se separó lo justo para obligarme a fijar mis ojos en ella—. Lo vas a conseguir, ¿vale? Encontraremos la forma de que regreses, te lo prometo. El proceso de documentación es largo y tedioso, ya lo sabes, pero estoy convencida de que lograrás dar con la forma de reunirte con él. —Había tanta seguridad en esas palabras, que por un momento me lo llegué a creer.

—Llevamos meses rebuscando entre documentos, Nat, y tan solo hemos encontrados callejones sin salida…, y mucha mitología, leyendas…

—Pero, como tú bien dices, las leyendas siempre se basan en hechos reales. Es cuestión de encontrar la puerta que abre ese mundo. Ya lo hiciste una vez, volverás a hacerlo.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello?

—Porque nunca te había visto así de enamorada, Liv, y dos almas que conectan de esa forma, no pueden estar separadas.

—¿Cuándo demonios te has vuelto una romántica empedernida, amiga? —bromeé entre risas y sollozos.

—La culpa es tuya, que me cuentas historias sobre piratas buenorros y me ablandas el

corazón —**dij**o. **La mir**é **incrédu**la **y estal**lé **en carcajad**as, **qu**e **ell**a **acompa**ñó **poc**o **despu**és.



Capítulo 2

El primero en darnos los buenos días al llegar a la biblioteca fue Aaron, el vigilante de seguridad y el que siempre nos abría las puertas de entrada exclusiva para trabajadores. Atravesamos el pasillo y luego subimos las escaleras que llevaban al tercer piso del edificio. Allí, nos recibió Alba, una risueña joven que realizaba sus prácticas de auxiliar de biblioteca.

—¡Buenos días, chicas! —nos saludó con efusividad. Dejó el carrito lleno de libros que empujaba y nos dio un abrazo a las dos.

—Tienes que decirme el desayuno que te tomas todos los días para estar siempre tan alegre de mañana —comentó Nat.

—Será que tú te levantas siempre de mal humor, ¿verdad? —me burlé de mi amiga, la que, prácticamente, todas las mañanas desde que la conozco, se levantaba cantando y derrochando una energía increíble.

—Lo hago por ti, querida —me replica con ironía.

—Ya, claro.

—Liv, cielo. Cuando te levantas parece que odias al mundo por el simple hecho de existir, así que yo decido ser quien le dé luz a tu vida de buena mañana para que no empieces con mal pie el día. —Termina su exposición mostrando una sonrisa de lo más amplia. Llegué a pensar que le daría un tirón en la cara.

—Chicas, ¿vendréis a la fiesta de San Juan esta noche? —preguntó Alba, sin más.

Me había olvidado por completo de la fecha en la que estábamos. Una de las festividades que más me gustaban celebrar, desde siempre, y era la primera vez que ni me había planteado acudir a la clásica hoguera que cada año se prendía en la playa para dar la bienvenida al verano.

Sopesé las opciones, resoplé y dije:

—Bueno, no sé…

—Por supuesto que iremos, Alba. No nos lo perderíamos por nada del mundo. —Fue Nat quien contestó, sin siquiera tener en cuenta mis intenciones.

Miré a mi amiga con severidad, pero ella me respondió con un guiño y un beso al aire.

Puse los ojos en blanco y suspiré, era absurdo luchar.

—¡Genial! Nos veremos en San Lorenzo, entonces —dijo y emprendió camino hacia su destino, empujando ese carrito cargado de tantos libros que bien se podría decir que la biblioteca estaba vacía.

Nosotras tomamos el pasillo a nuestra derecha para dirigirnos hacia la zona de los vestuarios para dejar nuestras pertenencias.

—Podrías haberme consultado antes de tomar la decisión por las dos —verbalicé en cuanto llegamos a la pequeña sala repleta de taquillas de metal oxidado.

—¿Para qué? Me ibas a decir que no —dijo ella. Se quitó la mochila, la cazadora y lo dejó todo en el fondo de su departamento.

—Porque no tengo el cuerpo para muchas fiestas, Nat, y mucho menos en la playa. Deberías saberlo. —Cerré la oxidada portecilla de mi taquilla de un golpe porque las bisagras habían decidido hacía semanas que preferían ser azotadas.

—Lo sé, Liv, y lo he tenido en cuenta, pero necesitas salir y socializar más. Apenas tratas conmigo, con los de seguridad o con tu compañero de departamento. Te pasas el tiempo metida entre libros…

—Porque intento encontrar la forma de volver junto a Hiram, Nat, y yendo de fiesta en fiesta no lo voy a lograr —protesté, tal vez con demasiada efusividad.

Mi amiga cerró los ojos y suspiró. Me sentí culpable al instante al ser consciente de lo brusca que había sido. En verdad que se preocupaba por mí y no tenía malas intenciones. Sin más, me abracé a ella y la estrujé un poco.

—Lo siento, Nat. Sé que solo quieres ayudarme y te preocupas por mí. Es solo que… Está siendo muy duro —le dije al oído.

—Lo entiendo, Liv. En verdad que lo entiendo. No todo el tema de los viajes en el tiempo, pero comprendo tu desesperación —afirmó al mismo tiempo que me rodeaba con los brazos.

—Gracias, amiga. No sé qué sería de mi vida si no estuvieras a mi lado…

—Te aburrirías como las piedras —bromeó y acabamos riéndonos las dos, abrazadas y dándonos apoyo mutuo.

Tras abandonar el vestuario de chicas, cada una se fue a su puesto de trabajo. A Nat le tocaba ir a los archivos jurídicos y a mí me designaron al departamento de catalogación de documentos y archivos navales de los buques españoles hundidos a lo largo de las costas americanas.

Conseguí ese puesto gracias a las recomendaciones del profesor Pérez, que movió algunos hilos entre sus contactos y allegados para que me ubicasen en ese departamento. Gracias a ello, tenía acceso a un montón de bitácoras donde algunos capitanes relataban historias de lo más surrealistas que les ocurrían durante sus trayectos.

En esos momentos, mi trabajo consistía en la revisión y catalogación de los diarios de a bordo de un mercader andaluz, que fue uno de los empresarios que se sumaron a los llamados viaj*es* andaluc*es* que tuvieron lugar tras el famoso Fernando de Magallanes.

Me encontraba rodeaba de cajas y cuadernos antiguos, con tantos años y aventuras ocultas en sus páginas que ni reuniendo a toda la plantilla de trabajadores del departamento lograríamos juntar años y experiencias. Era algo maravilloso, mi pasión. Aunque mi mente no estaba muy centrada, estaba disfrutando de la experiencia.

—Descansa un poco la vista, compañera, o acabarás ciega antes de la vejez. —La voz de mi compañero de sala me sacó de mi concentración. Levanté la vista del cuaderno que tenía entre manos y lo vi de pie a mi lado, esbozando su clásica y enigmática sonrisa.

—Buenos días a ti también, Tony —le saludé.

Asintió a modo de respuesta, pasó por mi lado y se fue directo al otro lado de la gigantesca mesa llena de material de trabajo. Arrastró la silla hacia atrás, provocando un estruendo de lo más sonoro, ya que permanecíamos en un silencio absoluto, y se sentó.

—¿Te veré en la hoguera esta noche? —preguntó, al mismo tiempo que sacaba un libro envuelto en plástico protector y se ponía manos a la obra con su trabajo.

—Eso parece —solté con un largo suspiro.

Tony levantó los ojos hacia mí y me miró ceñudo a través de sus espesas pestañas oscuras. Pude ver cómo escrutaba mi rostro con esos ojos tan verdes más típicos de un felino que de un humano.

—Te veo emocionada por la fiesta. Diría que hasta deberías rebajar la intensidad de tus palabras porque me abrumas con… —le lancé un lápiz que tenía a mi derecha, directo a la cabeza. Él lo esquivó y soltó una carcajada—. Si te soy sincero, me sorprende que vayas. No te sueles relacionar mucho con la gente del trabajo, salvo con Natalia —dijo.

—Ella es como mi hermana, es normal que me sienta más cómoda con ella.

—Auch —se quejó, y yo le saqué la lengua—. Eso duele, pelirroja. Creía que nos llevábamos bien. Ya sabes, como compañeros.

—Y lo hacemos, pero… No me gusta mucho socializar, Tony. Ya deberías de saber eso de mí —contesté.

—Lo cierto es que no te conozco tan bien como me gustaría. —Y rompió el contacto visual conmigo para enfrascarse en el diario que le tocaba revisar.

Esa afirmación me dejó algo descolocada. Entendía el mensaje oculto que había tras esas palabras, pero no me esperaba algo así por su parte. Siempre creí que tenía una relación con Abril, la chica de recepción. Iban juntos a todas partes y, al menos por parte de ella, existía un

tonteo que a muchos les divertía.

No era de extrañar, ya que Tony era un chico muy atractivo: alto, fuerte y de tez morena. El cabello le caía sobre la cara, tan negro como el carbón, y enmarcaba a la perfección su rasgo físico más atrayente: esos ojos verdes tan hipnóticos. Y luego estaba la labia que tenía. Nat decía que era un tío peligroso porque sabía cómo engatusar a las mujeres sin apenas abrir la boca.

«No todas, al parecer», susurró una vocecita en mi mente.

Sacudí la cabeza para disipar esos pensamientos y volví de nuevo a mi lectura. Un viaje por horas y horas de un diario de lo más metódico y lineal, sin apenas altercados durante los viajes que ese capitán habría realizado. Ni siquiera un mísero intento de motín a bordo o algún percance con algún otro barco. Nada. Unos viajes de lo más aburridos.



Capítulo 3

El día pasó como solía hacerlo, con lentitud. En mi descanso pude retomar unas leyendas de los indios americanos que hablaban sobre viajeros extraños venidos de otro tiempo, a los cuales consideraban como enviados de los dioses para salvarlos de algún conflicto que asolaba las tribus en esos momentos.

Nada nuevo, nada que me orientase hacia lo que en verdad buscaba, que era cómo retornar al pasado. Había textos de exploradores que hablaban sobre lo que los ancianos sabios de las tribus contaban y siempre, en casi todas ellas, los emisarios divinos volvían a su tiempo. Ninguno decía nada sobre retornados y yo quería saber cómo demonios volver allí, a Nassau.

Aun así, mi tenacidad me empujaba a seguir investigando. Algo en mi interior me decía que estaba cerca y que no claudicase en mi empresa. De una forma o de otra, volvería junto a Hiram.



—¡Liv! ¿Podrías traerme la toalla, por favor? Me la he dejado sobre la cama —voceó Nat desde el interior del baño.

Hacía un par de horas que habíamos regresado a casa para darnos una merecida ducha y vestirnos para la ocasión. La primera en meterse en el baño fui yo porque conocía muy bien a mi amiga, siempre tardaba eones.

—¡Voy! —contesté al mismo tiempo que me levantaba de la silla de mi escritorio.

Como sabía que la espera iba a ser eterna, decidí seguir con mi propia investigación desde el portátil. Como trabajadoras de la biblioteca y documentalistas, teníamos acceso a todo el archivo digital para hacer nuestras propias búsquedas desde cualquier sitio.

Caminé hasta la habitación de Natalia y cogí la toalla que había a los pies de la cama. Abrí la puerta del baño y se la lancé a la mano que sobresalía entre las puertas de metacrilato de la ducha.

—¡Gracias! —exclamó cuando la tuvo sujeta.

—Jesús, Nat. Siempre se te olvida conectar el ventilador —protesté y le di un toque al interruptor. El aspirador colocado junto al espejo del lavamanos comenzó a aspirar todo el vapor que se había generado.

—Ay, sí. Lo siento, tía —dijo. Abrió las puertas y salió de entre la neblina como una diosa griega, envuelta en la toalla de color naranja chillón, que hacía daño incluso al mirarla.

—Si yo me duchase con el agua tan caliente como tú, me sentiría como un pollo asado metido en la vitrina, dando vueltas —bromeé, aunque lo decía totalmente en serio.

—Anda ya, quejumbrosa. No está tan caliente.

—Por favor, si Frodo hubiese metido el anillo mientras te duchas, se hubiese ahorrado subir al Monte del Destino. De hecho, no pasarían ni del primer capítulo —aseguré.

—Qué exagerada eres, amiga. Claro, como tú te duchas con el agua casi fría. Esa sangre irlandesa tuya hay que calentarla un poquito.

—Sí, será eso. Mi sangre norteña… —bufé entre risas y salí de la sauna turca que tenía ahí montada.

Volví a ocupar mi lugar frente al ordenador, ya que estaba convencida de que a mi querida compañera de piso le quedaría, por lo menos, una hora más de trabajo por delante. Entre secarse la espesa melena negra, que por suerte la tiene casi lisa y no necesita más que un ligero secado, y el maquillaje, Natalia García podía tardar tranquilamente una jornada laboral entera en estar lista.

Por suerte, aún faltaban unas cuantas horas para el prendido de la hoguera. Habíamos quedado con varios compañeros en un bar cerca de casa, para tomarnos unas cervezas y cenar algo ligero antes de irnos a la playa.

El lugar elegido para reunirnos era una pequeña cervecería que estaba ubicada a una calle de mi casa y, como siempre ocurría en cualquier época del año, estaba abarrotado de gente. Al entrar, nos tocó sortear cuerpos atascados en el umbral que esperaban con ansia una mesa libre. Por suerte, a Alba se le había ocurrido llamar para reservar y así evitarnos la agonía de la espera en una cola interminable.

—Madre mía, aquí regalan algo, fijo. No es normal estar siempre así de lleno —protestó Nat mientras íbamos abriendo hueco para llegar hasta nuestros amigos.

No pude evitar reírme tras ella y ver la ansiedad que empezaba a apoderarse de mi amiga. Para ser una persona tan sumamente extrovertida y sociable, las aglomeraciones la agobiaban bastante.

—Sirven buena cerveza y las hamburguesas son de lo mejorcito de la ciudad. Tienen buen material y eso atrae a los clientes —le expliqué, divertida.

—¡Chicas, aquí! —exclamó Alba. Giramos nuestras cabezas hacia el sonido de su voz y la vimos encaramada sobre la mesa, agitando los brazos para indicarnos su ubicación.

—Es increíble la felicidad que siempre rebosa esa jovencita, en serio. Nada le hace perder la sonrisa —comentó Nat, que me llevaba sujeta de la mano y tiraba de mí casi como si temiera que alguien me raptase…, o que yo misma me diese la vuelta y volviese al refugio de mi casa y de mis recuerdos.

—¿En serio te sorprende su alegría? Porque…

—No, tía, yo no soy tan happy. Sonrío, sí, y soy habladora, pero lo de Alba va más allá. Todos sus poros rezuman felicidad y no ve el mal en las personas. Yo sí que lo veo—me interrumpe.

—Es que tú eres el mal, amiga. —Nat giró la cabeza para mirarme y me sacó la lengua, un gesto que me hizo reír y que correspondí de la misma forma.

Logramos llegar, no sin serias dificultades y varios codazos a un lado y a otro, a la mesa donde nos esperaban nuestros compañeros. Un rápido vistazo a la gente sentada alrededor de la mesa me sirvió para saber quiénes habían venido.

Alba estaba sentada al lado de Abril y, a su vez, tenía a Tony junto a ellas. Este me hizo señas para que me sentase en el hueco justo que había a su izquierda, pero yo no quería separarme de Nat, así que le sonreí y me quedé en el lugar elegido por mi amiga.

—Disculpad la tardanza, chicos —comenzó a decir mi amiga, mientras nos sentábamos ambas en nuestros respectivos asientos—, tuve que obligar a mi querida empollona a separarse de su portátil —dijo, con absoluto descaro.

—¡Qué cara más dura tienes! —protesté.

—¿O'Brien trabajando sin descanso? No me lo creo —se burló Tony. Lo miré y le saqué la lengua, un gesto al que él respondió con un guiño y una amplia y seductora sonrisa.

—Me vi obligada a sentarme ante mi portátil porque a cierta persona, que vive conmigo, le pareció oportuno montarse una sauna de vapor de larga duración en mi baño —respondí con ironía.

—Estar bella requiere de tiempo y atenciones, amiga —dijo Nat al pasarse la mano por su larga melena negra.

—A ti no te hace falta hacer nada para estar guapa, Natalia. Eres una mujer preciosa —intervino un compañero del departamento de archivos que teníamos sentado frente a nosotras, dos sillas más lejos de Tony.

—Oh, qué amable eres, Dani. Recuérdame que te lo agradezca más tarde —coqueteó mi amiga.

Agaché la cabeza para ahogar una risa. Como conocía de sobra las artimañas de Natalia a la hora de ligar, me incliné hacia ella para que nadie más nos escuchase y susurré:

—Te lo vas a follar, ¿verdad?

Ella me miró y me mostró una amplia sonrisa, cargada de seducción. No hizo falta que diera una respuesta. Pero, aun así, Natalia se cogió un mechón entre los dedos y comenzó a juguetear con él, al a vez que miraba con disimulo hacia Daniel.

—Para tu información, ya me lo he follado esta mañana en el cuarto de limpieza —me contó.

Quise controlar mi reacción, pero abrí tanto los ojos y la boca que casi me dio un tirón en la nuca.

—Tía, un día te van a pillar y te van a echar —le recriminé entre risas.

—Pero me habrán follado bien. —Ambas nos reímos, esta vez, en alto.

—Bueno…, ¿y bien? ¿Cómo se le da el asunto? —quise saber.

En ese instante, el camarero llegó con varias cestas de nachos y cuencos con salsas de queso y guacamole. Nos hicimos a un lado para permitirle distribuir la comida por la mesa. Otro camarero fue colocando las bebidas.

—Es la polla más grande que he probado hasta ahora y la sabe mover muy muy bien, amiga. Podría decirse que me han empalado contra los botes de lejía —ronroneó en voz baja justo cuando yo le daba un trago a mi bebida. El líquido se me coló por el lado erróneo de la garganta y comencé a toser sin control.

Natalia me dio golpecitos en la espalda, mientras se aguantaba la risa. Sabía que me había atragantado por su forma de contar las cosas tan explícitas.

—¿Todo bien, Liv? —preguntó Alba, preocupada.

—Sí…, sí, sí. Se me ha ido por otro lado, pero estoy bien —respondí entre tos y tos.

—La pobre está muy sensible —bromeó Nat. Le di un codazo y ella rio.

—Bueno, ¿habéis traído algo para quemar en la hoguera? —preguntó Carlos, otro compañero sentado al lado de Daniel.

—Todos mis apuntes de final de carrera y algunas cartas que encontré entre las páginas de mi libro de Literatura —contestó Aida. Era una joven que trabajaba en la recepción, con Abril, y que nunca tenía una mala cara o mala palabra para nadie. Se parecía bastante a Alba.

—Uy, cartas… ¿De algún enamorado? —preguntó Nat, a la vez que mojaba un nacho en la salsa de queso.

—Un mal amor, más bien. Alguien a quien quiero borrar de mi vida de una vez por todas —dijo ella.

—Para limpiar y liberar malas energías, es mejor el agua. El fuego es más para canalizar los deseos. —Todas nuestras miradas se dirigieron hacia Daniel, que se encogió de hombros al ver cómo lo observábamos—. Mi abuela entiende de esas cosas —explicó.

—¿No me digas que no es follable, este muchacho? —me susurró Nat, y me atraganté de

nuevo. Le di un golpe en el tobillo con mi pie y ella se movió de forma brusca en la silla para evitar la agresión.

—¿Y tú, Liv? —Mis ojos se fueron directos a Tony, quien había lanzado la pregunta.

—Yo no tengo apuntes ni cartas que quemar, no me gusta desperdiciar la historia que me rodea —respondí. La forma tan intensa en la que él me observaba comenzaba a incomodarme.

—Digo que si hay algún enamorado en tu vida. —Me quedé fría, sin saber qué responder porque sí que lo había, solo que no estaba en este tiempo.

Abrí la boca para inventarme una mentira absurda, pero mi amiga, que me conocía mejor que nadie, se adelantó y dijo:

—A Liv no le gusta mucho hablar de su vida privada. Al menos, no hasta que no tenga más confianza.

Tony paseó la mirada entre mi amiga y yo, parecía estar analizando el mensaje y estudiando nuestras facciones en busca de una respuesta más verídica.

—Bueno, tendré que ganarme su confianza —dijo, finalmente.

Abril se movió incómoda a su lado y me lanzó una mirada cargada de rencor. Me sentí mal por ella, porque eso confirmaba que la joven sí tenía unos sentimientos fuertes por Tony, pero él parecía concentrado en la conquista de una nueva presa. Por suerte para mí, los camareros aparecieron de nuevo con más comida y eso rompió la tensión y el silencio.

—A Tony le gustas y algo me dice que está decidido a intentarlo esta noche —me susurró Nat al oído.

—¿En serio? ¿En qué lo has notado? —digo y le doy un trago largo a mi cerveza. Intentaba evitar mirarlo, pero mis ojos, por alguna razón, se iban hacia su rincón.

—No te voy a decir lo que tienes que hacer, Liv, pero…

—Amo a Hiram, Nat. Sabes que no quiero estar con otro que no sea él —la corté antes de que dijera algo que acabase con la poca paciencia que tenía.

—Lo sé. Yo solo te digo que tienes más opciones, en caso de que no… Ya sabes, en caso de que…

—De que no logre regresar, puedes decirlo. Pero lo voy a lograr. Hiram y yo estamos destinados a estar juntos y voy a encontrar la forma de volver con a él.

—Bueno, pues… tal vez deberías dejárselo claro a tu compañero de mesa porque conozco a los tíos como él y te ve como un desafío. No parará hasta que te consiga. Está decidido a conquistarte y no precisamente porque esté enamorado. Tony te quiere follar, nada más —me aseguró con firmeza.

—No soy una ingenua, Nat. Sé de sobra qué es lo que quiere de mí y lo siento mucho por él, pero no se lo voy a dar. Tan solo me da pena por Abril, ella sí que está muy pillada.

—Es mayorcita, sabe de sobra quién es Tony y, aun así, lo sigue como un perrito y

siempre está dispuesta para cuando él necesita un desahogo. ¿Te conté que los pillé en los aseos del segundo piso hace unos días? —ese dato me dejó pasmada.

—¿Qué dices, Nat? No me habías contado nada de eso.

—Pues, sí. Ellos no se dieron cuenta de que yo estaba en uno de los baños. Entraron y se desataron, pero bien. Se la empotró contra los lavamanos y le estuvo dando un buen rato. Nada, una follada de estas rápidas.

—¿Cómo la tuya en el cuarto de limpieza de esta mañana? —me burlé de ella.

—Uy, no. Lo siento por Abril, pero Daniel es mucho más delicado y cariñoso. Tony se estaba masturbando entre sus piernas, más bien. De hecho, el tío se corrió, salió y ni le preguntó si estaba bien. Le dio un beso en el puente de la nariz y se piró de allí. Ella tardó unos minutos en marchar, pero pude ver cómo mojaba un trozo de papel y se limpiaba entre las piernas. Bastante desagradable, sinceramente, y a mí me gusta el sexo duro, pero…

—Sé muy bien cómo se siente ella. Así era Diego. Solo se preocupaba de obtener su placer. Si yo llegaba al orgasmo o no, era secundario. Alguna que otra vez se molestaba en que yo me corriese bien, pero era más bien por alimentar su ego que por mi propio deseo —dije.

—¿Te refieres al dedo que te hizo en la conferencia sobre los objetos sexuales en la Edad Media en la universidad? —Había olvidado por completo ese suceso y me vino todo de golpe a la mente.

Recordé la forma en la que Diego metió la mano entre mis pantalones, cómo acarició mi sexo y frotó hasta hacer que me corriese en el auditorio, lleno de alumnos y profesores. A mi mente vinieron las imágenes de mis manos aferradas a los brazos del asiento mientras ahogaba un gemido en mi garganta y cómo él me animaba a dejarme llevar.

—Me hice adicta a Diego —confesé, viendo toda mi vida con él como si hubieses ocurrido en otra vida.

—No, amiga. Te volviste adicta al sexo porque eso era lo que él hacía contigo. Te provocaba, te humillaba y luego te follaba como nadie. Eso fue lo que te ocurrió, se volvió tu droga. Tranquila, no eres la primera a la que le pasa algo así.

—Lo sé. —Mis ojos se fueron hacia Abril, que sonreía con lo que quisiera que Tony le estuviese susurrando en esos momentos. Vi cómo él bajaba la mano hacia el regazo de la joven y resoplé. Era como estar viendo mi propio pasado sentado frente a mí. Sentí pena por ella, pero poco o nada podía hacer.



Capítulo 4

La playa de San Lorenzo estaba llena de gente dispuesta a celebrar una fiesta de lo más celta, aunque la iglesia católica se la haya agenciado para así obtener más feligreses. La noche de San Juan no dejaba de ser la ancestral festividad del solsticio de verano. Aun así, el festejo dejó de ser un rito pagano y cristiano desde hacía bastante tiempo. Se había convertido en una fiesta más por la que los jóvenes tenían excusa para emborracharse y divertirse hasta altas horas de la madrugada.

Por suerte, esa noche nos concedió el regalo de una marea tan baja que apenas se lograba ver la orilla. Se podía distinguir por la espuma blanquecina de las olas romper al tocar la arena porque la oscuridad del mar se mezclaba con la del propio cielo sobre nuestras cabezas.

Desde lo alto del paseo, divisamos la gran hoguera construida en el lateral más ancho de la bahía. Una enorme pira repleta de maderos y demás objetos que los vecinos de la zona aportaron para la quema de los espíritus de la noche. Pero no era la única que se prendería esa noche.

En toda la ciudad, cada barrio tenía montada su propia fiesta pagana, con sus fogatas personalizadas y, en algunos casos, barracas con bebidas, escenarios con orquestas o DJs poniendo música para amenizar la noche.

Nosotros nos acercamos a la gran hoguera de la playa y buscamos un hueco en el que estuviésemos cómodos, sin que el calor de las llamas nos abrasase. Por eso, montamos campamento en un lateral del muro de piedra del paseo.

Desperdigamos las bolsas con las bebidas que acabábamos de comprar en una tienda que abría veinticuatro horas. Pronto iniciamos nuestra propia fiesta, ya que Carlos se ocupó de traer un pequeño altavoz que conectó al móvil para ponernos música actual.

Cuando llegó la medianoche, todos los que estábamos en la arena rodeamos la hoguera y comenzamos con los cánticos, mientras tres personas se acercaban portando antorchas y las acercaban a la base de la pira. Las llamas prendieron al instante y toda la bahía estalló en aplausos y vítores. Un verano más, un año nuevo y nuevos deseos que la gente arrojaba al fuego del solsticio.

La fiesta se apoderó de la playa y la música de la verbena adyacente invadió el aire, entremezclándose con los sonidos de los grupos de personas que estábamos allí. La gente comenzó a bailar unos con otros, las risas se escuchaban como extraños murmullos traídos del mar y la alegría pronto se adueñó de la noche.

Yo permanecí sentada sobre una roca, con mi cerveza en la mano y la sensación de estar viviendo algo que no me correspondía. Me convertí en una mera espectadora. Unas carcajadas llevaron mis ojos hacia un lateral de la hoguera y vi a Natalia abrazada a Daniel, riendo por alguna cosa graciosa que él le habría dicho. La vi feliz y no pude evitar sonreír.

Me llevé la bebida a la boca y dirigí mi mirada hacia el horizonte, hacia la negrura del mar uniéndose con el firmamento. Un cielo oscuro se cernía sobre nosotros, salpicado por estrellas tintineantes y una hermosa luna llena que brillaba con fuerza en lo alto. Esa noche se conjuró para la celebración, no solo porque el mar se retirase, sino porque el cielo también nos bendijo a todos con esa luz blanquecina y las nubes escondidas en algún lugar secreto.

Más risas, más música, pero mi mente ya no estaba en Gijón. No supe en qué momento dejé la playa de San Lorenzo para aparecer en Nassau. Aun a sabiendas de que era un sueño o una ilusión, los vi a todos. Bellamy con su sonrisa embaucadora; Liam coqueteando con varias de las chicas que le rodeaban entre risas y miradas pícaras; el resto de los chicos, cantando y danzando alrededor de la hoguera; y, luego, lo vi a él.

Hiram estaba parado a una distancia de mí, sonriendo de esa forma tan hipnótica que volvía todo mi cuerpo de gelatina. Me miraba fijamente, esos ojos azules como dos océanos en calma que me incitaban a acercarme a él…, y mi cuerpo reaccionó sin más. Pero, cuando me levanté de mi sitio, con el corazón disparado por completo y latiendo con fuerza, la ilusión desapareció de la misma forma que la arena se desvanece cuando el viento la acaricia.

Ahí estaba de nuevo, la soledad y el vacío que llevaba conmigo desde mi regreso. Esa horrible sensación de que te han arrancado una parte de ti, que te falta algo o que has perdido el alma. Ese sentimiento de que una parte en tu interior estaba muerta.

Cerré los ojos para controlar las lágrimas, le di un último trago a mi bebida y dejé la lata en la bolsa de basura correspondiente. No quería estar ahí, no podía, así que decidí que era el momento indicado para irse. Sabía que Nat se enfadaría conmigo, pero necesitaba regresar al refugio de mi hogar y llorarlo como cada noche. Quería cerrar los ojos y regresar junto a él.

—Nat. —la llamé cuando llegué a su altura—. No me encuentro bien, me vuelvo para casa ya.

—Te acompaño —se apresuró a decir ella.

—¿Qué? No, no hace falta.

—Liv… —me conocía demasiado bien y sabía que estaba deseando irme para llorar tranquila.

—No, Nat, en serio. No hace falta, estoy bien. Quédate y diviértete —me miró seria. La tomé de las manos y las apreté con delicadeza—. Amiga, de verdad, estoy bien. Disfruta de la fiesta y de la compañía.

—¿Segura? —preguntó y noté su preocupación. Sonreí, amaba a esta chica por lo fácil que era estar a su lado.

—Segura, pero… —Miré, entonces, hacia Daniel—. No hagáis mucho ruido y procura que no tenga que verte el trasero otra vez…, o el suyo. Aún intento borrar esa imagen de mi cabeza —bromeé, aunque iba totalmente en serio.

Natalia estalló en carcajadas porque sabía a qué momento me refería, y es que no era la primera vez que entraba en nuestra habitación de la residencia y la pillaba en plena cabalgada sobre algún otro estudiante o profesor. En una ocasión, me la encontré a cuatro patas sobre su cama mientras el entrenador de balonmano la penetraba por detrás. Nunca olvidaré esa imagen, aun a sabiendas de que ese hombre tenía un buen trasero.

—Está bien, intentaré follármelo en silencio absoluto —dijo, tras guiñarme un ojo.

—Sabes que eso no sucederá y por eso atornillamos el cabecero a la pared —respondí.

Natalia rio otra vez, tiró de mí y me envolvió con los brazos. Me dio un tierno beso en la mejilla y me susurró lo mucho que me quería y me ordenó dormir. Le dije que iba a dormir como un bebé, algo que ambas sabíamos que era mentira.

Nos despedimos y la dejé volver a los brazos de su nuevo juguete sexual durante ¿días? ¿semanas? ¿meses? Nadie sabía. La duración de las parejas de Natalia eran todo un misterio. Podían darle las mejores noches de pasión, o la mejor compañía, que, un día cualquiera, ella decidía romper la conexión.

Me maravillaba esa facilidad que tenía para cambiar tanto de novio o de rollo. Para ella el sexo era solo eso, sexo. No le costaba acostarse con uno o dos chicos en una misma noche, si el cuerpo se lo pedía, y le daba igual el momento o el lugar. Era una mujer muy libre en cuestión de sexualidad y eso, en cierto modo, me daba algo de envidia.

Como no quería cargar mis muslos al caminar por la arena hasta llegar a mi casa, opté por subir la rampa que daba acceso al paseo peatonal. Con las sandalias en la mano, me dirigí hacia la escalera de salida número catorce.

—¡Eh, O'Brien! —La voz de Tony hizo que me diese la vuelta. Lo encontré avanzando, no sin serias dificultados por la arena—. ¿Ya te vas? —preguntó cuando llegó a mi altura.

—Sí, estoy cansada y no tengo mucho cuerpo para fiesta, la verdad —contesté, y tampoco era mentira.

—Te acompaño —dijo. Dio un paso para ponerse a mi lado, pero lo frené.

—No hace falta, puedo ir sola.

—Ya, pero no deberías. Además, así puedo conocerte un poco más…

—Tony —lo interrumpí—. No vamos a follar, nunca. Siento decírtelo así, pero no quiero que te hagas ilusiones ni esperanzas porque no me voy a acostar contigo. Nuestra relación se ceñirá a algo estrictamente profesional —solté, sin pensarlo mucho.

Se quedó en silencio, serio y sin dejar de mirarme a los ojos. Me estaba estudiando, buscaba algún tipo de señal que le indicase que yo me estaba haciendo la dura, pero nada más lejos de la realidad.

—Hay alguien más, ¿verdad? —quiso saber, para mi sorpresa.

—Sí, hay alguien a quien amo demasiado como para caer en un lío de sábanas de una noche —contesté con sinceridad. Tony se quedó pensativo, sopesando mis palabras—. Eres un hombre muy atractivo y posiblemente, si no hubiese nadie más, podríamos acabar en la cama, pero mi corazón y todo mi yo clama por él. No podría mirarme al espejo, si me acostase contigo o con cualquier otro que no sea él. —La confesión me dejó más en asombra*da* a mí que a él.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Llegué incluso a pensar que me gritaría o me insultaría…, o algo típico de alguien que se parecía tanto a mi ex.

—Eres una mujer increíble, sabía que tenías unos principios muy bien asentados. Tu chico tiene mucha suerte de tenerte —comentó y me dejó pasmada. No me esperaba una respuesta tan madura en alguien como él.

—Yo también tengo mucha suerte por tenerlo.

Sonrió y en esta ocasión sentí que era una sonrisa sincera, nada seductora. Tomó un mechón que tenía sobre la cara y me lo llevó detrás de la oreja. Paseó el pulgar por el perfil de mi rostro y se demoró en mis labios.

—No te voy a mentir, pelirroja. Tengo unas ganas enormes de besarte, pero a ti quiero respetarte. Eres alguien que merece la pena, ya sea como amiga, novia o amante. Dile a tu chico que sea consciente del tesoro que tiene o cualquier otro sentirá el deseo de robárselo —confesó. Memorizo mi boca en su mente, se giró y emprendió camino de nuevo a la hoguera.

—¡Tony! —lo llamé. Se volteó para mirarme—. Gracias por recordarme que soy atractiva…, y por respetarme —le dije.

Ahí estaba esa sonrisa seductora y esa mirada intensa que, con la luz de las llamas, le hacían parecer un hechicero peligroso salido de entre la arboleda.

—No dudes nunca de tu belleza, pelirroja, y, si el asunto con tu chico te sale mal, sabes que siempre podrás llamar a mi puerta. —Me guiñó un ojo y se mezcló entre la gente bailando hasta llegar a la altura de Abril. La cogió de la mano y tiró de ella para plantarle un beso apasionado. Después, se la llevó a la zona más oscura de la playa.

Resoplé porque sabía que se la iba a follar allí mismo, ya que no lo pudo hacer conmigo. Y

de un chico comprensivo, Tony se volvió a transformar en Diego en un abrir y cerrar de ojos. Decidí que era el momento indicado para desaparecer de allí, así que me puse mis sandalias y emprendí camino hacia mi casa.



Capítulo 5

La oscuridad se cernía sobre la bahía de San Lorenzo, al igual que el interior del piso. Tan solo la luna iluminaba ciertas zonas como el salón. Los brillantes rayos plateados entraban a través del ventanal y bañaba todo a su paso. Ni siquiera encendí las lámparas del techo.

Me preparé un vaso de leche tibia y opté por sentarme en el borde del chaise-long para disfrutar de las vistas mientras me permitía llorar por dentro por la ausencia de un gran amor. Se escuchaban las risas y el jolgorio de la gente que seguía celebrando la festividad en la playa.

Unas luces parpadeantes en el horizonte llamaron mi atención y fijé la vista en un punto lejano, envuelto en la más absoluta negrura. Deduje que se trataban de los faros del muelle de carga donde los barcos de gran tonelaje atracaban. Marcaban la ruta de entrada y de salida para los buques y que así no encallasen.

A unos metros de la costa divisé pequeños botes que salpicaban el mar con las luces de sus barcazas. Sonreí, pues sabía que en cada yate se estaría celebrando una fiesta entre risas, bailes, alcohol y música.

Le di un trago a mi bebida y oteé todo el arenal hasta quedarme fija en las llamas de la enorme hoguera que aun prendía con fuerza. Parecían rugir una plegaria al cielo, mientras la gente bailaba a su alrededor. En ese instante, mi mente me llevó de vuelta a otra playa.



Tras despedir a Liam en el puerto, ya que su capitán había decidido tomar una nueva ruta donde le habían asegurado que obtendrían más riquezas, Hiram y yo fuimos a dar un paseo por el mercado.

Me encantaban esos momentos juntos, paseando de la mano y degustando los pequeños manjares que los mercaderes ofrecían en cada puesto. Generalmente, se trataban de productos sacados de la mar, pero también había frutas autóctonas que suponían un soplo de aire fresco entre tanto arenque ahumado.

Hiram estaba hablando con un conocido, mientras yo me deleitaba con unas pequeñas bayas que el tendero al que acudía siempre me había ofrecido. Eran de un color azulado oscuro, con ciertos tintes rojos y que, al darles un mordisco, la explosión de sabores me inundó la boca.

—Mmm, por favor, Jonas… esto está buenísimo —gemí en cuanto tragué la primera fruta. El sabor era una mezcla entre dulce y amargo. Amargo cuando dabas el primer mordisco y dulce cuando la saboreabas más. Increíble.

—Me alegra que os guste, señora Burke. Las ha recolectado mi hijo de una pequeña hacienda ubicada en la isla de Jamaica —me explicó el hombre.

Al escuchar ese nombre me estremecí. Aun teníamos bien fresca nuestra aventura del rescate. Solo con pensar que estuve a punto de perderlo, la angustia se apoderó de mí.

Unos brazos rodearon mi cintura desde atrás y sentí al instante el calor de unos labios que se posaron en mi mejilla para darle un tierno beso. Sonreí y me dejé mecer contra el pecho del pirata que me había robado el corazón. Hiram se acercó a mi oído y murmuró:

—Me encanta verte comer frutas y escuchar tus gemidos. Me recuerda a lo mucho que disfrutas cuando…

—Ssch, calla, bruto — me moví como un resorte entre sus brazos y me giré para taparle la boca con la mano e impedir así que siguiese hablando. Aún no me había acostumbrado a la libertad con la que hablaban de la intimidad entre una pareja en público.

Él soltó una carcajada, me balanceó hacia un lado y luego me besó. Una leve caricia de sus labios sobre los míos y mi cuerpo se prendió en llamas. Lo deseaba, lo amaba con todas mis fuerzas.

—Mmm, sabes a fruta silvestre —ronroneó contra mi boca.

—Eso es porque todavía tengo su jugo en los labios —respondí, seductora. Rocé sus labios con la punta de la lengua y luego me separé lo justo para mirarlo a los ojos. El brillo de su mirada se intensificó y el azul se oscureció. Me mordí el labio y lo miré con picardía, un gesto que hizo que su pecho se hinchara de golpe.

—Mujer, eres insaciable —susurró en mi oído.

—Nunca me saciaré de ti, pirata —dije y él soltó el aire contenido en los pulmones con un sonoro quejido que me hizo reír.

Volvió a envolverme entre los brazos, me estrujó y luego me besó de nuevo, pero con más pasión. Ese beso me calentó del todo, pero me tuve que conformar con esos preliminares. Aun así, me cobraría me premio más tarde.

Hiram compró un puñado de esa fruta, que fuimos degustando ambos mientras continuábamos con el paseo. Luego, me llevó a cenar a una de las tabernas cerca del puerto. Comimos un sabroso plato de tiburón a la brasa que me supo a manjar de dioses.

La noche pronto cayó sobre Nassau y las luces de las antorchas comenzaron a apoderarse de

la oscuridad. El ambiente fue cambiando poco a poco, según la negrura conquistaba todo a su alrededor. El jolgorio y la música empezó en el mismo instante en el que el último rayo de sol se perdía por el firmamento.

Tras acabar la cena, Hiram me llevó a pasear por la playa. Como cada noche, las pequeñas hogueras salpicadas a lo largo de todo el arenal prendían con fuerza. Ya se habían formado los clásicos grupos de marineros tocando sus instrumentos musicales, mientras las mujeres danzaban a su alrededor.

Recorrimos la costa hasta llegar a uno de los rincones favoritos por las parejas para desatar la pasión. Esa zona de la playa estaba libre de toda luz y eso les daba cierta intimidad. Se escuchaban los gemidos y los matorrales agitarse.

Contagiada por tanta lujuria a mi alrededor, tiré de Hiram hasta arrastrarlo a una zona rocosa y protegida por hierbas altas y algunas palmeras de gran grosor. No le dejé decir nada, ni protestar ni preguntar. Me abalancé sobre él y le devoré la boca. Él respondió rodeando mi cintura y elevándome del suelo.

Caminó conmigo entre los brazos hasta que mi espalda chocó contra una de las rocas. La excitación era cada vez mayor y nuestros jadeos dejaban claro el deseo que sentíamos por saciarnos.

Llevó una mano hasta mis pechos y estrujó uno, algo que hizo que liberase un sonoro gemido cuando él comenzó a acariciar la piel de mi cuello con la lengua.

—No te haces una idea de lo mucho que te deseo, Liv. A cada instante, a cada momento… con cada roce de tu mano, solo pienso en levantarte las faldas y hundirme en ti hasta hacerte perder la razón —ronroneó contra mi cuello.

—Estamos los dos iguales, pirata. Solo deseo tenerte dentro de mí, Hiram —respondí con dificultad.

—Quiero tomarte…

—Hazlo…, por favor —supliqué, pero él se detuvo y se separó de mí, dejándome una sensación de frío y de vacío que odiaba—. ¿Qué ocurre? —pregunté, desconcertada.

—No es seguro estar aquí, Liv, ya lo sabes. Cualquier hombre borracho, ávido de peligro y del placer de una mujer, podría asaltarnos —dijo jadeante.

Sabía que tenía razón, pero yo ardía en deseo por tener lo dentro de mí. Lo cogí del cinturón de los pantalones y tiré de él hasta tener lo bien encajado entre mis piernas abiertas. Pude notar la dureza de su miembro contra mi sexo.

—Pues llévame a un sitio donde estemos solos y a salvo, Irlandés, porque quiero hacer el amor contigo a la luz de la luna —le ordené, palabras cargadas de una gran excitación.

Hiram soltó un quejido gutural, volvió a apretar mi pecho y, sin más, se separó de mí. Me cogió de la mano y me guio camino de vuelta hacia nuestro hogar.

No*s* llev*ó* un tiem*po* lleg*ar* a la caba*ña,* no si*n* pararn*os,* cad*a* poco*s* metr*os,* par*a* devorarn*os* y acariciar*nos* en cad*a* recove*co* qu*e* encontrába*mos.* Cre*í* qu*e* ib*a* a desfallec*er…,* o a explot*ar* po*r* tant*a* tensi*ón* acumula*da.*

Sup*e* al instan*te* haci*a* dónd*e* no*s* dirigíam*os* cuan*do* Hira*m* tom*ó* el cami*no* a la izquier*da* de la cas*a.* Me lleva*ba* a nuest*ro* rinc*ón* de pa*z,* el luga*r* dond*e* no*s* unim*os* po*r* prime*ra* ve*z.* Sonr*ei* com*o* un*a* tont*a* mientr*as* ascendíam*os* el cami*no* hast*a* lleg*ar* a la peque*ña* esplana*da* protegi*da* po*r* la*s* copa*s* de lo*s* árbol*es.*

Si*n* má*s,* y co*n* amba*s* boca*s* pega*s* la un*a* a la otr*a,* comenzam*os* a desat*ar* lo*s* cordon*es* de nuestr*as* ropa*s.* Hira*m* se quit*ó* la cami*sa* en algú*n* momen*to* en el qu*e* yo me libera*ba* de*l* corpi*ño* y deja*ba* mi*s* pech*os* al air*e.*

Mi pira*ta* me tom*ó* en voland*as* y me sent*ó* en su cintu*ra,* la qu*e* rode*é* co*n* mi*s* piern*as* mientr*as* yo le devora*ba* la boc*a* y él amasa*ba* mi*s* seno*s.* Sent*í* el calo*r* abrasad*or* de su tors*o* desnu*do* rozar*se* cont*ra* mi pie*l* y es*o* me hiz*o* gemi*r* en su boc*a.*

Hira*m* segu*ía* amasan*do* co*n* delicade*za,* apretan*do* un pulg*ar* sobr*e* mi pezó*n* y gimien*do* cont*ra* mi boc*a.* *¡*Dios*es,* er*a* maravillo*so!* Abando*nó* mi*s* labi*os,* dejándol*os* hinchad*os* y dolorid*os,* par*a* sabore*ar* la dure*za* de mi*s* pech*os.*

Abra*cé* su cabe*za,* esti*ré* el cuel*lo* y solt*é* un sono*ro* gemi*do.* Hira*m* se di*o* un fest*ín* entr*e* mi*s* pech*os* mientr*as* yo revolv*ía* su mele*na* leona*da,* ta*n* rubi*a* y brillan*te* com*o* lo*s* rayo*s* de*l* so*l* en la mañan*a.*

—Mi amo*r,* necesi*to* hundir*me* en ti o vo*y* a explot*ar* com*o* un barr*il* de pólvo*ra* —jade*ó.* No contes*té,* sol*o* asen*tí.*

Co*n* delicade*za,* y asegurándo*se* de tener*me* bie*n* suje*ta* entr*e* su*s* braz*os,* Hira*m* se tumb*ó* en el suel*o* y me dej*ó* senta*da* a horcajad*as* sobr*e* él. Excitad*os* de un*a* form*a* qu*e* dolí*a,* manipulam*os* el rest*o* de nuest*ra* rop*a.* Yo levan*té* la*s* fald*as* y él libe*ró* su grue*so* miemb*ro.*

En cuan*to* lo tuv*o* fuer*a,* lo admi*ré* y acaric*ié,* notan*do* el palpit*ar* entr*e* mi*s* dedo*s.* Quis*e* meter*lo* en la boc*a,* per*o* la urgenc*ia* po*r* qu*e* me penetra*ra* er*a* mayo*r,* as*í* qu*e* me coloq*ué* bie*n* sobr*e* él y dej*é* qu*e* se fuer*a* introducie*ndo* en mi interi*or* mientr*as* descend*ía* sobr*e* su pen*e* co*n* lentit*ud.*

—Oh*,* dios*es…* Es maravillo*so* esta*r* dentr*o* de ti —jade*ó* él.

Colo*có* la*s* mano*s* en mi*s* cader*as* y yo apoy*é* la*s* mía*s* sobr*e* la dure*za* de su tors*o.* Eso*s* pectoral*es* era*n* com*o* do*s* roca*s* qu*e* se tensab*an* co*n* mi*s* movimient*os* sobr*e* él. Empe*cé* a cabalgar*lo,* suav*e,* lent*o…,* permitiénd*ome* sent*ir* tod*o* su pode*r* acarician*do* mi interi*or.* Hira*m* er*a* ta*n* gran*de* qu*e* me llena*ba* po*r* ente*ra,* no deja*ba* siti*o* par*a* nadi*e* má*s* qu*e* él.

Clav*ó* lo*s* dedo*s* en mi*s* cader*as,* un*a* seña*l* de qu*e* quer*ía* má*s* y yo se lo di. Me mov*í* sobr*e* él, arri*ba* y abaj*o,* adelan*te* y atrá*s,* si*n* para*r* y aceleran*do* poc*o* a poc*o* el ritm*o.* Mi*s* gemid*os* era*n* cad*a* ve*z* má*s* sonor*os* y pron*to* se juntar*on* co*n* lo*s* suyo*s,* rompien*do* as*í* el silenc*io* a nuest*ro*

alrededor.

Y lo sentí, el orgasmo hizo su aparición en el instante en el que me estiré sobre él para dejarlo entrar más profundo. Arqueé la espalda y grité, a la vez que él posaba ambas manos en mis pechos y los estrujaba. Aceleré, porque necesitaba más, quería correrme de tal forma que perdiese hasta el nombre.

Hiram supo lo que buscaba y me levantó con suma agilidad, para colocarme a cuatro patas sobre la hierba. Lanzó las faldas hacia arriba, dejándome cubierta casi del todo, y me penetró con una única embestida. Grité y lo sentí de nuevo. Una descarga enorme recorrió todo mi cuerpo mientras él chocaba contra mi trasero.

—No pares, Hiram… Sigue, sigue, por favor —supliqué entre jadeos. Él respondió con gruñidos mientras aceleraba sus acometidas. Y me corrí de nuevo. Aferré con fuerza un manojo de hierbas entre mis dedos y lo arranqué a la vez que gemía con fuerza de nuevo.

—Sí…, sí… Oh, Dioses —exhaló en cuanto llegó a su propia liberación.

Noté el calor de su poder llenarme entera y cómo se vaciaba poco a poco. Un último empujón y todo había terminado.



Capítulo 6

Dejamos el mes de junio atrás y entramos en un julio que amenazaba con ser caluroso e insoportable. La afluencia de turistas que elegían el norte de España como lugar de vacaciones era constante, llegaban más de los que se iban y la ciudad ya doblaba el número de personas.

Por suerte para mí, en mi departamento disponíamos de un buen aire acondicionado, lo que mantenía la estancia en un ambiente fresco. El agobio del calor no era bueno para la concentración.

Como siempre, yo fui la primera en llegar a mi puesto de trabajo. Tony apareció en el momento en el que me disponía a revisar un nuevo diario de la travesía del navío con el que llevaba un mes entre manos.

—Buenos días, pelirroja —saludó como cada mañana, con esa sonrisa tan embaucadora y que era difícil no admirar como una tonta.

—Buenos días, Tony. ¿Has pasado buen fin de semana? —pregunté por cordialidad.

—¿De verdad quieres saberlo? —lo miré intrigada por esa respuesta, pero con un gesto de su mano me dejó claro que no quería conocer la respuesta a eso. Él se rio, arrastró la silla frente a mí al otro lado de la mesa y se sentó—. Eso creía. ¿Y tu fin de semana? —quiso saber, mientras tomaba su cuaderno de anotaciones.

—Como siempre, más de lo mismo y menos de nada —contesté.

—Suena divertido —se burló. Abrió el diario que había empezado a revisar la semana pasada y se preparó para el trabajo.

—Muchísimo, deberías probarlo —dije.

Él levantó la vista de las hojas y me miró, esbozó una pícara sonrisa, me guiñó un ojo y murmuró:

—¿Eso es una invitación, O'Brien?

—Sigue soñando, amigo —bufé, más que hablé.

Tony se carcajeó de forma sonora por mi reacción y, la verdad, me gustaba escuchar esa risa tan relajada porque, normalmente, no reía así. Demasiadas horas juntos. Comencé a leer las tediosas páginas del libro que me tocaba revisar, cuaderno en mano, para ir anotando los datos que me eran interesantes.

—La esperanza es lo último que se pierde, pelirroja…

—Pues, te auguro una espera muuuy larga —aseguré, sin levantar la vista de las hojas. Tony volvió a reír y yo sonreí. Lo cierto era que, desde que hablamos en la playa, nuestra relación era mucho más cercana. Él respetaba mi decisión y eso dijo mucho en su favor, aunque cada vez que lo veía con Abril… En fin, no se podía ser perfecto.

El silencio pronto se instaló en la sala de trabajo y tan solo se escuchaba el sonido de las hojas al pasar o algún que otro bostezo por nuestra parte.

Pasaron las horas en la más absoluta calma donde pude revisar varias bitácoras. Nada nuevo ni interesante. Tan solo anotaciones típicas del cargamento que llevaban, los pasajeros y marineros a cargo del capitán y algún que otro suceso como la rotura de algún cabo, pero poco más. Otro viaje más, rutinario y aburrido.

—Dios, necesito un descanso o me va a explotar la cabeza —bostezó Tony, que se recostó contra el respaldo de la silla y estiró todo el cuerpo para desentumecerlo. Empujó la silla hacia atrás y se levantó—. Voy a por un café. ¿Quieres algo, Liv?

—Me vendría muy bien agua, lo más fría que pueda ser. Creo que me he tragado toda la sal de estos diarios —contesté.

—Marchando un café y agua salida de la mismísima Antártida —soltó y me reí por la broma.

Tony salió de la estancia y yo aproveché para descansar los ojos. Me levanté y estiré las piernas, al mismo tiempo que paseaba la mirada por toda la mesa. Observé con atención las cajas que tenía él a su lado y el bichito de la curiosidad me picó con fuerza.

Nunca me había interesado por su trabajo, la verdad, pero en esa ocasión quise echarles un vistazo a sus bitácoras. Tal vez las suyas eran más interesantes que las mías.

Rodeé la mesa y me acerqué hasta sus apuntes. Rápidamente, mis ojos se fueron hacia una palabra que Tony tenía escrita, y repasada varias veces, en su cuaderno: Pirat*as*. El corazón me dio un brinco en el pecho.

Pasé las hojas una a una y vi varias líneas donde hablaba de incursiones piratas, asaltos e incluso incidentes más graves de lo deseado. Y entonces, lo vi. Una anotación que nombraba al capitán Bellamy el Negro. Mis ojos se encharcaron al instante.

Tony no estaba revisando bitácoras de la misma época que yo, estaba en plena edad de oro de la piratería. La emoción se apoderó de mí y llegué a pensar en pedirle que me cambiase el

trabajo, pero no podía hacer eso. Aun así, me acerqué a su cuaderno para leer qué había encontrado sobre mis hombres.

Unas voces en el pasillo me alertaron de que se acercaba alguien al despacho, así que abandoné mi intención de saber más y me volví a mi sitio.

La puerta se abrió y la figura de mi compañero apareció tras el umbral. En una mano, llevaba un vaso de café humeante y en la otra, mi botella de agua.

—Ten. María la sacó del fondo de la nevera y dijo que, al ser de cristal, estará bien fría —comentó y estiró el brazo para entregármela.

—Gracias —contesté al mismo tiempo que cogía mi ansiada hidratación. Le di un trago y solté un gemido de agradecimiento cuando el frío recorrió mi garganta.

—Bueno, no es el gemido que me hubiera gustado sacarte, pero podría conformarme con eso —bromeó él. No dije nada, solo le saqué la lengua y él se carcajeó.

Retomó su asiento y, justo cuando se iba a sentar, la puerta se abrió de nuevo. Sujeta a la manilla estaba nuestra encargada de departamento, Valeria Díaz. Una mujer de lo más elegante, pero con un carácter frío e hiriente, salvo con Tony. Con él siempre tenía una amplia sonrisa que mostrar, y eso fue lo que hizo antes de dirigirse a mí.

—Olivia, necesito que vengas al despacho conmigo —soltó sin más.

Me sentí como una niña pequeña a la que su mamá la iba a regañar por alguna trastada en la que la habrían pillado in fragan*ti*.

—Alguien se ha portado mal —canturreó mi compañero en voz baja.

—Vete a la mierda, Tony. No tiene gracia —le bufé.

Me levanté y caminé hacia Valeria, que me miraba de arriba abajo con cierto aire de superioridad. Nunca me iba a perdonar que la obligasen a aceptarnos a Natalia y a mí en estos puestos dentro de la biblioteca. Si por ella fuese, estaríamos limpiando las pastas de los libros.

—¿Ocurre algo? —quise saber, antes de seguir a mi ejecutora por el pasillo hasta su despacho.

—Nada malo, hasta donde yo sé —contestó con sequedad y se dio la vuelta para emprender la marcha.

Me giré para mirar a Tony, que me hizo un gesto con los pulgares y me sonrió de forma burlona. Yo le saqué el dedo corazón de mi mano derecha, suspiré y me fui tras los pasos de mi jefa.

Tardé poco en dar alcance a Valeria y mantuve un ritmo constante, a una distancia prudencial de ella. Era como si tuviese miedo a que su frialdad se apoderase de mí y me acabase convirtiendo en un cubito de hielo, cosa que, en esos momentos en plena ola de calor, hubiese agradecido.

Nos cruzamos con varias compañeras del departamento contable y el guardia de seguridad asignado a esa planta, que nos saludó con leve movimiento de cabeza. Me fijé en la forma en la que el hombre miró con cierto disimulo el trasero de mi jefa y tuve que contener la risa.

La verdad era que Valeria tenía muy buena figura, aunque también era cierto que se mataba horas y horas en el gimnasio, cuando no estaba trabajando. Pero poseía un cuerpo envidiable. Era una mujer de altura media, que crecía varios centímetros al llevar esos taconazos de aguja de infarto. Además, debía reconocer que era muy elegante, tanto a la hora de vestir como de caminar porque siempre contoneaba sus caderas cual serpiente.

—Estás muy callada, Olivia —me dijo en un momento en el que iba distraída entre mis propios pensamientos.

—Sopesando mis opciones, nada más —contesté, y tampoco era ninguna mentira.

—Tranquila, no te voy a despedir ni nada por el estilo. Puedo asegurarte de que yo no tengo nada que ver en todo esto. —Llegamos a su despacho y abrió la puerta, haciéndose a un lado para dejarme entrar.

Mi semblante debía de ser divertido porque vi cómo ella sonrió. Di un paso y crucé el umbral para adentrarme en lo que quiera que me esperase ahí dentro.

—Mi querida Olivia, mi alumna más aventajada —la voz de un hombre atrajo mi mirada hacia la ventana y vi a una figura masculina que me era del todo familiar.

Mi corazón se agitó y por unos instantes, me quedé pasmada.



Capítulo 7

—¡Profesor Pérez! ¡Qué alegría tenerlo por aquí! —exclamé con alegría. Acorté la distancia que nos separaba y nos fundimos en un fraternal abrazo—. ¿Ha venido de vacaciones o es una visita oficial? —quise saber.

Mi mentor, y el hombre que más me había enseñado y ayudado en mi trayectoria como arqueóloga, me miró con ternura y sonrió.

—Sentémonos, querida. He de darte una noticia que sé que te hará muy feliz…, y a mí también, por su puesto —me dijo.

Escuché la puerta cerrarse a mi espalda y volteé mi cabeza lo justo para ver a Valeria separarse de ella y moverse hacia su escritorio. Volví el rostro hacia el profesor y lo miré con intriga. Por alguna extraña razón, mi corazón comenzó a latir con demasiada fuerza.

Pérez hizo un gesto con la mano y señaló una de las sillas que había frente al escritorio de madera de roble, oscurecida con un tinte de lo más antiguo. Valeria ya estaba sentada en su confortable silla y nos observaba con determinación.

—¿Ocurre algo, profesor? —pregunté con ciertas dudas y miedo por escuchar la respuesta.

—Oh, no, querida. No es malo, al contrario. Creo que es una grandísima oportunidad para tu futuro. Digamos que es la primera piedra colocada en los cimientos de tu carrera. —lo miré extrañada, pero no dije más.

Ambos nos sentamos y mantuvimos un silencio algo incómodo, al menos para mí, durante varios segundos. Fue mi jefa quien decidió romperlo y animarse a hablar primero.

—Reconozco que fui bastante escéptica cuando el Doctor Pérez nos recomendó, e insistió como solo él sabe hacerlo, que te contratásemos como becaria, pero he de decir que me ha sorprendido para bien tu trabajo —comenzó a decir. Yo seguía sin comprender nada y paseaba mi mirada de uno a otra, desconcertada—. He podido comprobar lo minuciosa que eres a la hora de revisar los datos, de analizar los objetos, sacando unas conclusiones que mucha gente, con más años de experiencia, jamás habrían logrado hacer. Te he observado durante todos estos meses y he podido revisar tu trabajo. Te diré que es impresionante la forma en la que conectas con cada objeto o texto. Es como si hubieses vivido en esas vidas

pasadas; como si, de alguna forma, conectaras con la historia de otros tiempos.

—N-no entiendo… Tus palabras suenan a alabanza, pero tengo la sensación de que mi tiempo aquí llega a su final —dije, sin pensar y apresada del todo por mi nerviosismo.

—Siempre fuiste muy intuitiva y por eso te elegí como mi pupila —comentó el profesor a mi lado. ¿Qué estaba pasando aquí?

—Yo… —Pérez posó una mano sobre las mías, que estaban enredadas en una guerra de dedos sobre mi regazo, producto de la ansiedad que era ya más que evidente.

—Tu tiempo aquí llega a su fin, sí, pero no por lo que tú estás pensando. Vengo a ofrecerte la oportunidad de formar parte de mi equipo de investigación. —Me quedé en *shock,* sin lograr articular palabra alguna— Han encontrado una tumba en las costas de Cabo Cod, Massachussets… —Ese nombre me produjo una descarga eléctrica que agitó toda mi columna vertebral, me moví incómoda en la silla y noté que el sudor de mis manos se volvía gélido—. Se trata de una tumba pirata, querida, la más grande encontrada hasta la fecha. Quiero que formes parte de esta investigación y que te vengas conmigo y mi gente para estudiar los objetos y los restos encontrados —finalizó…, o eso me pareció a mí porque, a pesar de verlo mover los labios, ya no escuchaba nada de nada.

El aire se hizo más pesado en la sala y la temperatura ambiente descendió hasta unos niveles de frialdad enormes, o tal vez fue mi cuerpo el que perdió todo el calor interno. Mi respiración se hizo más complicada, me costaba llenar los pulmones.

Una tumba pirata.

En Cabo Cod.

Un vacío enorme se asentó en mi estómago, como si se hubiese abierto un agujero infinito que había venido para quedarse, alimentándose de mi ansiedad.

En esas costas se hundieron muchos barcos, cierto, pero yo solo podía pensar en uno en concreto, porque sabía que, tras mi iniciativa, habría acudido en busca de su gran amor. Ella era su timón, su horizonte… siempre lo fue y ahora temía haber sido yo quien provocase su muerte.

—Liv… —Escuché mi nombre desde la lejanía—. Olivia —repitió Valeria. Levanté la vista hacia ella, aun absorta en mis propios pensamientos que no dejaban de dar vueltas en mi cabeza a una velocidad vertiginosa—. ¿Estás bien? —quiso saber.

—Usted… usted quiere que yo… —balbuceé girándome hacia mi profesor—. Yo… una tumba pirata…

—Respira, querida. Sé que es una oportunidad increíble y que desearás tomarte unos días para pensarlo, pero…

—Sí, acepto —dije sin más. Algo me empujó a hacerlo, un impulso o mi propia necesidad de volver a estar cerca de todos ellos.

La boca de Pérez se curvó en una amplia sonrisa y me dio un ligero apretón en mis manos. No recordaba que seguía sujetándome hasta que noté la presión y el calor de su caricia.

—Confiaba en que aceptarías —afirmó con esa clásica seguridad que también lograba transmitirme en la universidad.

—Bien, pues prepararé los papeles de las dos y los tendré listos para finales de semana —dijo Valeria.

—¿Qué…? ¿Las dos? —pregunté, desconcertada.

—Sí, querida. Natalia también tendrá la misma oferta. Sé lo unidas que estáis y lo buena documentalista que es. Además, siempre se le dio muy bien la gestión del archivo y eso es fundamental, y muy necesario, en una expedición. Supongo que ella no pondrá reparos y aceptará formar parte de esta pequeña familia de arqueólogos —explicó el profesor.

—Aceptará y si no, la obligaré a venir conmigo —contesté, lo que hizo que Pérez estallase en risas.

Tras finalizar la reunión, y acordar el día de partida, me dirigí de nuevo a mi puesto de trabajo. Deseaba correr en busca de Nat para contárselo, pero Valeria me dejó claro que esa era misión suya y que yo debía volver a mis quehaceres.

Cuando entré de nuevo en la sala, Tony me recibió con una amplia sonrisa y enseguida se preocupó por saber cómo estaba. No le conté toda la conversación, pero sí lo más importante y, para mi sorpresa, se alegró mucho por la increíble oportunidad que se me había brindado.

Como aún faltaban cuatro horas para finalizar nuestra jornada laboral, decidí concentrarme en finalizar con ese cuaderno de bitácora que tenía sobre la mesa. Apenas había llegado a revisar la mitad del libro, pero supuse que podría dejarlo finiquitado porque todas las anotaciones eran similares a las del resto de libros.

El tiempo me pasó con cierta lentitud, entre bostezos míos y de mi compañero y algún que otro intercambio de opiniones sobre lo que estábamos revisando. Una hora antes del fin de la jornada laboral, cuando ya casi ni era consciente de lo que leía, mis ojos se detuvieron en un apunte que el capitán de ese navío había realizado.

> 11 de febre*ro* de 152*1* – La polizon*te* a bord*o* sigu*e* dicien*do* palabr*as* extrañ*as,* incongruenc*ias* sobr*e* no pertenec*er* a est*e* tiem*po.* Su rop*a* es de lo má*s* singul*ar,* nunc*a* ante*s* hab*ía* vist*o* tela*s* as*í.* En cuan*to* lleguem*os* al puer*to* de Sant*o* Domin*go,* ser*á* lleva*da* ant*e* el gobernad*or* y qu*e* él deci*da* qu*é* hace*r* co*n* ell*a.*

Di un bote en mi sitio y me levanté tan rápido que la silla se cayó a un lado.

—No puede ser… —balbuceé, atónita por lo que acaba de leer.

—Liv, ¿qué ocurre? —No fui consciente de en qué momento Tony llegó a mi lado, pero sentí su mano apoyada en mi espalda.

Mi respiración era irregular y mis ojos permanecían fijos en esa línea del cuaderno. Mi mente comenzó a divagar entre recuerdos y pensamientos a gran velocidad. «Una mujer con extraños ropajes…, y hablando una lengua extraña… al igual que yo, cuando aparecí en aquellas costas», pensé, emocionada. Noté mi respiración irregular y a mi corazón bombear con demasiada fuerza.

Mi compañero dirigió sus ojos hacia lo que me mantenía atrapada y leyó la anotación del capitán en la bitácora. A continuación, me miró extrañado, en busca de una respuesta plausible a mi reacción.

—Estoy haciendo una investigación por mi cuenta y me ha sorprendido encontrar ese apunte —le expliqué como buenamente pude, para no incurrir en más mentiras. Había demasiadas ya.

—¿Investigas los viajes en el tiempo? —mi silencio le hicieron reír—. Pelirroja, sabes que eso es ciencia ficción, ¿verdad?

—Tan solo es una investigación, nada más —dije de forma cortante. Me agaché para recoger la silla, pero él se adelantó y la colocó en su sitio.

—¿Acaso estoy ante una creyente en lo paranormal?

—Lo que sé es que hay demasiados textos y referencias sobre los llamados viajeros del tiempo en diferentes culturas y épocas. Existen referencias de tribus de todos los rincones del mundo que hablaban sobre extraños aparecidos de la nada, contando historias futuristas. Creyente o no, siento curiosidad por tanta similitud —contesté sin más.

—Dicho así, tiene mucho sentido. Oye, a lo mejor descubres algo nuevo y te haces famosa. ¡Quién sabe! —exclamó.

Le respondí con una leve sonrisa y me volví al cuaderno en busca de más anotaciones sobre la polizonte, pero… El mundo se me cayó a los pies cuando comprobé que en las siguientes líneas no había apuntes o eran ilegibles debido al pasar del tiempo y el agua. Aun así, revisé todo el libro.

—Liv, me estás mareando —protestó Nat, que permanecía sentada en el sofá del salón tras contarle lo sucedido en el trabajo.

Cuando llegamos a casa, y después de que mi amiga me pusiese al día sobre su conversación con el profesor Pérez y Valeria, la senté y le relaté toda la historia sobre el hallazgo que había hecho.

Mientras se lo contaba con una enorme emoción instalada en mi cuerpo, caminaba de lado a lado frente a ella. Empecé de una forma un tanto desordenada, pero poco a poco conseguí colocar bien la información y explicárselo de tal forma que lo comprendiese bien.

—Nat, ¿es que no te das cuenta? —pregunté con efusividad.

—¿Sinceramente? Hace tiempo que me cuesta seguirte…

—¡Ese apunte habla sobre una viajera del tiempo… como yo! ¡Nat, tengo que seguir con esa investigación y buscar algún dato más sobre esa mujer!

Mi amiga se incorporó y se acercó a mí, posó ambas manos sobre mis hombros y detuvo mi marcha.

—A ver, amiga. Lo primero, necesitas sentarte más que yo o te va a acabar dando un chungo —dijo y me llevó hasta el sillón, donde ambas nos sentamos una frente a la otra—. Liv, mírame… —Y eso hice—. No puedes renunciar a lo que Pérez te ofrece, ni tú ni yo, y si se ha tomado la molestia de venir en nuestra búsqueda es porque es un trabajo muy importante.

—Pero…

—Olivia O'Brien, no —aseveró.

—Nat, llevo buscando un dato así desde hace meses. Si continúo por esa línea, puede que encuentre la forma de…

—De volverte loca…, y a mí contigo. Liv, escúchame bien —me instó—. Tómate esto como una señal del universo. Te llega una súper oferta para trabajar en un descubrimiento arqueológico sobre piratas y vas y encuentras un apunte sobre una supuesta viajera del tiempo que fue depositada en La Española, en el Caribe. Yo creo que el mensaje está claro.

—¿Desde cuándo te has vuelto una creyente en las señales espirituales?

—Desde que mi mejor amiga me asegura que ha viajado al pasado y ha conocido al gran amor de su vida.

Me estremecí al escuchar eso último. El gran amor de mi vida…, y era verdad. Hiram Burke era, es y siempre será el único y gran amor de toda mi vida. Natalia tenía razón, todo esto era una señal para que volviese, de una forma u otra, al Caribe.

Todo cobró sentido al instante. Como si el telón de la obra de teatro que era mi vida se hubiese caído y dejase a la vista un escenario inesperado. Mis labios se curvaron en una amplia sonrisa y, emocionada, lo supe.

Volvería con él.



Capítulo 8

Destino: Provincetown, Massachussets.

Nuestros pasajes fueron en primera clase, cosa que agradecí porque viajar en clase turista durante un trayecto tan largo hubiera sido tedioso. Lo recuerdo bien de nuestro viaje de fin de curso. Por suerte para nosotras, el profesor Pérez se encargó de todo el papeleo requerido.

En el aeropuerto internacional de Boston, tomamos una furgoneta grande que nos llevó directos al Museo Pirata del Whydah. Mis manos no dejaron de temblar, ni de retorcerse en la tela de mi camiseta, durante la hora y media de carretera que duró el viaje hasta nuestro destino.

La primera parada la hicimos en un complejo residencial a pocas manzanas del museo, a las afueras de la ciudad. Al parecer, era el lugar elegido por estudiantes e investigadores para estancias temporales.

Se trataba de un recinto conformado por tres edificios de cinco plantas y con varios apartamentos en cada una de ellas. Lo más parecido a moteles de carretera americanos, pero con un poco más de lujo y estilo.

—Vuestro apartamento está en la tercera planta y en una zona donde solo conviviréis con otros trabajadores, para que la actividad estudiantil no os altere el descanso —nos comentó el chico que había venido a buscarnos al aeropuerto, tras descargar las maletas en la entrada a la recepción.

—Pues, vaya. Tenemos la fiesta en el otro extremo del edificio —masculló Natalia a mi lado. Le di un codazo y la hice callar.

—Venimos a trabajar, señorita García, no de celebración —apostilló Pérez.

—Lo sé, profesor, pero somos jóvenes y un poco de diversión también nos vendrá bien para desconectar —dijo ella. Puse los ojos en blanco y el joven ayudante rio.

Era un chico atractivo, la verdad, pero había puesto los ojos en mi amiga y ella, al parecer, estaba receptiva. ¡Cómo no! Natalia no renegaría de las atenciones de un chico guapo. A veces me preguntaba si tanta actividad sexual no sería perjudicial para ella, sobre todo a la hora de formalizar una relación más estable.

—Bueno, hoy tan solo tenemos que ir a recoger vuestras acreditaciones y después, dispondréis del resto del día para divertiros, relajaros o hacer lo que más os guste —nos comentó el profesor.

—¿Podríamos visitar el museo? —quise saber.

—Por supuesto, querida. Tendréis pase para ver toda la exposición durante el tiempo que estemos aquí —contestó.

Sonreí con una mezcla de emociones, entre ellas la tristeza porque sabía que todo aquello me traería infinitos recuerdos.

Nat, que sabía muy bien lo que pasaba por mi mente, me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia sí. Me besó en la mejilla como solo una hermana del alma lo haría y dijo:

—Vamos, amiga. Dejemos nuestras pertenencias y vayamos a conocer un poco más a esos piratas. —Solté una carcajada por el tono con el que habló.

Tras darnos una ducha para quitar todo el olor de las doce horas de vuelo más el trayecto del coche, salimos de nuestro apartamento y tomamos el camino que nos había indicado el profesor para llegar al museo.

Tomamos un sendero de piedritas que había en la parte trasera del edificio y emprendimos camino hacia allí. Mi corazón iba a mil por hora y mi amiga lo sabía, por eso me dio un suave apretón de mano. Estaba a unos pocos metros de los restos de los que fueron mis amigos durante un tiempo, mi familia pirata.

No tuvimos que caminar mucho rato, apenas unos minutos. Llegamos a una amplia zona con un inmenso aparcamiento y, en el centro, un gran edificio, o más bien una nave, blanquecina y de cuya fachada colgaba una gigantesca bandera pirata con el nombre del Whydah escrito en letras bien grandes.

En la entrada, nos recibieron dos chicas muy majas, que en seguida nos entregaron nuestros pases, un mapa del recinto y varios folletos de información.

Con las tarjetas de identificación colgadas en nuestros cuellos, nos adentramos en el mundo pirata de Cape Cod. La luz era tenue, para meterte en ambiente nada más entrar, y la megafonía reproducía ruido de sables chocando entre sí y algunas que otras voces de actores haciendo de piratas.

Todo me resultaba de lo más familiar. Recorrimos un pasillo decorado con cuadros de la temática y mapas que indicaban diferentes rutas que los bucaneros utilizaban para asaltar los barcos cargados de mercancías y el tan codiciado oro español.

Me detuve en una imagen que trataba de mostrar cómo era la vida en Isla Tortuga. No se desviaron mucho de la realidad, aunque sí que había demasiada gente metida en ese cuadro. El recuerdo de mi estancia allí me vino a la memoria y de cómo Hiram siempre había estado

a mi lado, cuidando de mí.

Recordé la reunión donde informaron a Bellamy del tesoro de un galeón español hundido en las costas de Cartagena de Indias; de cómo navegamos hasta allí y después nos vimos obligados a salir huyendo cuando los navíos españoles salieron a nuestro encuentro. Y recordé cómo Bellamy llevó nuestro barco directo hacia una tormenta tropical. Fue ahí donde Hiram y yo nos besamos por primera vez. Suspiré con fuerza, tratando de controlar las ganas de llorar.

—Eh, vamos. Tranquila, pronto encontraremos la forma de que regreses junto a él —me aseguró Natalia, que no se separó de mí en ningún momento. Sonreí, agradecida por sus palabras y su compañía.

Continuamos el recorrido hasta llegar a una sala amplia donde había diversas vitrinas con objetos sacados de los restos del barco hundido en estas costas. Había mapas, bitácoras con la tinta bastante corroída e ilegible, sextantes y diversas brújulas y pistolas. Las lágrimas amenazaban con brotar a cada paso que daba.

Pasamos a una sala más oscura que nos guio hasta una zona enorme…, y el corazón se me paró en seco. Ahí, en el centro de la nave, había una reproducción a tamaño real del Whydah. Mi respiración comenzó a ser del todo irregular.

—¿Ese era el barco en el que viajabas? —preguntó Natalia.

—No, yo no llegué a conocer este navío. Por entonces, Bellamy capitaneaba La Sultana, un galeón español, diría que, bastante más grande que este —contesté sin dejar de admirar la maravilla de trabajo que hicieron con la recreación del barco.

El sonido de voces a nuestro alrededor, simulando discusiones y conversaciones entre piratas y corsarios, me aceleraba las pulsaciones. Era todo tan real que bien podrían haber aparecido Brom o el propio Bellamy en cualquier momento.

Había bidones de madera por varias zonas, acotadas todas ellas con una cinta para impedir que la gente se acercase y destrozase los objetos.

En una esquina de la nave, cerca de la proa, había una reproducción a escala real del camarote del capitán y una figura de cera que trataba de imitar al mismísimo Samuel Bellamy, el Negro. En cuanto me acerqué para verlo más de cerca, las lágrimas brotaron.

Esa figura alta, elegante y con esa cabellera negra como la noche, atada en la nuca con una cinta marrón, era la viva imagen de Bellamy. Llevaba puesta su clásica casaca roja, con las dos pistolas a la espalda. La figura lo mostraba con semblante serio, mientras leía un documento.

—Samuel… —balbuceé con añoranza. Sentí unas ganas inmensas de correr a abrazarlo y de suplicarle para que me llevase de nuevo con ellos.

—Liv, ¿podrás con esto? —quiso saber mi amiga, que ya me miraba con preocupación.

—Sí, debo poder con ello, Nat. Es la única forma de volver con él…, con ellos —aseguré

entre sollozos.

—Ay, amiga… —me rodeó con los brazos y me estrujó con delicadeza. Ahí…, ahí me rompí en un mar de lágrimas. El dolor volvió a hacerse fuerte, esa sensación horrible de notar que te han quitado una parte de ti importante…, que te han arrancado el alma y que ya nada tendría sentido se hizo cada vez más grande.

Iba a ser un trabajo muy duro porque sabía que veníamos a desenterrar los huesos de los que se convirtieron en mi familia. Encontraré los restos de los hombres que me salvaron de morir en la isla, que me protegieron y me enseñaron a sobrevivir en un mundo donde el peligro y la muerte acechaban en cada rincón.

Mientras el resto de mis compañeros estarían emocionados por el hallazgo, ávidos por ponerse manos a la obra, mi corazón se rompería con solo pensar en encontrar la tumba de… los restos de mi capitán, de mi amigo. Solo rezaba y le pedía al cielo, o a quien fuera, que Hiram no estuviera entre esos restos.

Continuamos la visita. Para distraerme, Nat me iba haciendo preguntas y me obligaba a que le contara otra vez cómo había sido mi vida entre piratas y bucaneros. Yo contesté gustosamente y, en cierto modo, me sirvió para dejar de llorar. Pero al día siguiente comenzarían las labores arqueológicas. Solo esperaba que mi corazón lo soportase.



Capítulo 9

Todo el equipo elegido para el estudio y datación de la tumba hallada en las costas de Cape Cod permanecíamos de pie en una de las salas del departamento de catalogación y análisis de objetos arqueológicos. Algunos se movían algo inquietos, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro; otros permanecían erguidos y con las manos a la espalda; y luego estábamos los que simplemente manteníamos una pose tranquila y relajada.

Formábamos todo un grupo diverso de arqueólogos seleccionados de todas partes del mundo: españoles, mexicanos, irlandeses, ingleses, estadounidenses, canadienses y hasta algún que otro hindú. Frente a nosotros, el profesor Pérez junto con varios de los directores que coordinaban los diferentes grupos, escuchaban con la misma atención que nosotros al director del museo, el doctor Chris Macort.

—Nos dividiremos en seis grupos de diez personas. En cada grupo siempre habrá un coordinador y todo deberá pasar por esa persona antes de catalogarlo y mandarlo al archivo —explicó el hombre.

—¿Cómo van a ser los grupos? ¿Podremos elegir en qué centrarnos o nos iréis diciendo qué hacer en cada momento? —quiso saber un joven canadiense a mi lado. Irvyn era un chico bastante arrogante, pero muy seguro de sí mismo y tenía claro que quería llevarse la gloria de descubrir los restos de algún pirata importante. ¡¿Y quién no, amigo?!

—Todos habéis sido seleccionados por vuestros currículos y las referencias remitidas al departamento de selección —le contestó el director.

—Bueno…, algunos han venido directos con la carta de recomendación desde casa. —Esas palabras hirientes salieron de la boca de Catalina, una chica mexicana que, a primera vista parecía ser una persona agradable, pero bastante cargada de envidia.

Natalia bufó a mi lado porque sabía que eso iba por nosotras. Le di un ligero golpe con el codo para que se controlase, aunque a mí también me entraron ganas de recriminarle sus palabras.

—Cierto, algunas personas aquí presentes han sido elegidas por su valía y talento. No es nada personal, señorita Gómez. Es simple ley de vida —soltó Chris, y tanto a mí como a Nat

nos entraron ganas de correr a abrazar a ese señor de pelo cano, que imponía mucho respeto con su sola presencia.

Catalina se movió incómoda por la reprimenda y optó por mirar hacia la puerta que daba a los archivos, con aire altivo y cargado de una gran ofensa.

—¿Tenemos alguna fecha límite para encontrar algo en concreto o simplemente vamos a trabajar en desenterrar los huesos, estudiarlos y luego catalogarlos para futuras exposiciones? —preguntó Bruno, un chico español que vivía en Los Ángeles.

—Buena pregunta —dijo Macort—. No tenemos fecha límite, no es un proyecto de esos donde el benefactor nos pone un tiempo exacto para lograr algún hallazgo importante. En este caso, podemos extendernos todo lo que necesitemos. La financiación de este trabajo es, en cierto modo, ilimitada —nos explicó.

Me picó el bichito de la curiosidad por saber quién sería el benefactor que habría aportado el dinero, además del museo y el propio estado de Massachussets. Estaba claro que iba a ser una ardua tarea y que pintaba que se iba a extender bastante en el tiempo. No solo deberíamos catalogar los objetos que encontremos en la tumba, también habría que hacer una labor forense con los restos humanos que había.

Pensar en los cuerpos de los piratas hizo que un escalofrío recorriese todo mi cuerpo. Llevaba mentalizándome de que iba a encontrar los restos de muchos amigos, gente a la que había cogido un cariño enorme. Era consciente de que ellos, todos ellos, estaban muertos o, al menos en esta línea temporal.

Pensar en eso, no me daba mucha paz, pero sí la concentración que necesitaba para centrarme en el trabajo que tenía por delante y, a la vez, proseguir con mi búsqueda del camino que me llevase de vuelta al tiempo donde todos ellos estaban vivos. Un camino que me llevase directa a Hiram.

—Muy bien, comencemos con la distribución de los grupos —anunció el director del museo.

Con una carpeta entre las manos, fue diciendo los nombres de cada uno de nosotros y nos fue indicando cuál era nuestro grupo. Natalia se fue directa al grupo de los que se encargarían de la gestión del archivo de objetos. A mí me tocó, como no podía ser de otra forma, en el grupo del profesor Pérez. Para mi desgracia, Catalina e Irvyn también estaban en él.

Aunque todos trabajaríamos sobre la misma tumba, cada grupo se centraría en diferentes cosas: catalogación de objetos del tipo brújulas y demás, otros en los posibles diarios o cartas que se puedan encontrar ahí enterradas; y luego estaba mi grupo, que nuestra labor estaría destinada a una labor más forense. Nuestro trabajo consistía en desenterrar los huesos y entregárselos al equipo forense que reconstruirá los esqueletos completos, en caso de haberlos, para tomar las muestras necesarias y enviarlas al laboratorio de ADN de Londres.

Con todos los puestos asignados, y tras una orden de Macort, se retiraron las gigantescas cortinas que mantenían el descubrimiento oculto.

Ahí, en el centro de la sala apareció una enorme masa de tierra endurecida, de unos mil quinientos kilos, según explicó el director. Una tumba gigantesca y solidificada que guardaba los secretos mejor guardados del mundo de la piratería.

El corazón se me detuvo al instante, para arrancar a toda velocidad según nos íbamos acercando al objeto en cuestión. Mis manos temblaban y la respiración era del todo irregular. Nat me observaba desde la distancia, preocupada por mi reacción. La miré y le hice una señal con la cabeza de que todo estaba bien…, pero nada estaba bien. Ahí dentro había mucha historia compartida, muchos amigos y conocidos a los que llevaba en mi corazón.

Un sudor frío apareció en mis manos, que no dejaban de moverse de forma errática. Me acerqué al bloque de tierra endurecida y posé una mano sobre uno de los laterales. Tal vez, de forma instintiva, esperaba sentir algo, alguna conexión mística o…, algo, lo que fuera. Pero tan solo sentí angustia y dolor. Cerré los ojos, llené mis pulmones con inhalaciones lentas y las dejé salir mientras buscaba la calma en la tormenta que asolaba mi interior.

Pronto, toda la estancia quedó envuelta en un silencio frío que tan solo se rompía con el sonido de cinceles y pinceles limpiando la tierra seca de las primeras capas de la gran tumba pirata.



A finales de agosto, aún no habíamos logrado encontrar nada más que huesos, alguna pistola, una brújula rota y una mano entera. Llevábamos semanas cepillando palmo a palmo esa gran roca y mi desesperación empezaba a ser notable.

Me encontraba agotada, pero no de un modo físico. Más bien de una forma más profunda, más emocional. A cada centímetro que desenterrábamos, me acercaba más a la cruda realidad y mi angustia crecía por momentos.

En nuestro día de descanso, algunos compañeros decidieron que era buena idea juntarnos todos en la piscina del complejo donde nos alojábamos y entablar una relación más cercana, lejos de la mera relación laboral.

Obviamente, a Natalia le pareció una idea estupenda, pero a mí no tanto. Y no era la única. Mary Anne, la chica irlandesa que estaba en mi grupo y era antropóloga forense, opinaba igual que yo. Yo aún no había tenido ningún roce con nadie, pero ella sí que lo había tenido y con Catalina, además. Una pequeña discusión sobre jerarquía que fue disuelta pronto por el profesor Pérez y el director del museo, quienes tuvieron a bien recordarle cuál era el puesto y la categoría de la mexicana.

—Amiga, estamos en agosto, con una humedad de mil demonios en este lado del charco…, ¿no crees que igual vas demasiado tapada para una fiesta en la piscina? —comentó Natalia, que entró en mi habitación en busca de una de mis pamelas playeras que solía usar para no coger mucho color ni quemarme. Sería española, nacida y criada allí, pero la genética irlandesa era mucho más fuerte y mi piel tiraba más a pálido que al clásico dorado de los hispanos.

—Hago esto por ti, así que no me presiones encima con mi forma de vestir —gruñí sin más.

—Sí, veo que vas a ser el alma de la fiesta —bromeó y le lancé uno de los cojines que había sobre mi cama. Natalia lo esquivó y salió corriendo con mi pamela de color caqui y cinta naranja. Sonreí, sabía que a ella la iba a quedar muchísimo mejor, ya que su melena negra y su piel dorada harían resaltar mucho esos colores.

Sentada en el borde de la cama, giré la cabeza para verme reflejada en el espejo de una de las hojas del armario. Vi una imagen demasiado mayor para la edad que tenía, una mujer cansada por el tiempo y con unas ojeras que nunca antes me había visto. La falta de sueño, o más bien el exceso de ellos, estaban haciendo mella en mi rostro.

Ahí estaba yo, o una yo diferente, al menos, vestida con un bañador verde oscuro y un kimono de gasa con estampado floral para evitar mostrarme mucho; mi cabello rojizo, rebelde como siempre, recogido en una gruesa trenza que colgué hacia un lado sobre mi hombro izquierdo; y unas sencillas sandalias oscuras.

Cerca de mi mano derecha, esperaba una pamela verde y marrón a que la cogiese y la luciese. La tomé con delicadeza y me la coloqué en la cabeza; suspiré y me incorporé con toda la actitud positiva que tenía, que era bastante poca. Cualquiera que se fijase en mi semblante, pensaría que iba de camino al patíbulo más que a una fiesta entre compañeros de trabajo.

En cuanto llegamos a la piscina, fuimos recibidas por un alegre y sonriente Bruno, que nos dio a cada una un mojito muy refrescante. Poco a poco, fueron llegando el resto de los compañeros y las risas y las bromas dieron paso a un ambiente que se fue tornando en agradable según pasaban los minutos.



CAPÍTULO 10

Llevábamos cerca de dos meses cincelando y excavando con cuidado la gran roca de la que no dejábamos de sacar tesoros arqueológicos de la era pirata. Objetos que, cuanto menos, contarían una historia, tal vez, diferente a la conocida hasta a la fecha.

Habíamos logrado desenterrar varios sables, algunos mellados y oxidados por el paso del tiempo y el salitre, restos de lo que debieron ser pistolas y huesos, muchos huesos entremezclados. Varios cráneos con diferentes golpes y muchos con marcas de haber sido dañados por los carroñeros.

Los forenses de cada grupo se encargaron de catalogar los restos humanos y de recabar las muestras necesarias para ser enviadas al laboratorio de ADN. El profesor Pérez nos había explicado que buscaban una coincidencia con el pirata más rico de la historia, ya que conocían de la existencia de un familiar que vivía en Londres.

—A mí me gustaría hallar el tesoro de este ladrón porque se dice que aún no se logró encontrar toda la riqueza que pudo reunir durante sus años de piratería —comentó Irvyn, que trabajaba a pocos metros de mí. Por suerte para mí, entre ese arrogante canadiense y yo siempre estaba Mary Anne, que no se cortaba en mostrar el desagrado que el muchacho le causaba.

—Deberías mostrar más respeto por los muertos —le replicó la irlandesa con desdén. Yo agaché la cabeza para ocultar la enorme sonrisa que asomó en mi rostro.

—No pienso mostrar respeto a quien dedicó su vida a hundir y robar barcos que…

—Samuel Bellamy jamás hundió un solo barco y era el único pirata gentil con los ocupantes de los navíos que asaltaba —intervine con un tono de lo más cortante. Estaríamos a punto de desenterrar su cuerpo, pero seguía siendo mi amigo…, mi capitán.

—¿Acaso lo conocías personalmente, O'Brien? —se burló de mí. Lo miré con todo el odio que corría por mi cuerpo en ese momento, pero Pérez se encargó de intervenir.

—Debería concentrarse más en su trabajo, señor Tremblay. Podría dañar alguno de los objetos apresados en la tierra por no prestar la atención debida —cortó así la discusión.

—Le pongo toda la atención del mundo, profesor. Créame —respondió Irvyn.

—Pues haga que se note. —No pude evitar reír de forma abierta. La gente como él se merecía que le bajaran los humos de vez en cuando.

Irvyn no contestó nada más, solo bufó y concentró su mirada en el objeto que estaba desenterrando. Pérez pasó por detrás de mí y de Mary Anne y nos susurró:

—Esperemos que su ego no despierte la maldición del pirata.

Ambas ahogamos la risa y nos miramos divertidas. Continuamos con nuestro trabajo, empleando siempre la misma forma metódica que hasta entonces. Tardábamos más que los demás, pero tanto Mary como yo considerábamos que mejor ir despacio y asegurarnos de limpiar bien las zonas.

Con un pincel en la mano, comencé a barrer una zona con una forma alargada un tanto abultada. Parecía albergar varios objetos, aunque también podrían ser rocas y ramas apiñadas bajo la arena solidificada.

Al mismo tiempo que acariciaba con cuidado la tierra frente a mí con las cerdas de la bronca, mantenía atenta mi visión perimetral porque había algo que encontraba inusual. Me fijé en que era una forma bastante regular. Si bajo esa capa de arena hubiese objetos diferentes, formarían pequeños montículos o formas, pero esta era más o menos uniforme.

Una extraña sensación comenzó a crecer en mi interior. A pesar de estar en una sala acondicionada a una temperatura siempre exacta, un aire gélido rodeó mi cuerpo. Sentí lo que bien podría tratarse de una caricia en la nuca, algo que me erizó por completo el vello.

De pronto, frente a mí, asomaron lo que parecían ser unas falanges cortas. Cambié de pincel para no dañar la estructura ósea y cogí uno redondo, de cerdas más finas. Poco a poco, una mano tomó forma y parecía estar sujeta al hueso de la muñeca, lo que me indicaba que había algo más que huesos sueltos.

Seguí desenterrando y el corazón se me paró. La tela de la manga, desgastada y algo roída, se dejó ver en la siguiente barrida de arena. Supe al instante que se trataba de una casaca, algo desgastada y gruesa. Mi respiración empezó a ser irregular y aceleré la labor de limpieza mientras las lágrimas amenazaban con brotar.

—No…, no, no, no… Por favor, no… —balbuceé al mismo tiempo que ponía más empeño en desenterrar aquel cuerpo.

Frío, horror, pánico y una ansiedad enorme se apoderaron de todo mi ser. Mis manos temblaban con cada pasada que les daba a los restos con el pincel. Movida por un impulso, me encaramé en la mesa de trabajo para retirar la tierra de lo que intuía era la espalda del cuerpo.

—¡Señorita O'Brien! —escuché una voz que exclamaba mi nombre, pero no miré de quién se trataba. No podía, mi objetivo era desenterrar a ese hombre.

Desesperada, y faltando del todo al método cuidadoso del arqueólogo, metí ambas manos en la tierra y la arrastré hasta dejar asomar gran parte de los restos humanos. El mundo se

detuvo en ese instante. Ante mí, una casaca roja, descolorida, y con dos pistolas oxidadas sujetas en un cinturón a la espalda.

—Bellamy… —susurré.

Me bajé temblando de la plataforma y, por el rabillo del ojo, vi a Natalia que se acercaba a mí corriendo. Mis ojos se quedaron fijos en la figura que asomaba entre la arena solidificada, un esqueleto que yacía boca abajo, los restos de mi amigo.

La gente a mi alrededor se movía deprisa, pero yo los veía como si fuese una película de cámara lenta. Algunos me hablaban, pero no podía escucharlos.

El aire empezaba a entrar con dificultad en mis pulmones. Me llevé una mano al pecho y noté el retumbar del corazón en mi interior. La sangre bombeaba demasiado deprisa y el oxígeno no entraba con la suficiente afluencia.

—¡Liv! —Fue lo último que escuché antes de que mi mundo desapareciera por completo.



Capítulo 11

Nass*au,* diciemb*re* de 171*6*

La cálida brisa de la mañana se colaba entre la madera de las ventanas de nuestra habitación. La luz, algo más tímida, empujaba a través de las cortinas para iluminar el interior, mientras Hiram y yo hacíamos el amor.

Sentirlo dentro de mí, entrando con esa fuerza guerrera mientras ambos jadeábamos y nuestros cuerpos se movían al unísono era algo indescriptible. Tenía sobre mí toda una hermosa escultura masculina, devorando mi boca hambrienta de su sabor.

La melena leonada de mi pirata caía sobre mi cara y acariciaba mis mejillas con cada embestida. Deslicé mis manos por su espalda hasta llegar a su trasero, que se contraía cada vez que me penetraba con fuerza. Clavé las uñas en la piel y el gruñó, pero no cesó con las acometidas.

—Hiram…, no pares… Sigue…, sigue, no pares —lo jaleé del todo excitada y a punto de llegar al orgasmo.

Mis pechos estaban tan hinchados y enrojecidos por la pasión con la que los devoró, que me escocían los pezones al rozar contra su torso. Alcé las caderas, reclamando más y él aceleró el ritmo. Me corrí en un sonoro gemido, mientras él jadeaba con cada penetración.

Instantes después, y tras un fuerte empujón, Hiram se derramó en mi interior, acompañado el último movimiento con un gutural gruñido. Sentí el calor de su semilla llenado todo mi interior. Antes de rodar hacia un lado, bajó la cabeza y me dio un fugaz beso en los labios.

Una vez tumbado a mi lado, me rodeó con el brazo y me atrajo hacia él. En una postura ya muy común entre ambos, descansé mi cabeza sobre su pecho. Froté la mejilla contra el bello de su torso y después depositó un beso donde su corazón latía con más fuerza.

—Mmm, me encanta despertarme así de buena mañana. Hace que afronte el día con una enorme sonrisa —murmuré contra su piel.

Su pecho subió con brusquedad por la carcajada que soltó. Bajó la cabeza y me dio un

beso en la coronilla.

—Es todo un placer hacer que tu día comience bien —contestó.

Levanté la vista hacia él y dejé que me besara en los labios para después quedarnos perdidos en nuestras miradas. Amaba perderme en esos dos océanos.

—¿Qué planes tienes para ocupar tu día, ahora que ya no eres pirata? —quise saber.

Hiram sonrió, acarició mi hombro con un dedo de tal forma que todo mi cuerpo se estremeció.

—Amarte, cuidarte y darte la familia que te mereces —dijo, y mi corazón explotó con tanto amor.

Llevé una mano hasta su cara y deslicé los dedos por todo su perfil, admirando cada rincón de su piel bronceada por el sol del mar. Un rostro perfecto, cincelado por duendes marinos y coloreado por los dioses celestiales…, y mío, todo mío.

—A veces me cuesta creer que seas real, que existas —confesé. Se acercó y acarició mis labios con los suyos al mismo tiempo que me sujetada del mentón de esa forma tan sensual como solo él sabía hacer.

—Soy real, mi amor —murmuró contra mi boca.

—Lo sé, pero a mi cerebro aún le cuesta aceptar que algo así haya podido suceder. Muchas veces, tengo miedo a despertarme y comprobar que has sido solo fruto de mi imaginación.

—Oh, necesitas pruebas. Bien. —Llevó una mano bajo la sábana y recorrió el camino desde la base de mis pechos hasta llegar al centro de mi poder. Deslizó un dedo por la hendidura de mi sexo y gemí—. ¿Es suficiente prueba de que soy real? —ronroneó, sus labios a escasos centímetros de mi boca. Me retorcí cuando frotó con fuerza el haz de nervios.

—Hiram… —jadeé, él rio y se apoderó de mi boca mientras profundizaba en su caricia.

Con la mano bien colocada entre mis piernas, introdujo el dedo en mi interior y comenzó a hacer pequeños movimientos circulares. Eso me volvió loca y ahogué un quejido en su garganta.

Abandonó mis labios, dejándolos hinchados y huérfanos de su calor. Fue depositando pequeños besos por mi piel desde la mejilla, el cuello, hasta llegar a mis pechos. Levantó la cabeza para observarlos, sin detener los movimientos de su mano. Sin previo aviso, cayó sobre uno de mis senos y tomó el pezón entre los dientes.

—¡Oh, joder! —exclamé, del todo excitada.

—¿Te parece esto lo suficientemente real? —preguntó contra mi pecho.

—Sí, joder —afirmé, mis dedos aferrados a la tela bajo mi cuerpo.

Hiram introdujo un segundo dedo y me penetró una y otra vez, golpeando contra el clítoris con la palma de la mano. Me iba a correr otra vez, pero, entonces, se detuvo y sacó la mano

de entre mis piernas.

—¿Qué…? —protesté entre jadeos.

Con suma agilidad, me tumbó de espaldas y dibujó un camino de besos desde mis pechos hasta llegar a mi sexo. Se arrodilló entre mis piernas, que se abrieron al máximo de forma involuntaria. Gemí con fuerza con la primera lamida y sentí el mundo dar vueltas a mi alrededor.

Hirma se dio un festín conmigo y yo me corrí de una forma intensa y espiritual, como si todo mi cuerpo se recargase de una energía poderosa. Arqueé tanto la espalda cuando el orgasmo se apoderó de mí, que creí que iba a romper en mil pedazos.

Jadeante, con el cuerpo aun ardiendo por su saber hacer, noté el colchón vibrar y, al instante, el peso de su cuerpo sobre el mío fue todo lo que necesitada. Elevé las caderas para dejarlo entrar y empujó. Otra vez lo tenía dentro, era maravilloso, vigoroso y poderoso.

—Hoy vas a sonreír más que otros días, mi Corazón de fuego. —Y exploté de nuevo. Esa forma en la que pronunciaba el apodo que el resto de los piratas me habían puesto, de una forma tan sensual y ardiente.

—Sí, por favor…, sigue —lo insté entre jadeos.

Me penetró con insistencia, con rudeza, tomándose su tiempo para darme más placer…, si es que eso era posible. Empujó, empujó y empujó hasta lograr su propia liberación. Noté cómo se corría dentro de mí y tomé su rostro perlado en sudor entre las manos. Él abrió los ojos y, jadeante, sonrió.

—Te amo, Irlandés —confesé llena del amor más grande que jamás haya sentido.

—Y yo a ti, Corazón de fuego.

Cuando Hiram se fue, remoloneé un poco más en la cama. La sonrisa de esa mañana auguraba que sería un día maravilloso. Desnuda, con el solo rozar de la sábana sobre mis caderas, me giré sobre el colchón y miré hacia la ventana. La luz ya era intensa, aunque aún le faltaba algo de fuerza, pero la iría cogiendo durante el día.

Sonreí…, más todavía. Era feliz, muy feliz. No solo por el grandísimo amor que nos profesábamos los dos, si no por todo el mundo que giraba a nuestro alrededor. Jamás me hubiera imaginado llevando una vida así, lejos de los lujos de mi tiempo.

En mi viaje temporal, encontré una gran familia por la que sentía un amor infinito. No solo con Hiram, Alice y Liam. La tripulación de Bellamy también formaba parte del vínculo tan fuerte que había adquirido en este tiempo. Incluidos Hornigold y Teach. Ellos también se habían convertido en personas importantes.

—El puto Barbanegra… —dije al vacío de la habitación, entre risas y una alegría inmensa.

Decidí que ya era hora de ponerse en pie, así que dejé a un lado la sábana y me levanté de la cama. Caminé hacia el balde de agua que había sobre la vitrina de madera junto a la venta, metí las manos y me eché agua fría en la cara. Eso sí que es algo que echaba mucho de menos: el agua caliente al instante.

Tomé el pequeño paño que había al lado, lo sumergí y procedí a pasármelo por todo el cuerpo. Solté una maldición cuando sentí el frío sobre mi piel. Me lavé con calma, aplicando más esmero en algunas zonas. No pude evitar recordar a mi querida Natalia y su necesidad de bañarse siempre en agua hirviendo.

—Sé de una que no sobreviviría en esta época —comenté divertida, y me reí.

Me di cuenta de la cantidad de avances que teníamos en mi tiempo y que apenas apreciábamos porque las tomamos como algo normal. Nunca nos había dado por pensar en que podríamos perder esos privilegios en cualquier momento, nos creemos con el derecho a tener todos esos lujos. ¡Cuán equivocada está la humanidad!

Yo, en un abrir y cerrar de ojos, perdí todas esas cosas y nunca en la vida había sido más feliz de lo que lo era en ese momento. Sin lujos, sin avances, sin nada de todo lo que copaba mi vida diaria. A cambio, había logrado llenar mi alma y mi corazón con buenos valores y sentimientos muy profundos.

Divagué en la forma en la que la gente se relacionaba en esta época y comprendí que había mucha más unión personal y familiar. No les quedaba otro remedio, ya que no existían pantallas ni nada de lo que había en mi mundo y que lo único que lograban era distanciar a las personas unas de otras.

Nunca había tenido conversaciones tan profundas, sobre todo con gente que me era del todo extraña, como las que tenía en esa época. Y para nada eran gentes incultas o ignorantes. Estaban llenos de sabiduría adquirida por las circunstancias de la vida.

En mi mundo vivíamos en la era de la inmediatez. Lo obteníamos todo a golpe de botón digital y ya no había tolerancia a la frustración, tan solo exigencias, en muchas ocasiones, abrumadoras. La sociedad avanzada se había convertido en una sociedad sin valores, sin principios…, una sociedad perdida en sus caprichos.

Con Hiram, y el resto de las personas que fueron apareciendo a mi alrededor, pude ver lo importante que era para ellos ser personas de palabra. La lealtad era un principio básico para ser aceptado. Alguien desleal o cobarde, por lo general, era un paria de la sociedad. En mi mundo se habían convertido en los tiranos que gobernaban a las masas. Sentí tristeza por los que dejé al otro lado de la línea temporal.

Dejé mis pensamientos filosóficos a un lado y fui en busca de mi ropa de batalla diaria. Tenía que ayudar a Alice con el huerto porque queríamos preparar la tierra para cosechar algunos vegetales, si es que esta tierra nos lo permitía.

Con todas las prendas bien anudadas a mi cuerpo, me trencé el cabello para que no me molestase ni me diera calor. Ya lista, salí de la habitación y me dirigí hacia el lugar de la casa donde se hacía la vida. El olor a los productos con los que Alice lavaba la ropa me invadió y supe al momento que estaba haciendo la colada. Sonreí…, o tal vez nunca había dejado de hacerlo.



CAPÍTULO 12

Tal y como mi olfato había predicho, me encontré con una olla de barro enorme sobre la cocina. Bajo ella, el calor producido por la leña quemada calentaba toda la estancia. Alice estaba agachada a unos pocos pasos del caldero, revolviendo entre la ropa que había en el cesto de mimbre envejecido y deshilachado. Me anoté mentalmente hablar con Hiram para comprar uno nuevo en el mercado.

—Buenos días, cariño —saludó ella, sin mirarme tan siquiera. Me maravillaba esa habilidad que tenían, tanto madre como sus dos hijos, para notar mi presencia.

—Buenos días, te veo atareada. ¿Por qué no me dijiste nada anoche, durante la cena? Me hubiese levantado temprano para ayudarte —dije y me acerqué corriendo para socorrerla con unas sábanas que se habían enredado entre sí.

—Todavía puedo hacerme cargo de las tareas del hogar, Liv. Además, mi hijo y tú aún tenéis que adaptaros a vuestra nueva vida. —Entre las dos, logramos desenredar las telas y la ayudé a sumergir una de ellas, con cuidado de no quemarnos con el agua caliente.

—Sé que puedes hacer las cosas, Alice, pero me gustaría ayudarte. Quiero que sepas que ahora no estás sola para cargar con la casa, me tienes a mí. ¿Qué clase de esposa sería, si no fuese capaz de dirigir un hogar?

—Para ser una jovencita venida de tiempos futuros, piensas de una forma muy convencional —comentó entre risas.

—Pues aunque no te lo creas, y mi carácter a veces no lo demuestre, soy bastante hogareña y me gusta mucho quedarme en casa, con mis cosas y demás —le conté. Me agaché para coger otra sábana y se la entregué.

—¿Te he dicho alguna vez que me recuerdas mucho a mi hermana pequeña? —esa confesión me dejó pasmada, ya que, hasta la fecha, nunca me había hablado de su familia. Negué con la cabeza y ella prosiguió: —Constance Fitzgibons, una jovencita risueña; de cabello castaño cobrizo muy parecido al tuyo, ojos azules y también, al igual que tú, con la cara salpicada de esas manchitas marrones que le daban un aspecto de lo más travieso. —Me llevé una mano al puente de mi nariz y me lo acaricié, justo donde más pecas se me

acumulaban.

» Cuando yo desaparecí, tenía unos once años. Era mi sombra de medio metro, me seguía a todas partes y se pasaba el tiempo preguntando por todo. Siempre supe que sería una mujer muy inteligente y nada fácil de manipular. Y, al igual que tú, querida Olivia, Constance era terca como una mula —contó.

—¡Oye! ¡Que yo no soy terca! Solo analizo las probabilidades y doy mi humilde opinión cuando no cuadran con mis deseos. —Alice estalló en carcajadas.

—Lo que yo digo, igualitas. —Metió la funda de una almohada en el agua y colocó la tapa sobre la olla, sin cubrirla por completo.

—¿Nunca has intentado buscar la forma de comunicarte con ella? —quise saber.

—¡¿Cómo podría, cielo?! Faltan unos trescientos años para que ella nazca, es imposible. —exclamó.

En ese instante, el recuerdo de una serie que Natalia y yo veíamos juntas me vino a la memoria. Una mujer que viajaba a otro tiempo diferente al suyo y que lograba comunicarse con su hija en su tiempo futuro mediante cartas que depositaba en buzones en oficinas de correos.

—Aun así, le he escrito, sí —interrumpió mis pensamientos con su confesión. La miré atónita y ella sonrió. Dejó el cesto a un lado, se acercó al mueble del salón y, de uno de los cajones, sacó un fajo de cartas anudadas con una cinta roja—. Ten, léelas, si quieres. Le escribo una al año y le cuento las cosas que me han acontecido, me hace sentirla cerca —dijo y me entregó su tesoro más preciado.

—No, Alice, no podría…

—Anda, no seas tonta. Así conocerás un poco más mi historia. ¿Quién sabe? Tal vez te hagas escritora y decidas contar el cuento de una viajera del tiempo que apareció en un tiempo que no era el suyo y se acabó enamorando de un hombre maravilloso, que la cautivó al instante. —Solté una carcajada, y no era porque me describía a mí también, sino porque esa historia ya estaba escrita.

—Gracias por confiarme esto, Alice, de verdad —dije a la vez que cogía las cartas con sumo cuidado.

—De nada, y…, ya que antes te has ofrecido a ayudarme con las tareas de la casa, ¿por qué no le quitas las sábanas a vuestra cama y las dejas en el cesto de colada? Así las podemos lavar todas juntas y tenderlas mañana.

—Ahora mismo —contesté con efusividad y corrí de vuelta a nuestra habitación para ponerme manos a la obra.

Guardé las cartas en el cajón de mi mesilla de noche y comencé a liberar el colchón de las telas que lo envolvían. Una vez la cama estuvo desnuda por completo, hice una bola enorme

con las sábanas y las abracé. Metí la cabeza entre las telas y aspiré el aroma. Olía a él, a mí…, a nosotros.

Tras dejar toda la ropa de cama dentro de la olla, que se mantendría a fuego lento durante el resto del día, Alice y yo nos dirigimos al pequeño huerto que teníamos junto a la casa. Llevábamos tiempo preparándolo para parcelar las zonas donde plantaríamos diferentes tipos de vegetales.

Con nuestros cinturones de labranza bien repletos de las herramientas que necesitábamos, comenzamos la ardua tarea de retirar las malas hierbas que aún quedaban en el perímetro de la parcela.

—Nunca sabrás lo que echarás de menos una desbrozadora hasta que viajes al pasado y tengas que segar el jardín —resollé en un momento en el que el sol brillaba en lo alto y calentaba con fuerza, para estar en época invernal. Era lo bueno que tenía Nassau, la temperatura siempre solía ser la misma.

—¿Una qué…? Eso suena peligroso —dijo Alice, que se afanaba a un matojo de ortigas que había envuelto con un trapo, previo a meterles mano.

—Bueno…, en cierto modo lo es, pero en cuestión de minutos podríamos tener todo esto limpio de estas jodidas hierbas —solté con esfuerzo, mientras tiraba con fuerza de una zarza que se resistía a abandonar su parcela de tierra.

En un momento dado, Alice se acercó a un pequeño matojo de ramas y, al moverlas, un enjambre de mosquitos salió despavoridos y acabaron rodeando su cara. Ella dio un salto hacia atrás y agitó las manos para espantarlos.

—¡Alice! —grité y me levanté de un salto para acudir en su ayuda, con tan mala suerte que pisé una piedra y perdí el punto de apoyo. Eso me hizo perder el equilibrio y vi cómo todo lo que tenía frente a mis ojos comenzaba a cambiar de posición, de forma lenta.

—¡Olivia! —exclamó Alice y se estiró para intentar sujetarme antes del fatídico desenlace.

Debido a la gravedad, y a los duendes que ese día decidieron divertirse con nosotras, ambas acabamos con el trasero en el suelo. Una polvareda se levantó hasta nuestras caras y acabamos tosiendo y escupiendo tierra seca.

—Creo que esta zona sería buena para plantar el romero —bromeó Alice, sin más.

La miré incrédula, hasta que la curva de sus labios se hizo más amplia. Estallamos en sonoras carcajadas, que hicieron que acabásemos dobladas sobre nuestros estómagos, riendo sin parar.

—No hay nada más maravilloso que el sonido de la risa de una mujer hermosa, cuanto más si son dos. —Una voz masculina interrumpió el momento de diversión.

Nos giramos para mirar a nuestro visitante inesperado y mi corazón dio un vuelco en el

pecho.

—¡Liam! —exclamé con efusividad. Me levanté de un salto y corrí hacia él, que me recibió con los brazos abiertos.

—Espero que, el día que encuentre esposa, me reciba con tanta alegría como tú, pelirroja —murmuró contra mi cuello.

Me liberé del abrazo y le golpeé en la boca del estómago. Liam se dobló entre risas.

—Te he dicho que no intentes encandilarme. ¿Acaso quieres que tu hermano te vuelva a pegar? —le solté.

—¿Cómo es eso de que Hiram y tú os habéis golpeado? —preguntó Alice, que se había acercado a nosotros y escuchó la conversación.

—Técnicamente, yo fui el golpeado y esta señorita tiene mucho que ver —respondió él.

—¡Liam! —protesté y volví a atizarle.

—No me gusta que os andéis azotando, jovencito. Ya lo sabes. Sois hermanos, no rivales y el día que yo falte, solo os tendréis el uno al otro —lo regañó su madre.

Liam tomó a Alice en brazos, sin previo aviso, y giró con ella mientras la mujer protestaba. Esa imagen me enterneció el corazón. La relación entre Hiram y Alice era muy diferente a la que tenían Liam y ella. Uno era más protector, su punto de apoyo, mientras que el otro era el que más la alteraba y, a la vez, la hacía reír. Tan idénticos y, a la vez, tan diferentes.



CAPÍTULO 13

Liam devolvió a su madre a la seguridad del suelo y recibió varios manotazos de ella en la espalda. No pude evitar reírme al ver cómo esa mujer tan calmada, recriminaba a su hijo como si fuera un niño pequeño. Él, por su parte, la provocaba y la amenazaba con volver a elevarla por los aires.

—Se acabó la paz y la tranquilidad en la casa de los Burke —la voz masculina de Hiram resonó a mi espalda. Me giré de un salto y me abracé a él, que solo rodeó mi cintura con el brazo que tenía libre porque en el otro cargaba un cesto de mimbre lleno de arenques y otros pescados.

—Por si no te habías dado cuenta, hermano, también soy un Burke —le replicó Liam.

Sin que ninguno fuéramos consciente, Alice se acercó a su hijo mayor y le dio un coscorrón en la cabeza.

—¡Ay! ¡Mamá! —protestó Hiram.

—No vuelvas a apalizar a tu hermano o tendré que castigaros a los dos por inmaduros —lo regañó con seriedad. Tuve que contener la risa al ver esa actuación tan de madre indignada, mientras sus dos hijos se hacían más pequeños.

—Besó a mi mujer —se defendió él. Alice miró a su otro hijo.

—Fue un malentendido por la situación —dijo Liam al mismo tiempo que levantaba las manos en señal de paz.

Alice cerró los ojos, respiró bien profundo y, cuando los abrió de nuevo, señaló a ambos y aseveró:

—Tú, no beses a la mujer de tu hermano —ordenó a Liam—, y tú no pegues a tu hermano —hizo lo mismo con Hiram.

—Sí, señora —respondieron los dos al unísono.

Ella puso los ojos en blanco y resopló, dejando clara su frustración.

—No puedo con ellos —me dijo, entonces, y ya no pude aguantar más la risa—. Será mejor que vaya a preparar la olla para el pescado. —Y se fue directa a la casa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —le preguntó Hiram a su hermano.

Seguía sujeta por su brazo, así que bajó la cabeza hacia mi boca y me dio un cálido beso en los labios que saboreé con hambre. Luego, lo ayudé a liberarse de la carga y tomé el cesto entre los brazos.

—¿Por qué? ¿Qué precisas de mí? —contestó Liam. Se conocían muy bien los dos y sabía que su hermano entendía de sobra la vida pirata, por lo que esa pregunta solo significaba que necesitaba su ayuda en algo.

—Tengo que terminar de colocar el tejado de la caseta de labranza y me vendría muy bien un par de manos más. Ya que estás aquí…

—Bueno, embarcamos mañana, pero podemos dejarlo listo hoy —contestó Liam.

—¿Solo estarás aquí un día? —dije con algo de tristeza. A pesar de lo que me provocaba constantemente, me gustaba la compañía de mi cuñado.

—La vida pirata es así, pelirroja —comentó y me guiñó un ojo.

—Bueno, pues…, será mejor que comencemos cuanto antes —intervino Hiram. Volvió a besarme a modo de despedida, ya que yo debía llevarle el pescado a Alice cuanto antes o se perdería todo. Pasó por mi lado y se fue directo a la caseta de madera.

Cuando me di la vuelta para irme a la casa, me encontré con Liam frente a mí, con los ojos cerrados y los labios colocados en espera de un beso. Obviamente, estaba bromeando y buscando alterarme. Sonreí de forma traviesa, metí la mano en el cesto y saqué un pez pequeño. Sin mediar palabra, se lo metí en la boca, pillándolo por sorpresa.

—¡Diag! ¡Qué asco! He besado labios menos pringosos —protestó.

—Y da gracias de que no era un cangrejo porque tendrías serios problemas para abrir la boca —le dije entre risas.

—Desde luego que eres toda una pirata, con esa mala baba que te gastas…

—Corazón de fuego me llaman, amigo. —Me carcajeé y lo dejé escupiendo el regusto al pescado crudo en la boca, mientras escuchaba de fondo las risas de Hiram.

El día pasó con calma, sin mayores percances que las típicas bromas entre hermanos, mientras nosotras nos dedicábamos a los quehaceres del hogar. Alice y yo nos afanamos a limpiar el pescado para dejarlo listo para el ahumado. También controlábamos que la colada no se estropease por dejarla demasiado tiempo en el agua, removiendo con las palas de madera para que los productos penetrasen de forma uniforme en las prendas.

Tan solo hicimos un breve parón para comer un guiso de arenques y algo de fruta que aún teníamos en la despensa. Un momento divertido y entretenido en el que degustamos los alimentos entre risas y hazañas que los hermanos intercambiaron con nosotras.

Al caer la noche, y tras una cena ligera, tan solo quedamos Liam, Hiram y yo en el porche de la casa porque Alice se fue pronto para la cama. El día había sido bastante ajetreado, lo que

la dejó agotada.

Mientras Hiram preparaba los vasos de ron, Liam y yo permanecíamos sentados en las escaleras y disfrutando de la bonita noche estrellada que se había quedado en el cielo de Nassau.

—¿Qué tal lleva la vida lejos de la piratería? —quiso saber él. Supe que se refería a su hermano.

—Por el momento, lo está llevando muy bien. No hay cambios en su carácter ni nada… —dejé de hablar al fijarme en cómo Liam tenía la vista perdida en el fondo de su vaso. Pude escuchar los engranajes moverse dentro de su cabeza—. ¿Es que te estás planteando dejar esa vida también? —La pregunta lo trajo de vuelta de sus pensamientos. Me miró, esbozó una sencilla sonrisa y le dio un trago a la bebida.

—No creo que la vida familiar esté hecha para mí, pero…

—¿Has conocido a alguien? ¿Es eso? —le interrumpí. Liam soltó una carcajada.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Hiram al aparecer tras nosotros. Se sentó a mi lado y me atrajo hacia su cuerpo. Tras entregarme mi vaso de ron, depositó un suave beso en mi frente.

—Creo que tu hermano ha conocido a una mujer y se plantea dejar la piratería, ser un hombre de bien —le informé. Hiram se atragantó al escuchar mi respuesta y Liam se rio.

—No hay ninguna mujer, pelirroja. No existe hembra que le eche el lazo a este pirata —aseguró él.

—Me acabas de recordar a mi mejor amiga, siempre huyendo del amor —dije antes de darle un trago a mi bebida.

Liam se levantó, bebió lo que le quedaba del dorado líquido de su vaso y dijo:

—Yo no huyo del amor —esa afirmación me dejó descolocada y lo miré con intriga—. Yo amo a la vida, pelirroja. Amo la libertad, el peligro y, sobre todas las cosas, amo a las mujeres y sus cuerpos. Por eso no me comprometo con ninguna, quiero amarlas a todas —aseguró y subió las escaleras para dirigirse a su habitación.

—Vas a morir solo, hermano —se burló Hiram de él.

—No, os tengo a vosotros —contestó, elevando la voz desde el interior. Hiram y yo nos reímos por la respuesta. Luego, nos quedamos solos en el porche.

La noche era cálida y el sonido de la isla en ese momento era enigmático, relajante. Cerré los ojos y me dejé caer sobre el pecho de mi esposo, que no dudó en rodearme con los brazos y besar mi mejilla. Nos quedamos en silencio, disfrutando de nuestra mutua compañía.

—¿Qué te parece ese lado de la parcela? —preguntó sin previo aviso. Me moví entre sus brazos y lo miré. Hiram sonrió y señaló con la mano hacia un lateral del terreno, una zona que lindaba con un muro de árboles y setos.

—¿Por qué? —quise saber.

—Para nuestra casa, estaba pensando en construirla ahí… —no le dejé terminar de hablar. Me giré del todo para encararlo y lo miré atónita.

—¿Nues-Nuestra casa? —balbuceé, incrédula.

—Sí, nuestra casa —repitió él.

—¿Tú… tú quieres construir una casa para… nosotros? —Estaba en shock y eso le hizo gracia porque soltó una carcajada antes de darme un beso en los labios.

—¿Acaso la quieres construir tú? —bromeó.

—Bueno…, lo mío es la interpretación de objetos antiguos, no la arquitectura, pero siempre fui una chica habilidosa y muy aplicada con las tareas que se me encomiendan —dije, aunque seguía sin creerme que estuviésemos manteniendo esa conversación. Hiram rio de una forma relajada que hizo que mi corazón riese con él.

—Te amo, mi amor, pero dudo mucho que logremos salir ilesos contigo como constructora de casas —se burló. Le di un golpe en el estómago.

—No te burles de tu joven esposa, no me esperaba que hicieses algo así por mí.

—¿Y por quién demonios iba a hacerlo, si no?

—Pues, no lo sé… A lo mejor quieres construirle una cabaña a tu hermano para que nos deje tener una vida en paz. —Hiram se carcajeó.

—No lo había pensado, pero me has dado una idea —Me atrajo hacia él, envolvió mi cara con las manos y me besó con dulzura, como si de un juramento se tratase—. Quiero construirle una casa a mi reina porque quiero formar un hogar con ella. Quiero ser el hombre que ella espera que sea y hacerla la mujer más feliz del mundo —confesó.

Mi corazón explotó o al menos eso pensé yo cuando lo noté latir con fuerza y luego detenerse en mi pecho. Rodeé su cuello con los brazos y le mostré la sonrisa más amplia y sincera que jamás haya visto.

—Qué afortunada tu reina, pirata —coqueteé con él.

—No lo sabes bien. Es preciosa, inteligente, fuerte y astuta… —un beso en los labios, otro en la punta de mi nariz—, pero también es terca como un demonio y eso me vuelve loco —dijo.

Quise protestar, pero se apoderó de mi boca y no supe más. Su beso fue ardiente, excitante y me dejaba claro el tipo de noche que me esperaba. Pero, entonces, separó su boca, me miró y preguntó:

—¿Cuántos hijos quieres que te dé? Tres, cuatro, ¿cinco…?

—¡Ala! Para el carro, amigo, que no soy un conejo. Empecemos por un par y ya iremos viendo —lo interrumpí.

—Hecho —se levantó y me tendió una mano. Yo accedí a su gentil gesto de ayuda, pero,

cuando me tuvo sujeta, tiró de golpe y me alzó por los aires hasta dejarme cargada sobre su hombro, cual saco de heno.

—¡Hiram! —exclamé con asombro.

—Si queremos dos hijos, debemos empezar ya —dijo y me dio un azote en el trasero. Protesté, pero también me reí. Ese gesto me excitó y las oscuras intenciones de mi esposo calentaron mi cuerpo.

Entró conmigo al hombro en la casa, cerró la puerta y emprendió camino hacia nuestra habitación.

—¡Por favor, no hagáis mucho ruido! —exclamó Liam al otro lado de la puerta de la suya.

—¡Ponte la almohada en la cabeza! —le respondió Hiram.

Abrí los ojos y me reí al mismo tiempo que le daba un ligero puñetazo en la espalda. Él respondió con otro manotazo en mi nalga. Abrió la puerta de la habitación y la cerró con el talón.

—Prepárate, mujer, porque te voy a hacer el amor hasta que olvides tu nombre y tan solo seas capaz de verbalizar el mío. —Y gemí ante tal amenaza sexual.

Tal y como prometió, esa noche acabé sucumbiendo al placer de sus caricias tantas veces que apenas notaba mis piernas. Hiram se dio un auténtico festín conmigo, y yo con él. Ambos disfrutamos de nuestros cuerpos desnudos como si el mundo se fuera a acabar en ese instante. Saciados, nos quedamos dormidos, abrazados y con la firme promesa de un futuro juntos.



CAPÍTULO 14

A la mañana siguiente, y tras ayudar a Alice a tender la colada del día anterior, fui en busca de mis dos hombres favoritos. Hiram quiso mostrarle a su hermano, antes de partir, el lugar elegido para la construcción de nuestro hogar. Cuando llegué hasta ellos, los encontré dentro de un cuadrado gigantesco dibujado en la tierra.

—Sigo diciendo que podrías plantearte hacer una construcción de dos pisos. Así, podríais tener vuestra habitación en la planta superior, más privada —comentó Liam.

—Es mucha obra y muchos materiales. Tengo dinero, pero no querría gastarlo todo de una sola vez —contestó Hiram.

—Si se te acaba el dinero, hermano, siempre puedes volver a la piratería. Se gana mucho, ¿recuerdas? —bromeó su hermano.

Emití un ruido con la garganta para hacerles saber de mi presencia. Hiram acortó la distancia entre nosotros, rodeó mi cintura y me plantó un beso de lo más intenso.

—Vale… ni que hiciera años que no me ves —murmuré contra su boca.

—Un instante sin ti es toda una vida, mi amor —ronroneó, y mi corazón gritó de alegría. Siempre sabía qué decir y qué teclas tocar para hacer que todo mi cuerpo flotase en nubes de pasión.

Estiré mis brazos hasta rodear su cuello, froté la punta de mi nariz contra la suya y dije:

—Eres un zalamero, Irlandés.

—Si eso significa que soy un hombre profundamente enamorado de todo tu ser, confieso ser un zalamero —y me volvió a besar.

—No os cortéis, por favor. Seguid a lo vuestro. Total, solo soy yo —ironizó Liam a nuestra espalda.

—¿Celoso, hermano? —se burló Hiram.

—¿Por ser un testigo constante de vuestras muestras de amor? Para nada, pero tal vez pueda darte algunos consejos…

—Vaaale, esto no puede acabar bien —intervine, antes de que ambos hermanos volviesen a enzarzarse en una pelea—. ¿Cómo llevas el diseño de la casa? —le pregunté a Hiram, a

modo de distracción.

—Bien, tengo claro el tipo de vivienda que haré…

—Y yo le digo que debería hacer dos pisos —aportó Liam su idea. Lo miré intrigada—. Así, en la planta superior, podéis tener vuestra habitación y más intimidad —explicó.

—Mmm, me gusta cómo suena eso —dije.

Hiram resopló y puso los ojos en blanco.

—No os soporto —refunfuñó.

—Ah, yo diría que mientes, hermano. Somos las personas que más sal le dan a tu vida. Te aburrirías sin nosotros —soltó Liam.

Abrazada a mi esposo, ahogué una risa ante la teatralidad del pirata más pillo que jamás había conocido.

—¿Tú no embarcabas hoy? —gruñó Hiram y las risas ya fueron incontrolables.

Media hora más tarde, nos encontrábamos en el puerto con Liam. Decidimos acompañarlo para despedirlo, aunque según decía, era algo totalmente innecesario. Mentía. Sabía muy bien que le hacía mucha ilusión partir con la certeza de que siempre habrá alguien esperándolo a la vuelta.

Al llegar al final del muelle, pude ver la figura del Ranger, el barco de Hornigold y, a lo lejos, fondeado en el mar, la imponente estampa del Queen Anne, el tesoro de Barbanegra. Ese pirata amaba más a su navío que a todas las mujeres con las se encamaba, de eso estaba segura.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera esta vez? —pregunté tras abrazar a mi cuñado.

—Poco, serán tan solo unos pocos días. Tan solo vamos hasta Tortuga para una transacción con un comerciante francés —contestó Liam.

—Hornigold parece intranquilo —comentó Hiram, que estaba mirando hacia la cubierta.

Levanté la vista en dirección a donde él estaba mirando y vi al capitán del Ranger con semblante serio y la mirada perdida en el horizonte infinito de Nassau.

—Hay algo de revuelo en los mares, ya sabes —dijo Liam.

—Jennings, ¿verdad? —siguió Hiram.

Al escuchar el nombre del pirata más infame, el maestro de Charles Vane y quien fue el causante de que casi ahorcasen a mi esposo, la piel se me erizó por completo.

—Entre otros —contestó Liam, y me miró. Comprendí, entonces, que había algo que no le quería contar a su hermano y supe que tenía que ver con el suceso de Jamaica.

Hiram siguió fijo en su antiguo capitán y mentor durante unos breves instantes, sopesando. Luego, rompió el contacto visual y le tendió el brazo a su hermano. Ambos se fundieron en un sonoro abrazo que me enterneció. Nunca me acostumbraría a estas

despedidas.

—Ten cuidado y vuelve a casa, no cometas ninguna de tus locuras —le dijo a su alocado hermano. Liam se carcajeó.

—No sé por qué dices eso —bromeó él.

De pronto, mi cuerpo se elevó por los aires como si de una simple pluma se tratase. Solté un grito de asombro, hasta que bajé la cabeza y vi a un gran hombre de cabello negro y barba del mismo color abrazado a mis piernas.

—¡Ah, Corazón de fuego! —exclamó Barbanegra.

—¡Teach! ¡Bájame ahora mismo! —le ordené cuando comenzó a dar vueltas conmigo sujeta.

Obedeció, no sin dar un último giro que me pareció una eternidad. Iba a acabar echando el desayuno de la mañana.

—Maldito loco, no está bien cargar a una dama al hombro, como si fueran un saco de pescado —le reprendí mientras me recolocaba la ropa y recuperaba mi presencia en el mundo.

—Bueno, soy un pirata. Me va el riesgo —respondió. Lo miré ceñuda—. Todo el mundo sabe lo peligroso que es provocar a una mujer y más alguien como tú —explicó, levantando los hombros y sonriendo con picardía.

Los hermanos estallaron en carcajadas. Resoplé desesperada, era inútil discutir con un pirata.

—¿Qué haces aquí? Supuse que estarías en tu barco, esperando —quiso saber Liam.

—Tenía que despedirme bien de Anne Bonnie —contestó y me guiñó un ojo. Volví a resoplar.

—Has dejado el barco lejos —dijo Hiram.

—No había sitio. El cabrón de Bellamy nos adelantó y llegó antes a puerto. —Señaló con la cabeza la dirección opuesta a la nuestra y me puse de puntillas para otear mejor.

Ahí estaba, La Sultana. Hermosa como la recordaba y amarrada al principio del muelle. Tuve un vuelco en el corazón. Esa gente se había convertido en mi familia, incluido el capitán…, sobre todo el capitán.

El sonido de una campana retumbó en todo el puerto, proveniente de la cubierta del Ranger. Hornigold llamaba a su tripulación a embarcar. Hiram y yo volvimos a despedirnos de Liam y nos quedamos allí hasta verlo zarpar.

—Bueno…, tenemos toda una semana por delante de paz y tranquilidad —habló Hiram.

—Eres el que más lo añoras siempre, no lo niegues. Sin tu hermano metiéndote en líos, te aburres bastante —bromeé.

—Con la cantidad de veces que te accidentas al día, tengo el cupo del entretenimiento

cubierto —le di un pisotón y él se rio. Me envolvió entre los brazos y me besó—. Quieres ir a buscar a los muchachos, ¿verdad? —preguntó tras separar su boca de la mía. Contesté con una amplia sonrisa y un fuerte asentimiento con la cabeza. Hiram suspiró, me tomó de la mano y comenzamos a andar entre el gentío del muelle—. ¿Ves cómo Liam no es el único que me mete en líos? —se burló y me reí a carcajadas.

No tardamos en encontrarlos a todos. Como siempre que llegaban a puerto, su primera parada era la taberna de Hoocker. Allí los encontramos…, o más bien nos vieron ellos primero a nosotros porque comenzaron a vitorear como locos mientras hacían aspavientos para saludarnos.

Nos fundimos entre besos y abrazos, conmigo más gentiles que con Hiram, al que supuse que le habrían dejado varios moretones en la espalda. El último en acercarse a nosotros fue el capitán. Con esa elegancia clásica en él, Samuel Bellamy nos saludó con una familiaridad que me sorprendió.

—Te veo bien, Irlandés. Veo que la vida lejos del mar te sienta de lujo —comentó.

—Con una mujer como Liv, yo también viviría genial lejos de la piratería —soltó Brom entre risas y mostrando esa dentadura mellada por la mala alimentación y el salitre.

—Tú tienes una esposa que te espera, holgazán —le reprendió el capitán entre risas.

—Pero no es tan bonita como nuestra querida Olivia —afirmó. Se levantó de golpe del taburete, alzó la jarra de cerveza y gritó: —¡Por Corazón de fuego! —Todos le acompañaron en el brindis, hasta los que no sabían de qué iba el asunto.

Hiram me pasó el brazo por la espalda y rodeó mi cintura para darme un beso en la sien.

—Podrías capitanear tu propio barco —murmuró contra mi cabeza.

—No seas tonto, ¿cómo podría hacer tal cosa? Eso es muy complicado —resoplé.

—Estoy de acuerdo con el Irlandés. Después de lo que hiciste en Jamaica, serías capaz de capitanear toda una flota de piratas tú sola…, y te ganarías su respeto al instante, al igual que los has hecho conmigo —aseguró Bellamy.

Me quedé pasmada ante esas palabras. Jamás me había hablado con tanta sinceridad.

—Vaya, gracias…, capit*án* —dije, con énfasis en la última palabra porque sabía que le provocaría.

En ese instante, Ronny entró en la taberna. Mostraba un semblante serio y caminaba cabizbajo, con la mirada fija en el suelo y perdido entre sus pensamientos.

—Oye, muchacho —lo llamó Hiram—. Ya te he dicho que la vista debe ir al frente o te pueden pillar desprevenido —dijo.

El joven se sorprendió al escuchar la voz del hombre que lo había apadrinado en el mar. Hiram se había convertido en su maestro, por decisión suya, y Bellamy no se opuso a esa

decisión. Cuando yo llegué a este tiempo, el joven pirata llevaba apenas un mes embarcado en la tripulación de La Sultana.

—¡Hiram! —saludó Ronny. Ambos se fundieron en un fraternal abrazo. Cuando se separó de mi esposo, se abrazó a mí—. Señorita Burke —dijo.

—¿Cómo que señorita Burke? Por favor, Ronny, sabes mi nombre —protesté entre risas.

—Lo sé, pero ahora sois una dama casada y uno será pirata, pero tiene educación —contestó. No pude hablar debido al ataque de risa que entró con esa forma tan graciosa de hablar. Lo abracé de nuevo.

—¿A qué viene ese semblante tan serio? —quiso saber Bellamy, al mismo tiempo que nos indicaba a los tres para sentarnos en una mesa cercana. Le seguimos y el capitán le hizo un gesto a la camarera para que nos acercase una jarra de cerveza con varios vasos.

—Acabo de ir a ver a mi chica, capitán —contestó, y el semblante triste volvió a asomar en su rostro.

—¿Es que te ha dejado? —pregunté.

—No, señor… No, Liv. Le he pedido matrimonio y ha aceptado, pero…

—¿Qué ocurre, muchacho? —Hiram lo instó a hablar con sinceridad.

Ronny tomó aire y lo dejó ir con un largo y sonoro suspiro, sus dedos enredados entre sí sobre la mesa.

—Veréis, es que… La vida que llevo no… es algo peligrosa y… Su padre no consiente que su hija se case con alguien como yo, huérfano y sin un futuro estable —confesó.

El corazón se me encogió en un puño, sentí su dolor como si fuera mío y no pude evitar estirar una mano para tomar la suya. El joven levantó la vista hacia mí y sonrió con los ojos llorosos. Me partió el alma verlo así. Ronny era un muchacho noble, trabajador y muy inteligente. Yo misma lo pude comprobar. No era justo que la elección de su profesión le impidiese ser feliz, pero entendía la decisión del padre de la joven.

—Bueno, si ese es el problema, tiene fácil solución —miré a Hiram tras hacer esa afirmación—. Eres mi ahijado, por lo que yo puedo responder por ti ante tu futuro suegro —dijo. Ahora, la que tenía lágrimas en los ojos era yo. Ese gesto me pareció lo más maravilloso que alguien podía hacer por otra persona.

—Ambos hablaremos con ese hombre, Ronny. Nosotros te apadrinaremos —confirmé. Hiram me miró, sonrió y me dio un beso en la sien.

—En cuanto a tu trabajo como pirata, siempre puedo liberarte y tenerte aquí como intermediario para la venta de nuestras mercancías —dijo Bellamy.

Eso sí que me sorprendió. No era muy común que un capitán liberase con tanta facilidad a su tripulación, y mucho más cuando llevaban tan poco tiempo.

—¿Haríais…? ¿Haríais eso por mí, capitán? —balbuceó el muchacho, totalmente

incrédulo.

—Habría que someterlo a votación entre el resto de la tripulación, pero sí. ¿Por qué no? Todos nos merecemos un futuro y más si es por amor, joven Ronny. —Dicho eso, Bellamy lo invitó a seguirlo hasta la mesa donde estaba el resto de la tripulación.

Observé la elegancia con la que el príncipe pirata caminaba entre las mesas y tomaba asiento frente a Brom y el resto de la tripulación. Ronny se sentó a su lado y comenzaron a explicarles lo sucedido.

Bellamy estaba ayudando a uno de sus activos más importantes a conseguir a la mujer que amaba y supe por qué hacía eso, porque él se había lanzado al mar por el mismo motivo: por amor.

—No puedes contarle nada, Liv, ya lo sabes —susurró Hiram a mi lado. Rompí el contacto con la mesa de La Sultana y los fijé en mi esposo.

—No es justo que leas mis pensamientos, pirata —protesté, divertida. Él sonrió y me besó.

—Es muy fácil leer tu rostro, lo cuenta todo —dijo contra mi boca. Yo gruñí, él rio y me volvió a besar— En serio, Liv. Tú misma me lo has explicado muchas veces, y mi madre también. No se puede cambiar el pasado.

—Pero…, ¿y si ya he cambiado algo con mis acciones? Lo que hicimos en Jamaica no estaba escrito en los textos de mi tiempo. Tal vez, ahora, sí figure una incursión en… —Tapó mi boca con la suya. Cuando me besaba así no podía pensar, tan solo dejarme llevar.

Envolvió mi rostro entre sus fuertes manos y dijo:

—Te amo no solo por tu cuerpo, si no por tu alma. Es pura, brillante y siempre estás pensando en la forma de ayudar a todo el mundo. Eres maravillosa, magnífica y una luchadora nata.

—Pero…

—Pero no puedes contarle nada a Bellamy sobre Mary —me repitió.

—Maldita sea, está bien —protesté.

No hablamos más del tema, tan solo nos quedamos allí sentados el uno junto al otro y viendo al resto de la tripulación, a la que una vez pertenecimos los dos, votar a favor de ayudar al joven Ronny.

Mientras los gritos y los aplausos se apoderaban de toda la taberna, mi mente seguía pensando en que Bellamy debería saber que su Mary había tenido un hijo suyo, que era padre. Tal vez eso hiciera que tomase el mismo camino que Hiram y Ronny y dejase la piratería.

Algo se podría hacer y yo iba a encontrar la forma adecuada, que no alterase el curso de la historia demasiado.



CAPÍTULO 15

El padre de la enamorada de Ronny era estibador en el puerto, así que allí nos habíamos dirigido Hiram y yo para hablar con el hombre. Fue una conversación ardua y bastante tensa, pero logramos convencerlo para que permitiese el enlace de los jóvenes. Concertamos la fecha del enlace para celebrarlo el primer domingo de mayo del nuevo año.

Aunque la joven quiso protestar por la espera tan larga, fue Ronny quien la convenció para esperar y aceptar las condiciones impuestas por el padre de esta. El hombre quiso poner a prueba el amor del muchacho y le dijo que debería de abandonar la piratería ya. Para ello, Hiram le aseguró de que Ronny empezaría a trabajar con él en la construcción de casas.

Abandonamos el puerto y dejamos a los jóvenes enamorados a su aire. Nos encontramos con Brom y Alastair en el mercado y les contamos las buenas noticias. Ambos se alegraron por el joven, aunque nos aseguraron que lo iban a echar de menos en el barco.

Cuando llegamos a casa, nos encontramos a Alice saliendo con el cesto de mimbre en un brazo.

—¿Es que vas a comprar al mercado, madre? —quiso saber Hiram, que no dudó en acercarse para darle un tierno beso en la mejilla.

—Necesito reponer algunas frutas y verduras, y hoy es un buen día porque traen productos de La Española. ¿Quieres venir conmigo, Liv? Así me haces compañía —nos explicó.

—Encantada, Alice. —Me giré hacia Hiram, que me dio un beso en los labios—. ¿Qué harás tú? —le pregunté.

—Seguiré con mi proyecto de construcción. Ahora que tendré ayudante, iré más rápido —dijo.

—¿Tú hermano no se ha ido hoy? —quiso saber Alice, desconcertada.

—El joven Ronny será a partir de ahora mi ayudante. Como soy su padrino, decidí respaldarlo para poder casarse con Joanna, la hija del estibador. Así que tendremos a un invitado rondando por aquí durante un tiempo —contestó Hiram.

Alice sonrió, se acercó a su hijo y levantó una mano hacia su mejilla. Acarició el rostro del pirata con ternura y dijo:

—Tienes un corazón noble, Hiram Burke. Eres igual que tu padre, siempre velando por los demás. Estoy muy orgullosa de ti, hijo mío.

Esa afirmación me encogió el estómago y tuve que hacer un esfuerzo enorme por no romper a llorar de emoción ahí mismo. Cuando miré a mi esposo, comprobé que él estaba teniendo la misma lucha porque sus ojos brillaban con mucha intensidad.

La calle central del mercado estaba rebosante de gente que acudía a comprar los productos venidos de tierras lejanas. Mujeres cargando con sus cestos de mimbre, acompañadas o bien por sus esposos o por alguna hija. Se escuchaban las voces de los mercaderes, que buscaban atraer compradores.

Me encantaba pasear entre tanto bullicio, a pesar de no gustarme nada las aglomeraciones, pero aquí todo era diferente. Lo que en mi tiempo me era de gran molestia, en Nassau lo disfrutaba como una niña pequeña. Empezaba a gustarme el relacionarme con la gente de esa forma.

Nos cruzamos con varias vecinas de la zona, con las que mantuvimos conversaciones, algunas interesantes y otras un tanto aburridas. En un momento del camino, nos cruzamos con el nuevo predicador. Alice y él hablaron sobre el embarazo de su hija mayor, a la que ella ya había asistido en el parto de su hijo anterior.

La conversación con el párroco no fue muy extensa, por suerte para nosotras, y proseguimos nuestro camino entre tiendas, clientes y piratas que deambulaban por el camino central de la plaza.

—Mira, Liv —exclamó Alice. Señaló hacia una tienda pequeña de madera, con diversos cestos de frutas y verduras de unos colores vivos impresionantes—. Esas papayas tienen una pinta increíble —me dijo.

—Estaría bien incluirlas en el menú de esta semana, a Hiram le gustan mucho —comenté.

—Y a Liam. Siempre que regresa de un viaje, y tengo papaya en casa, acaba con las existencias. —Sonreí al pensar en mi cuñado y la relación tan bonita que tenían los tres—. Oh, cariño, ¿podrías acercarte tú hasta la tienda de Esme para comprar yuca y guineo? —me preguntó.

—Ohm, ¿vas a hacer pan de plátano? —quise saber, la saliva llenando mi boca al pensar en ese plato.

—Y guiso, pero el pan también lo tengo en mente —contestó con una amplia sonrisa.

Di un saltito de felicidad y le di un fuerte beso en la mejilla antes de perderme entre el gentío.

Mientras caminaba, observé con atención la forma en la que todo se sucedía a mi

alrededor. Mi vena de arqueóloga e historiadora siempre estaba presente y activa y eso me hacía fijarme mucho más en las cosas.

Unos niños pasaron corriendo a mi lado, recibiendo la regañina de uno de los tenderos por haberle tirado varios cocos al suelo. No pude evitar pensar en cómo serían los hijos que Hiram y yo tuviésemos. Mi boca se curvó de forma involuntaria al imaginarme el futuro junto al hombre al que amaba, formando nuestra propia familia.

—Una sonrisa muy hermosa. Yo diría que hasta peligrosa. Tal vez fue así como lograsteis embaucar a un pirata legendario como Teach. —Un hombre se había detenido a mi lado. La forma en la que me observaba me incomodó bastante, pero no por ser de forma obscena, sino porque parecía un depredador a punto de saltar sobre su presa.

—No sé quién sois, señor, pero si me…

—Me has dado muchos dolores de cabeza, Corazón de fuego, y no te haces una idea de lo mucho que eso me molesta —me espetó, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro. Se cruzó de brazos y permaneció fijo en mi cara.

—¿Y usted es…? —quise saber.

—Oh, mis disculpas, señora Burke —El hombre se quitó el sombrero y, con un gesto teatral, dijo —. Me llamo Charles Vane. —Y el corazón se me detuvo en ese mismo instante.

El pánico recorrió mi cuerpo, pero la ira se encargó de apaciguarlo y de calentarlo. Cambié mi semblante y lo desafié con la mirada, levantando el mentón hacia él. Me fijé en lo alto que era uno de los piratas más sanguinarios de toda la Era pirata, digno heredero de Jennings.

Su cabello estaba cubierto de rastas de color castaño cobrizo, con las puntas decoloradas por el salitre y el sol. Los ojos eran los más fríos que jamás hubiera visto en mi vida y no por su color, que eran grises, sino porque parecían absorberte el alma con solo mirarte.

—Y vos sois el que hizo que casi ahorcasen a mi esposo con un ardid débil. ¿Venís en busca de consejo para crear trampas mejores? —le espeté, a sabiendas de que eso le golpearía en su ego.

Vane rio a carcajadas y, para mi sorpresa, tenía una dentadura blanca y completa, que resaltaba con el tono dorado de su piel.

—Ya me habían advertido de vuestra lengua afilada, pero nadie me había dicho que erais una mujer tan astuta. Mis felicitaciones por vuestra hazaña en Jamaica, aún hoy se habla de ella —dijo con cierto sarcasmo.

—He tenido buenos maestros —respondí sin perder la dignidad.

Su semblante cambió, la mirada clavada en la mía. Dio un paso hacia adelante y yo, por puro instinto, reculé hacia atrás.

—Tal vez yo pueda enseñarte otras cosas más…, productivas. —saboreó esa última palabra y tuve ganas de vomitar.

—Si queréis arriesgar vuestras pelotas, señor —lo desafié. Pronto me di cuenta del error.

Sin apenas darme cuenta, lo tenía frente a mí, su cara casi pegada a la mía y, con una mano, aferraba con fuerza mi brazo para evitar que saliese huyendo. No tenía pensado hacerlo, mi mente sopesó todas las opciones que tenía a mi alrededor para defenderme y la única solución sería darle un rodillazo en la entrepierna.

—Suéltala, Vane —el aire contenido en mis pulmones se escapó con un sonoro suspiro de alivio.

—Samuel Bellamy, eres como un grano en el culo —soltó el pirata, sin voltearse para hablar con el hombre que lo amenazaba con una pistola pegada a su nuca.

—Soy así de encantador —se mofó él. Apretó más el cañón de su pistola a la cabeza de Vane—. No te lo volveré a repetir, suelta a la señorita Burke —le ordenó.

—¡Liv! —escuché a Alice pronunciar mi nombre a lo lejos. Dirigí la mirada hacia ella y vi a Brom y Alastair cortarle el paso para protegerla. El resto de la tripulación de La Sultana se había colocado formando un medio círculo tras su capitán.

—No sabía que ahora también salvabas a muchachas desvalidas, Bellamy —bromeó Vane al mismo tiempo que liberaba mi brazo de su agarre. Me llevé una mano a la zona donde me había tenido sujeta y la acaricié molesta.

—Créeme, Olivia Burke es de todo menos una mujer desvalida —afirmó mi capitán. Noté el orgullo en sus palabras y no pude evitar mirarlo a la cara, momento en el que me guiñó un ojo de forma cómplice.

—¡Charles! —lo llamó una imponente voz, que provenía del gentío a mi espalda.

De entre las personas que se habían agolpado a nuestro alrededor, emergió un hombre alto, vestido de negro cual predicador y con una apariencia del todo amenazante. Me fijé en que era calvo, aun llevando sombrero. Jennings, lo reconocí al instante por algunos grabados que había estudiado en mi tiempo.

—Te dije que nada de problemas con la tripulación de Bellamy o Hornigold —le espetó a su hombre.

—Tan solo estaba hablando con esta muchacha tan bonita. Ha sido él quien ha venido buscando problemas —bufó Vane.

—Serás bastardo mentiroso —le espeté. La mirada fría de Charles se clavó en mis ojos y, en vez de amedrentarme, estiré mi cuerpo todo lo que pude. Mi postura era desafiante.

—¿Así enseñáis a hablar a las mujeres en tu tripulación, Bellamy? —volvió a burlarse Vane.

Iba a contestarle yo con un soberano vete *a la mierda*, pero fue su capitán quien puso fin a la situación

—Al barco, Charles. Ahora —le ordenó.

Vane me miró durante unos instantes. Luego, a Bellamy por encima del hombro y,

finalmente, a su capitán. Emitió un chasquido con la lengua, asintió y avanzó hacia Jennings.

—Nos volveremos a ver, Corazón de fuego —murmuró cuando pasó por mi lado.

—Conozco la fecha y el lugar exacto donde nos volveremos a ver —le contesté con sarcasmo y era cierto. Sabía el momento en el que sería capturado y ahorcado en Jamaica, la misma isla en la que él intentó matar a Hiram. No dijo nada, solo mostró una sonrisa de medio lado y se fue.



CAPÍTULO 16

—¡Voy a matar a ese bastardo! —vociferó Hiram, cuando llegamos a casa y le contamos lo sucedido en el mercado.

—Te dije que no le contases nada a tu esposo —murmuró Bellamy a mi lado.

—Y yo te dije que no tengo secretos con él —respondí, sin más. Me acerqué a Hiram y traté de calmarlo—. Cariño, cálmate, por favor. Estoy bien…

—Eso no calma la sed de sangre que siento ahora mismo. Eres mi mujer y ha tenido la osadía de atacarte, de amedrentarte y de amenazarte. Pagará por ello y por todo lo que me ha estado haciendo desde hace tiempo, lo juro por mi vida —exclamó.

—Hijo, cálmate, por favor —le ordenó su madre, que lo miraba compungida por verlo tan alterado.

—Hiram, mírame —lo insté. Al ver que no obedecía, lo cogí de las solapas de su camisa y lo obligué a mirarme—. Estoy bien, no me ha hecho nada. Los muchachos llegaron a tiempo y Jennings, para sorpresa de todos, intervino a mi favor —le expliqué.

Por fin, sus ojos se enlazaron con los míos y, a pesar de que su respiración era igual que la de un búfalo, su ira se fue apaciguando. Sin más, rodeó mi cintura y me apretó con fuerza contra su cuerpo.

—Pelirroja, un día vas a hacer que el corazón se me pare —susurró. Me reí—. ¿Qué?

—Así es como me llama tu hermano —le dije.

—Así, ¿cómo?

—Pelirroja.

—Seguro que él te hubiese aplaudido por tu valentía —afirmó él.

—Oh, no. Lo tendría ahora mismo gruñendo y recriminándome por mi cabezonería a la hora de no rehuir un enfrentamiento —contesté entre risas. El pecho de Hiram vibró bajo mi rostro, que estaba pegado a su pecho, con la carcajada que le vino.

—Esta noche, te castigaré por imprudente —ronroneó en mi oído, mi cuerpo en tensión.

—Muy bien, relajados los ánimos, tú y tú… —Alice señaló hacia Brom y Alastair—, ayudadme a desplumar los pollos —les ordenó.

—Odiamos arrancar plumas —protestaron los dos al unísono. Alice no dijo nada, solo los miró con semblante serio y ellos se enderezaron al instante—. Sí, señora. Ahora mismo —dijeron y entraron en la casa como una exhalación.

—Señora Burke, ¿podría enseñarme esa técnica de control? —comentó Bellamy, divertido al ver a sus hombres temblar ante la simple mirada de una mujer.

—Eso solo lo saben hacer las madres, capitán. Pero puedo darle algunos otros consejos que me han servido mucho para manejar a estos dos tercos —bromeó ella.

—¡Eh! —protestó Hiram. Su madre lo miró de la misma forma que a los hombres de La Sultana—. Perdón, madre —se disculpó al instante.

—Impresionante —admiró Bellamy.

—Vamos, capitán. Acompáñeme a dejar las verduras y le contaré algunos secretos sobre la dominación —le dijo ella.

Samuel cogió la cesta de mimbre repleta de la compra que hicimos en el mercado, le ofreció el brazo como punto de apoyo y Alice sonrió en señal de agradecimiento. Entraron en la casa y, bajo las órdenes de la matriarca de la familia, toda la tripulación de La Sultana se puso manos a la obra con la preparación de la comida de ese día.

Hiram me mantuvo entre sus brazos, rodeando mi cuerpo con fuerza y con la mejilla apoyada sobre mi coronilla.

—Cariño, deberíamos entrar para ayudar con la preparación de la comida —le informé, conteniendo la risa por la situación tan protectora que estaba teniendo.

—Deberíamos…

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos, él hizo lo mismo. Nos quedamos así durante unos instantes, hasta que acercó sus labios a los míos y me dio un beso tranquilo.

—No vuelvas a ponerte en peligro, Liv. No sé lo que haría si te ocurriera algo —rogó tras separar nuestros labios, con su frente apoyada en la mía.

—No lo hago a propósito, créeme. Los problemas parecen sentir cierto apego por mi persona —bromeé y él rio. Un sonido que siempre me hacía vibrar por entera.

La comida se alargó hasta la media tarde, momento en el que Alice y yo comenzamos a recoger la mesa improvisada en el jardín exterior. Varios chicos nos ayudaron con la labor. Hiram, por su parte, engañó a Bellamy y a otros dos compañeros para que lo ayudasen con la colocación de los pilares que sostendrían nuestro hogar.

Mientras los chicos interactuaban unos con otros, bien con bromas o cargando con pesadas vigas de madera para colocarlas donde Hiram les indicaba, Alice y yo los observábamos desde el porche. Habíamos sacado las bandejas con ron, té y varios vasos para que cada uno se sirviera la bebida que desease.

—Será un hogar precioso, ya lo verás —me aseguró mi suegra, que sostenía una hermosa taza de porcelana con rebordes pintados en un dorado brillante.

—¿Me crees si te digo que estoy muy nerviosa por ver el resultado final…, y por el futuro que se nos presenta a ambos? —comenté, más como una confesión que como una pregunta. Alice rio.

—Claro que te creo, mi niña, claro que te creo. Yo estuve ahí, en el mismo punto del camino en el que tú te encuentras ahora mismo y también sentí toda esa vorágine de emociones —comenzó a relatar ella—. El futuro, por lo general, es incierto y eso nos provoca bastantes mareos, pero será maravilloso. Ya lo verás, cielo. Ambos formáis una pareja envidiable, Liv. Sois dos almas que os habéis llamado en el tiempo y os habéis encontrado, eso solo puede significar que os esperan cosas buenas —finalizó.

Con la vista fija en los chicos, o más bien en mi hombre, liberé un suspiro y noté cómo la carga se aligeraba dentro de mí. Miré a mi suegra a los ojos, idénticos a los de sus dos hijos, y sonreí agradecida.

—No podía haberme tocado una suegra mejor que tú, Alice. Eres un regalo para quien te conozca y te has convertido en una madre para mí.

—Me halagan tus palabras, cariño. Tú eres una hija para mí y una mujer excepcional. Mi hijo tiene mucha suerte de tenerte en su vida —contestó y noté cómo la voz le vibraba con cada palabra.

Estiré la mano hacia ella y tomé la suya para darle un ligero apretón. Luego, desvié la mirada hacia Hiram y lo vi, descamisado por completo, con el cabello recogido en una coleta baja y sujetando un pilar grueso con ambos brazos; el sol acariciando su piel dorada.

—Yo he tenido mucha suerte por encontrarlo a él, Alice. Es mi salvación, mi barco…, mi todo —confesé y sus ojos se cruzaron con los míos, como si mi voz le hubiese llegado en forma de susurro. Esbozó una amplia sonrisa y me lanzó un beso desde la distancia que hizo que todo mi cuerpo cobrase vida propia.

Al caer la tarde, tanto Bellamy como el resto de la tripulación se despidió de nosotros para irse en busca de calor femenino y alcohol del malo.

Hiram, que ya había perdido la camisa en algún momento de la tarde, se acercó a mí mientras yo recogía algunas prendas del tendal. Me abrazó por detrás y me levantó en volandas.

—¡Hiram! —exclamé, entre sorprendida y divertida.

—Mmm, mujer… no te haces una idea de las ganas que tengo de ti, ahora mismo —ronroneó cuando me dejó de nuevo en el suelo y me envolvió entera.

—Antes te darás un merecido baño, hueles a sudor y estás pegajoso —dije a la vez que

paseaba mis manos por su torso desnudo. Los pectorales se le tensaron al sentir mi roce y eso, por extraño que pudiera parecer, me excitó.

Él sonrió con picardía, me apretó contra su cuerpo y se apoderó de mi boca. Sus labios ardían y no solo por la pasión que le puso a ese beso. No mentía cuando decía que tenía ganas de mí porque en seguida se caldeó el tema. Aun estando ya del todo necesitada de él, con ambas manos apoyadas sobre su pecho, lo empujé y lo alejé de mí.

—Date un baño, Irlandés, no tocarás este cuerpo hasta que estés bien aseado —murmuré contra su boca. Acaricié sus labios con la punta de mi lengua y eso lo hizo gruñir.

Hiram bajó las manos hasta mi trasero, apretó las nalgas y me pegó contra su pelvis para mostrarme cuán grande era su deseo por mí. Volvió a besarme y, antes de alejarse, me dio un pequeño mordisquito en el labio.

—A sus órdenes, mi capita*na* —se burló al mismo tiempo que me hacia una reverencia del todo teatral.

Lo observé dirigirse hacia el pozo que había junto al pequeño granero, sin dejar de sonreír ni de admirar la figura tan imponente que tenía ese pirata. Tiró de la cuerda con ambas manos hasta tener el cubo a la altura deseada, cargado de agua. Luego, con el caldero bien sujeto, se vertió el frío líquido por la cabeza y dejó que todas esas gotas recorriesen ese cuerpo esculpido por los dioses. Sentí celos y envidia del agua que acariciaba su piel, y deseé lamer cada una de esas gotas.

—Y es todo mío… —susurré al viento para dejar constancia de quién era la única dueña de ese hombre.

Una carreta tirada por una mula oscura apareció por el camino, venía con bastante prisa. Sujetando las riendas iba una joven de cabello trigueño, que lo llevaba recogido en un moño despeinado y cubierto por una pequeña cofia de estampado floral. Supe, al instante, que se trataba de una de las hijas del nuevo predicador.

El carro se detuvo en cuanto llegó a mi altura, Hiram ya se había acercado a mí, con la camisa en una mano y el cuerpo entero empapado de agua. Yo sujetaba el cesto de mimbre con las prendas que acaba de quitar de las cuerdas. No pude evitar fijarme en cómo la muchacha se quedó mirando a mi esposo…, o a algunas partes de él, al menos. Se mordió el labio de forma involuntaria y, por instinto, me pegué más a él.

—¿Buscas a alguien, jovencita? —preguntó Hiram, mientras se colocaba la camisa. Una lástima tapar esa delicia de masculinidad.

—Necesito a la señora Burke. Mi padre me envía en su busca —respondió ella, nerviosa y temblorosa, aunque tenía mis dudas de si era por la presencia de Hiram o el esfuerzo de llegar aquí.

—Betty, cariño, ¿qué ocurre? ¿Es tu hermana? —preguntó Alice a nuestras espaldas, que

había salido al escuchar la llegada de una carreta. Se limpiaba las manos a un trapo deshilachado que había perdido por completo su color blanco.

—Sí, señora Burke. Amber se ha puesto de parto y padre me ha enviado a buscaros —respondió ella.

—Muy bien. Dame un momento que coja todas mis cosas y partiremos en seguida —dijo mi suegra.

—¿Quieres que te acompañe, Alice? —pregunté al instante.

—No, tranquila. Ha tenido un embarazo muy tranquilo y sin complicaciones. Además, no es el primer hijo. Ya es el quinto, así que creo que todo irá sobre ruedas —me contestó.

—¡¿El quinto?! —exclamé, y me di cuenta de que había sonado demasiado efusiva porque Hiram me dio un ligero pellizco en el brazo.

Alice sonrió para no romper en carcajadas, ya que entendía mi asombro, y se fue en busca de su canastilla médica. Segundos más tarde, la ayudamos a subir a la carreta. Antes de partir, nos miró y dijo:

—Pasaré la noche allí, así que no me esperéis despiertos.

La joven Betty volvió a repasar a mi esposo con la mirada y, obviamente, se volvió a morder el labio mientras lo devoraba con los ojos. Al sentir que alguien estaba admirando y deseando lo que era mío, coloqué mi mano sobre el redondo trasero de Hiram y lo estrujé con fuerza. Él dio un respingo de asombro y me miró con fuego en los ojos.

La carreta se movió y emprendió el camino de regreso hacia la casa del predicador, ubicada a las afueras de la aldea y en una de las zonas consideradas de gente más pudiente que el resto de la isla.

—¿Me vas a explicar a qué venía eso? —preguntó Hiram, en cuanto nos quedamos a solas. Me quitó el cesto que llevaba apoyado a la cadera y sujeto con una mano, lo dejó sobre los escalones de la casa y me trajo hacia sí.

—Oh, nada. Tan solo quería acariciar a mí hombre… —No me dejó mentir más y tapó mi boca con la suya para robarle el aire, las palabras y hasta el alma con un beso ardiente.

Envolvió mi rostro con ambas manos mientras devoraba mi boca, mis manos aferradas a la tela de su camisa mojada. Gemí en su boca, al igual que él.

—Me encanta que te pongas celosa cuando otra mujer me mira, pero has de saber, Olivia Burke, que soy tuyo y solamente tuyo. Nadie tiene ni tendrá derecho a tocarme ni a amarme. Nadie salvo tú —confesó contra mi boca.

—Más te vale cumplir esa promesa, Irlandés, o te colgaré del palo mayor —jadeé, la excitación del todo descontrolada.

Volvió a caer sobre mi boca al mismo tiempo que me levantaba del suelo y me sentada sobre su cintura. Lo rodeé con las piernas y me aferré a su cuello para profundizar en ese

beso. Calor, fuego, pasión.

Hiram caminó cargando conmigo y subió los tres peldaños del porche, sin dejar de besarnos. En esa ocasión, yo envolvía su rostro con mis manos y ahogaba sus gruñidos en mi garganta.

Escuché el retumbar de sus botas sobre la madera del suelo y luego el estruendo de la puerta al ser cerrada de golpe con el talón. Me llevó hasta la mesa y me sentó en el borde.

Jadeantes, nos fuimos desvistiendo de forma apresurada hasta quedar ambos del todo desnudos. Entonces, cargó conmigo de nuevo y me llevó hasta el pequeño sofá ajado que había a un lado de la estancia. Se sentó y me colocó sobre él a horcajadas.

No hacía falta estimularme, la humedad era más que evidente y eso facilitó la penetración. Colocada sobre su grueso pene, dejé que mi cuerpo descendiera sobre él de forma lenta y pausada. Hiram gruñó, yo gemí; sus dedos clavados en mis caderas.

Apoyé mis manos en su torso, duro como una piedra, y comencé a moverme. Él liberó un quejido y luego acercó su cara a mis pechos. Paseó la lengua entre ambos senos, hinchados y deseosos de ser apresados por sus manos. Y eso hizo, los estrujó, saboreó y mordisqueó, mientras yo lo cabalgaba.

A pesar de haberse tirado agua por encima, su cuerpo ardía, al igual que el mío. Con cada roce, con cada caricia o beso, mi piel se deshacía como si de un río de lava se tratase. Lo sentí duro dentro de mí, llenando todo el espacio de mi cavidad y rozando cada rincón, cada haz de nervios. Eso hizo que el orgasmo llegase pronto.

Montada sobre él, arqueé mi cuerpo y gemí con tanta fuerza que noté la garganta irritarse, pero no podía parar, no quería. Deseaba más, lo deseaba todo, y seguí moviéndome en busca de más placer.

Sin previo aviso, Hiram se levantó conmigo bien sujeta y me llevó de nuevo a la mesa. Me colocó sobre la madera y empezó a moverse dentro de mí. Estiré todo mi cuerpo hacia atrás y lo dejé follarme como un salvaje.

Con cada penetración, mis pechos se balanceaban con gracilidad. Los tenía enrojecidos por el hacer de sus manos y su boca. La estancia pronto se llenó del sonido de nuestras carnes al chocar entre sí.

—Joder, Hiram… Sigue, por favor, sigue —supliqué entre jadeos. Me estaba volviendo loca, notaba su pene entrar y salir con fuerza y cómo mi cuerpo clamaba por una nueva explosión. Volví a gritar, esta vez con más fuerza, cuando un nuevo orgasmo se apoderó de mí.

Hiram aceleró más y más y supe que él ya estaba cerca de su propia liberación. Una última embestida y se derramó en mi interior con un sonoro gruñido. Lo sentí llenarme, el calor de todo su poder recorriendo mi interior.

Y se desplomó **sobr**e **mí**.



CAPÍTULO 17

La noche nos encontró a ambos en el refugio de nuestra habitación.

Tras el breve, pero intenso, encuentro en el salón, nos sentamos a cenar en la misma mesa que instantes antes había sido soporte de nuestra pasión.

Al estar solos en la casa, Hiram me prohibió vestirme de nuevo. Dijo que le gustaba admirar mi desnudez y quería tenerme sentada a la mesa en igualdad a él, ya que tampoco quiso ponerse ni unos míseros pantalones. Me pareció una situación de lo más divertida y erótica. Eso me mantuvo en una constante excitación.

Cuando acabamos, él me llevó a nuestra estancia. Me dejó parada en mitad de la puerta mientras recolocaba algunos muebles.

—¿Se puede saber qué haces ahora? —quise saber, cuando lo vi cargar con la cómoda entre los brazos.

No contestó, solo me sonrió con picardía. La dejó a los pies de la ventana y abrió las hojas de esta. Se giró, fue hasta la cama y cogió una de las almohadas para colocarla sobre la cómoda. Pude intuir lo que pretendía conseguir y mi cuerpo también porque mi humedad se hizo presente al instante.

—Ven —dijo tras cogerme de la mano.

No hablé, solo lo dejé guiarme hasta colocarme sobre la cómoda acolchada. Noté el aire cálido acariciar mi espalda y ladeé la cabeza para mirar hacia atrás. La luna se veía imponente en lo alto del cielo.

—Quiero hacerte el amor mientras ella ilumina cada rincón de tu cuerpo, siempre quise tenerte desnuda con la luna de testigo. Esta noche estamos solos y la diosa de la Selene parece haber acudido a mi llamada —murmuró cerca de mi mejilla, el calor de su cuerpo calentando el mío.

Cuando volví la cabeza hacia él, me besó. Tomó uno de mis pechos y lo acarició, paseando el pulgar sobre el endurecido pezón y provocando que un gemido se quedase perdido en su garganta.

—Ábrete de piernas, Corazón de fuego. Quiero saborear tu poder —me ordenó y fue

descendiendo por mi cuerpo, depositando sensuales besos que me hacían arder.

Obedecí y estiré bien mis muslos a ambos lados. En cuanto sentí su lengua rozar el haz de nervios, gemí con fuerza. Con mis manos apoyada a ambos lados de la cadera, dejé caer la cabeza hacia atrás mientras él lamía y yo gemía. La cascada rojiza de mi cabello acariciaba el alfeizar con gracilidad, a la vez que la luna lo hacía con mi cuerpo desnudo.

Esa forma de hacer…, su saber hacer con la lengua me volvía loca. Hiram se dio un festín, aunque se tomó su tiempo y eso casi acabó con mi resistencia, pero por fin logré correrme. Un orgasmo tan grande que mis piernas temblaron en el aire mientras él lamía y me penetraba con los dedos.

Jadeante, quise moverme, pero él me lo impidió.

—No, mi amor. Voy a amarte bajo el amparo de la luna. Quiero ver cómo te acaricia con sus rayos mientras me apodero de todo tu ser —ronroneó al mismo tiempo que se colocaba sobre mí.

Mis palabras se habían perdido en algún momento entre la cena y la degustación que Hiram hizo de mi sexo. Con el pene sujeto con una mano, lo guio hasta la hendidura y empujó. Ambos gemimos, aunque mi cuerpo estaba casi sin fuerzas.

Se movió hacia atrás, de forma lenta, y entró de nuevo de un fuerte empellón. Nuestros ojos permanecían conectados. Repitió el mismo movimiento, una y otra vez, hasta que aumentó el ritmo.

Me aferré al marco de la ventana mientras Hiram me penetraba sin descanso. La laxitud de mi cuerpo pronto desapareció y reclamó más y más de él.

—Me encanta cómo se mueven tus pechos cuando te embisto, mi amor. Ese baile me hipnotiza —jadeó entre embestida y embestida.

—No pares, Hiram —le ordené, porque necesitaba otra liberación más y porque sentía que iba a explotar en cualquier momento.

—Nunca, mi amor. Nunca. —Y aceleró más y más y más, sus dedos clavados en la carne de mis caderas.

Se corrió acompañado de un sonoro rugido, lo hizo con tanta fuerza que hasta las copas de los árboles en el exterior se agitaron al levantar el vuelo las aves que allí anidaban. Mi pirata era maravilloso, magnífico y poderoso…, y lo amaba con toda mi alma.

A la mañana siguiente, Ronny llegó justo cuando nos disponíamos a desayunar. Hiram le lanzó un taburete con el pie y el joven se sentó con nosotros a la mesa.

—¿Preparado para tu nueva vida, muchacho? —le preguntó al mismo tiempo que estiraba un brazo para coger un trozo de queso del centro de la mesa.

—Sí… bueno…, si os soy sincero, estoy algo nervioso —titubeó Ronny.

—Tómatelo como una aventura más. Pasarte a la construcción no es tan peligroso como lanzarse a la mar en busca de tesoros —explicó Hiram para calmarlo.

—Oh, no. Eso no es lo que tiene me nervioso… —Ambos lo miramos intrigados, mi marido alzó una ceja en señal de pregunta—. Me aterra mi vida como esposo. Por lo que le escucho a los chicos, las mujeres son seres difíciles de complacer, una vez te echan el lazo. No te ofendas, Liv —me dijo y estallé en risas, acompañadas por las de Hiram. Ronny se reía de forma tímida hasta que se contagió por nuestras carcajadas.

El sonido de una carreta nos indicó que teníamos visita, así que mi pirata se limpió las manos y la boca y salió al porche a recibir a nuestros improvisados visitantes. Cuando seguí sus pasos y me acerqué a él, vi que se trataba del predicador y su hija Betty, la misma que vino el día anterior a buscar a Alice.

Recorrí la carreta con los ojos y vislumbré a mi suegra sentada en el fondo del cajón de madera, apoyada sobre uno de los costados y con la cara pálida. Hiram vio lo mismo que yo, así que salimos corriendo en su busca.

—Mamá, ¿qué ocurre? —se apresuró a preguntar él, en cuanto llegó a su altura para ayudarla a bajar.

—Se empezó a encontrar mal esta mañana, tuve que convencerla para que nos permitiera traerla porque quería venir andando —nos respondió el predicador.

—¿Qué ha pasado? —quise saber, mirando a Betty en busca de una respuesta.

—No es nada, por Dios. Tan solo estoy agotada. El parto se complicó un poco y estoy más cansada de lo normal, no hagamos un drama. —Fue Alice quien nos aclaró la situación, pero algo en mi interior me decía que no era del todo cierto.

Me apresuré a coger el canasto de mimbre donde portaba los utensilios de enfermera, mientras Hiram, a pesar de las protestas de su madre, cargaba con ella en brazos.

—Le ofrecí llamar al doctor, pero dijo que no hacía falta —comentó el predicador.

—Pues claro que no hacía falta, Petter. Solo necesito descansar, nada más. Estoy bien. Y… ¿¿Quieres bajarme al suelo, hijo?? Puedo caminar sola —protestó entre los brazos de Hiram.

—No dudo de tu capacidad para caminar, madre, pero me sentiré mejor si te llevo yo —intervino él. Alice resopló a modo de protesta.

—Señor Burke, si necesitan algo, no duden en llamarnos —nos dijo Petter.

—Gracias, predicador. Así lo haremos —respondió él y subió los escalones del porche para llevar a su madre al interior.

—Muchísimas gracias por haberla traído, señor Harris —dije yo, cuando pasé por el lado de padre e hija. Ambos asintieron y el hombre agitó las riendas para ordenar a la mula emprender camino de vuelta.

Cuando entré en la casa, me encontré a Alice regañando a su hijo por no querer dejarla en

el suelo, mientras Ronny movía las cosas que había sobre la mesa.

—¿Quieres bajarme, testarudo hijo? —le ordenaba.

—Mamá, tienes que descansar…

—Y para eso, necesito llegar a mi cama —lo cortó ella.

—A tu habitación te llevo, madre. —Hiram no hizo amago de soltarla y siguió avanzando con ella.

Lo cierto era que me enternecía ver esa imagen de un hijo cargando con su madre en brazos, aunque sabía que estaba preocupado. Hiram nunca había visto a su madre flaquear y pude ver el miedo en sus ojos cuando la vio tan pálida.

—Aún puedo caminar —siguió con sus protestas.

—Sabes que la testarudez la he heredado de ti, ¿verdad? —se burló él. Alice volvió a resoplar y yo ahogué una risa.

Mientras madre e hijo mantenían su pulso para ver quién de los dos era más testarudo, yo me ocupé de preparar la olla para hervir los instrumentos de trabajo de mi suegra. Le pedí a Ronny que fuese al pozo a por un balde de agua y el joven salió corriendo al exterior.

Fui depositando los objetos, con cuidado de no hacerme daño, en el interior de la olla de barro. Escuché los pasos de Hiram a mi espalda y miré en su dirección.

—Mamá quiere hablar contigo —me informó.

Dejé todo en su sitio y me limpié las manos en el mandil. Antes de entrar en la habitación, le pregunté cómo estaba y él se encogió de hombros a modo de respuesta. Me puse de puntillas para darle un beso y entré en la habitación.

Alice estaba sentada en el borde de la cama, quitándose la ropa con movimientos lentos y algo desacertados. Me arrodillé a su lado y la ayudé a desanudar los cordones de la camisa y del corpiño de tela marrón.

—Mis dedos están cansados por tanto ajetreo —dijo entre risas y con la voz un tanto apagada.

—Debiste pedir que me viniesen a buscar, Alice —la reprendí con cariño al mismo tiempo que maniobraba la tela de lino. La hice levantar los brazos para quitarle la camisa por la cabeza. Me acerqué a dejarla en la silla y cogí su camisón descolorido para que se lo pusiese.

—No hacía falta, Liv, de verdad. No es el primer niño que viene de nalgas. El problema es que Amber es bastante estrecha y eso dificulta mucho las cosas a la hora de traer niños al mundo. Tú tienes buenas caderas, no tendrás problema en parir a tus hijos —comentó y me reí. Ambas nos reímos ante ese comentario.

Una vez que se había desprovisto de todas sus prendas, le pasé el camisón y ella se lo puso, mientras yo le dejaba toda la ropa colocada en su sitio. Le trencé el pelo y la ayudé a tumbarse en la cama.

Cuando la cubrí con la fina manta de color verde florar, me cogió de la mano y dijo:

—Liv, cielo. Hierve…

—Ya lo sé, Alice. Ya lo tengo todo preparado para desinfectar los utensilios, no te preocupes. Me has enseñado bien —la interrumpí.

Ella sonrió y posó una mano en mi mejilla. Sentí el calor maternal al instante y eso me provocó un nudo en el estómago al recordar a mi madre.

—Eres una gran mujer, Olivia Burke. Serás una madre y una esposa maravillosa —aseguró, y mis ojos se encharcaron.

Se recostó sobre las almohadas, que previamente ahuequé con las manos, y se quedó dormida casi al instante. Me quedé observándola durante unos instantes más y no pude evitar sentir una gran preocupación. No quería preocuparme en exceso, para evitar contagiar a Hiram con mi angustia.

Recordé los duros momentos que viví cuando me informaron de la muerte de mi madre. Estuve en shock durante días, no podía creerme que ya no estuviera más conmigo, cuando hacía tan solo unos días habíamos estado planeando unas vacaciones recorriendo Europa. Las dos solas, a la aventura, nada podría haber salido mal.

Pero el destino tenía otra idea en mente. Me enseñó una dura lección, la realidad de que hoy estás aquí y mañana puede que tan solo quede de ti el recuerdo de los buenos momentos. Dejas atrás tristeza, dolor, angustia…, añoranza. Fueron momentos muy duros y que, tal vez, no los había superado del todo. ¿Quién supera la muerte repentina de una madre a la que adoras?



CAPÍTULO 18

El sol calentaba en lo alto cuando el caos se apoderó de nuestro hogar.

Mientras Hiram y Ronny se afanaban en la ardua tarea de clavar pilares en la tierra, yo me había encomendado en la preparación de la comida para todos. A pesar de la temperatura cálida de la que disfrutábamos, decidí hacer un guiso de carne para que Alice comiese algo más nutritivo que simples frutas o pescado ahumado.

Cuando me aseguré de que estaba todo listo, y tenía la mesa ya con los platos de cada comensal, salí al porche para avisarlos. Entre bromas y chascarrillos, Hiram y Ronny llegaron hasta los pies de las escaleras, pero les impedí el paso y les señalé el pozo para que fuesen a asearse antes de sentarse a comer. A regañadientes, lo hicieron.

Dejé que se tomasen su tiempo para lavarse un poco y me fui directa a despertar a Alice para que se uniese a nosotros en la comida. Golpeé la puerta con los nudillos, ligeros toques que no obtuvieron respuesta, por lo que decidí entrar.

Mi suegra dormía plácidamente en la cama, con semblante tranquilo, cuando atravesé la puerta. Me acerqué a ella para despertarla, sin sobresaltarla mucho.

—Alice, ya está la comida. Tienes que levantarte a comer algo para reponer fuerzas. —Pronuncié las palabras entre susurros y me senté en el borde de la cama, pero no dio signos de notar mi presencia.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, al mismo tiempo que mi garganta se cerraba como si la estuviesen aprisionando entre dos manos fuertes. Posé la mano en el hombro de ella y la moví con sutileza. No hubo respuesta.

El pánico se apoderó de mí y le acerqué la mano a la frente. El calor que emanaba de ella me impactó. Alice tenía muchísima fiebre. La zarandeé con más brío, pronunciando su nombre con fuerza…, pero no hubo signos.

—¡¡Hiram!! —vociferé de forma desgarradora. Escuché las pisadas de sus botas acercarse y en segundos apareció en la habitación. Mis ojos se cruzaron con los suyos —N-no se despierta —sollocé.

Corrió a la cama y se arrodilló al otro lado, llamando a su madre. Vi el terror en sus ojos,

algo que ni en los momentos más peligrosos siendo pirata le había visto. Tomé la muñeca de mi suegra y busqué el pulso. No encontré nada al principio, pero luego noté unas pulsaciones débiles que hicieron que mi corazón saltase.

—¡Mamá! —la llamó él.

—Tiene pulso, débil, pero lo tiene, y su pecho se mueve, así que está respirando, pero… la fiebre… —las palabras no querían salir de mi boca. Hiram envolvió la cara de su madre con ambas manos—. Es muy alta, debemos llamar al doctor —dije.

Él comprendió lo que le decía y, sin separar la vista de la cara de Alice, llamó al joven Ronny.

—Ve corriendo a buscar al doctor. Rápido, muchacho —le ordenó.

—Sí, señor —dijo el joven, y lo escuché salir a grandes pasos de la casa.

Nosotros nos quedamos ahí, sentados uno a cada lado del cuerpo inmóvil de Alice. Yo no tenía ni idea de enfermería, salvo las pocas cosas que ella me enseñó de su oficio, pero sí sabía que las fiebres en esta época eran una de las primeras causas de mortalidad entre las personas.

—Es fuerte, se pondrá bien. Tal vez el parto la agotó más de lo que creíamos… —Hiram habló en alto más para calmar su angustia que para convencerme a mí, aunque yo también quise creer en sus palabras.

Cuando el doctor llegó, escoltado por el predicador, Ronny y los miembros de la tripulación de Bellamy, junto con su capitán, nos encontraron a ambos al lado de Alice. Hiram permanecía de rodillas en el suelo, a un lado de la cama y con la mano de su madre entre las suyas, mientras yo le cambiaba los trapos con agua fría que le coloqué en la frente y en las axilas para tratar de bajarle la fiebre.

El médico venía cargando con un maletín de piel, típico de los médicos de la época. Lo reconocí por algunos objetos encontrados en diferentes excavaciones y que pude tener en mis manos para estudiar la artesanía. El resto, se quedó en el umbral de la puerta. Solo Bellamy fue quien entró para colocarse a mi lado y al de Hiram.

Mientras el doctor, un hombre enjuto de pelo cano, pero que movía las manos con suma gracilidad, realizaba una serie de comprobaciones en el cuerpo de Alice, yo me mantenía abrazada a la cintura de Hiram.

—La señora Burke es fuerte —susurró Samuel a mi derecha, y colocó una mano sobre mi hombro para darnos ánimos a ambos. Yo lo miré, con lágrimas en los ojos, y asentí en señal de agradecimiento.

Durante unos minutos que fueron eternos, dejamos al médico trabajar, hasta que el hombre sacó una especie de aguja, punzó el brazo de Alice y, al ver la sangre tan oscura y espesa, el aire abandonó mis pulmones. El hombre emitió un chasquido con la lengua, de

disconformidad.

—¿Qué ocurre doctor? —se apresuró Hiram a preguntar.

—¿Ha sufrido algún tipo de accidente, corte o punción? —quiso saber el médico.

Mi marido y yo nos miramos sorprendidos. Volvimos la vista hacia él y ambos negamos con la cabeza. Noté la presión de la mano de Bellamy en mi hombro, yo me aferré con más fuerza a la cintura de mi esposo.

—Doctor, por favor. Díganos que se va a poner bien —le suplicó Hiram.

—No puedo, muchacho. Siento decirte que tu madre padece el mal de la sangre y poco o nada se puede hacer, salvo darle cuidados y mantenerla estable. —Tras las palabras del médico, Hiram perdió la fuerza en las piernas y cayó de rodillas al borde de la cama, arrastrándome consigo.

Septicemia, la enfermedad que ellos llamaban el mal de la sangre no era otra cosa que infección bacteriana de la sangre…, y en esa época no había cura ni salvación.

—Mamá… Mamá, por favor, tienes que despertarte… —sollozó él, tras tomar la mano de Alice entre las suyas y llevársela a la boca.

Esa imagen me rompió en mil pedazos. Sentí que me arrancaban el alma y que un vacío volvía a apoderarse de mí, porque ya viví aquella misma situación. Sabía lo que era estar a los pies de una cama, intentando despertar a una madre que nunca más volvería a mirarme ni a sonreírme.

Las lágrimas inundaron mis ojos, al igual que los de Hiram, que rodeó mi cintura con un brazo y me trajo hacia él. Yo lo envolví con mis brazos y lo dejé llorar en mi pecho, mientras el agua recorría mis mejillas hasta perderse entre el cabello rubio de mi esposo.

Las horas pasaron con lentitud. El doctor se ocupaba de comprobar el estado de Alice cada cierto tiempo, mientras Hiram permanecía estático junto a la cama de Alice.

Me llevé a Bellamy al exterior de la casa porque, entre tanto dolor, un rostro vino a mi mente y necesitaba su ayuda.

—Debo avisar a Liam, Sam. Yo… yo no sé cómo, pero debo… —balbuceé, tratando de contener el llanto, aunque mis ojos seguían empapados y enrojecidos.

—Nosotros nos ocuparemos de ir a buscarlo, Olivia —dijo Bellamy.

—Iré yo con mis hombres, el Marianne es más rápido —se apresuró a comentar Paul. Lo miré y asentí agradecida. En cuestión segundos, la mitad de los hombres que habían acudido en nuestra ayuda, habían desaparecido y nos quedamos solos los chicos de La Sultana, el doctor, Hiram y yo.

Cuando volví a entrar en casa, escoltada de cerca por Bellamy, sentí un frío salido de la nada que envolvió mi cuerpo por completo. Una sensación de malestar demasiado familiar

para mí. La muerte rondaba nuestro hogar.

Apreté mis párpados con fuerza para mantener a raya las lágrimas, suspiré con fuerza y me fui a ocupar mi lugar junto a mi esposo. El doctor nos había recomendado seguir colocando paños fríos sobre Alice y eso hice. Tras darle un beso en la mejilla a Hiram, me acerqué al cubo de agua y tomé un trapo con las manos. Lo retorcí y se me escapó un sollozo. No podía estar viviendo esto de nuevo.

Escuchamos unas pisadas en el porche, alguien llegaba corriendo. Me supuse que sería el predicador, que habría ido en busca de su hija, Betty, y su esposa.

—¿Qué le pasa a mamá? —El trapo se me resbaló de las manos al escuchar la voz de Liam a mi espalda. Con el corazón latiendo con fuerza, me giré y lo vi parado en el umbral de la habitación, con la mirada fija en Alice.

Hiram levantó la cabeza para ver a su hermano y, como un resorte, se incorporó y fue hasta él en dos zancadas. Ambos se fundieron en un abrazo. Liam no desvió los ojos de su madre, tendida en la cama y respirando con dificultad. Las lágrimas aparecieron al instante y fue cuando reaccioné y corrí hacia ellos.

Me perdí entre esos dos grandes cuerpos, sollozando por lo que todos sabíamos que iba a suceder. Luego, Liam se separó y corrió hacia la cama. Tomó una mano de Alice entre las suyas y lloró a la vez que se la besaba.

El dolor estaba siendo demasiado fuerte y empezaba a costarme respirar bien. Hiram se acercó a su hermano y apoyó una mano en su hombro antes de romper en llanto. No soportaba verlos así, no quería que ellos pasasen por la misma angustia que yo pasé.

Quise gritarle al cielo, rogarle por calmar este dolor. Quise protegerlos, meterme dentro de Alice y traerla de vuelta para que sus hijos no sufriesen la pérdida de una madre a la que adoraban. Deseé que la brújula me llevase de vuelta a mi tiempo para poder regresar con la medicación necesaria para salvarla, porque, en mi futuro, Alice se salvaría.

Abrazada a la cintura de Hiram, viendo a Liam arrodillado y sollozando como un niño pequeño, recé por primera vez en mucho tiempo.



CAPÍTULO 19

Durante tres días nos mantuvimos a los pies de la cama, vigilando el sueño de Alice y con la esperanza de que en cualquier momento abriría los ojos para exigirnos a todos abandonar su casa atestada de gente. Hiram y Liam se turnaban para estar con su madre, mientras yo me ocupaba de los chicos de la tripulación, que no se separaron de nosotros en ningún momento.

El doctor se pasó todos los días para comprobar el estado de mi suegra, aunque tenía más pacientes que atender en la isla. Era en esos momentos en los que el hombre requería más de mi presencia para las curas.

Hiram y yo dormíamos a turnos, pero nos preocupaba el estado de ánimo de Liam, que no quiso abandonar el lecho de su madre bajo ningún concepto, salvo cuando el doctor se lo exigía. Quería estar ahí para cuando ella despertase, quería ser el primero en poder abrazarla.

Pero ella nunca abrió los ojos.

La mañana del cuarto día, tras la visita del doctor y el predicador, Alice Burke abandonó este mundo y dejó mucha tristeza y mucho dolor con su partida.

Dolor, vacío y un desgarro emocional que jamás pensé que volvería a sentir. El mundo a mi alrededor se movía sin apenas percibirlo; me hablaban y contestaba por inercia, pero mi cerebro estaba en modo automático. No lograba creerme que nada de esto estuviera ocurriendo.

Todo sucedió demasiado deprisa como para digerirlo. Hiram y Liam se encargaron de amortajar el cuerpo de su madre, ayudados por Bellamy y los chicos. Cuando me quise dar cuenta, estábamos a los pies de una fosa cavada en los límites de la parcela, junto a la tumba de Benjamin Burke.

Hiram nos sostenía a mí y a Liam, mostrando una entereza enorme. Petter, con la biblia en la mano, recitaba palabras extraídas de entre las finas páginas al mismo tiempo que el ataúd con el cuerpo de Alice descendía con suma lentitud hasta el fondo.

Ambos hermanos lanzaron flores al interior, antes de que Brom y Alastair lanzaran la tierra. Yo había depositado en el interior la brújula que había traído a Alice a esta época, como

símbolo del fin de su viaje.

El sonido de la tierra al caer sobre el ataúd me sobresaltó. Cada palada que lanzaban a la fosa era como si me estuvieran golpeando en centro del pecho. No quise ni imaginar cómo se sentirían Hiram y Liam.

Una vez que la tumba quedó del todo cubierta, Hornigold fue quien clavó una cruz de madera que llevaba grabado el nombre de Alice. Nos quedamos allí varios minutos, en silencio y rodeados de todos los que la conocían y la querían.

—Creo que la señora Burke se merece que brindemos por ella — Bellamy rompió el silencio.

Levanté la vista para encontrarme con los ojos de mi capitán y su boca se curvó en una sincera sonrisa. Luego, miré a Hiram, que se mantenía fijo en la tumba.

—Creo que es la mejor idea, capitán —dijo, sin más. Desvió los ojos hacia mí y asintió. El corazón se me rompió en mil pedazos al ver su mirada enrojecida por las lágrimas contenidas —. Liam —llamó a su hermano, que se había arrodillado a los pies de la tumba, derrotado.

—Sí, me parece que es buena idea. Madre lo hubiese querido así —pronunció con un hilo de voz.

Antes de hablar de nuevo, Hiram me estrujó y me dio un beso en la frente.

—Vamos, brindemos por la gran mujer que fue nuestra madre.

En una enorme comitiva compuesta por piratas en su mayoría, recorrimos el camino hasta llegar a la taberna de Hoocker. Allí, Hornigold y Bellamy, trabajando codo con codo como antaño, se encargaron de pedir y repartir las bebidas entre todos los que estábamos allí.

Los Burke nos sentamos en una de las mesas, acompañados por Ronny y Bellamy. El resto se fue distribuyendo por toda la taberna, tanto en las mesas como para quedarse de pie o en la barra. El primero en dar un discurso fue Hornigold, quien había acogido a los hermanos en su barco cuando su padre, Benjamin Burke, había fallecido.

—Ben y yo éramos buenos amigos. Ambos recibíamos las regañinas de Alice a partes iguales —dijo y todos rieron, nosotros incluidos—. Esa mujer era luz, tenía su carácter, pero toda ella brillaba de un modo especial. Siempre dispuesta a ayudar a quien lo necesitase y una gran curandera. Muchos de los jóvenes de hoy en día le deben la vida a sus habilidosas manos. —Hiram me tenía abrazada por la cintura mientras su antiguo capitán daba el discurso. Liam mantenía la vista fija en su jarra—. ¡Por Alice Burke! —brindó en voz alta, alzando su bebida.

—¡Por Alice! —vociferaron todos al unísono.

Las palabras de recuerdo y los brindis se sucedieron durante el resto de la velada. Ambos hermanos recibieron el pésame de los que se acercaban a la mesa con una sincera sonrisa, aunque en su interior estaban llorando por la pérdida.

El bullicio se hizo dueño del ambiente hasta tal punto que me costaba escuchar mis

pensamientos…, si es que los tenía porque aún seguía en shock por la situación. Todo había sucedido demasiado rápido y eso me llevó de vuelta a los momentos vividos cuando mi madre sufrió ese accidente en el que perdió la vida.

—No sé qué voy a hacer ahora sin ella esperando mi regreso —pronunció Liam entre susurros.

Hiram y yo desviamos la mirada hacia él, que seguía fijo en el fondo del vaso.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber mi esposo.

—Porque… —Las palabras se le atascaron en la garganta y dejó de hablar. Le dio un trago largo a su bebida y la dejó sobre la mesa con un sonoro golpe—. Fui un desastre de hijo, siempre estaba preocupada y no supe verlo —soltó sin más. Entonces, lo supe. Liam sentía sobre él una carga enorme, un remordimiento demasiado pesado.

—Ambos escogimos la vida de pirata, hermano, y madre lo sabía. Si tú fuiste un desastre, yo también lo fui —dijo Hiram.

Estiré la mano para dejarla sobre la de mi cuñado y lo noté frío, tembloroso. Lo vi como un niño que acababa de perder a su madre y no entendía nada. Me partía el alma verlo así.

—Liam, vuestra madre os amaba por encima de todo. No pienses…

—No puede pedirle perdón, Liv… —pronunció tras clavar sus ojos en los míos, tan iguales a los de su hermano—, y ahora ya es demasiado tarde para decirle que me perdone por todo lo que la hice sufrir con mi… con…

—Alice os perdonó en el mismo instante en el que os trajo al mundo, Liam. Todos vuestros pecados fueron perdonados en ese instante. No sufras por eso, por favor, y perdónate a ti mismo, no cargues con ese dolor —calmé su corazón y lo decía con total sinceridad.

—Pero…

—Ella estaba orgullosa de vosotros dos y os amaba más que a su propia vida —afirmé.

—Es cierto, hermano. Ella misma me lo dijo hace poco. —Hiram intervino. Supe que hablaba de las palabras que su madre le había dicho hacía tan solo unos días, y quiso compartir esa bendición con su hermano para aliviar así su dolor. Lo miré y le sonreí con el alma.

—Debería dejar la piratería —comentó Liam, sin más.

Hiram posó una mano sobre el hombro de su hermano y le dio un ligero apretón al mismo tiempo que decía:

—Siempre te puedes unir a mi reciente empresa de construcción.

Ambos hermanos se miraron y se sonrieron. Liam volvió a beber hasta vaciar del todo su jarra. Se levantó arrastrando el taburete hacia atrás para ir en busca de más líquido que ingerir.

—Tal vez debamos irnos a casa, nos vendría bien un poco de paz —comentó Hiram.

—Id vosotros, yo aún quiero quedarme un rato más —contestó Liam y se mezcló entre la gente, que lo saludaban de forma efusiva y le daban el pésame mientras avanzaba hasta la barra.

Nosotros lo miramos con preocupación y dudamos si quedarnos o irnos porque sabíamos que Liam acabaría ahogando las penas en el alcohol y podría cometer cualquier locura.

—Tranquilos, nosotros lo vigilaremos y lo llevaremos de vuelta. Idos a casa y descansad, lo necesitáis —dijo Bellamy, que en algún momento había aparecido a nuestro lado.

Le agradecimos al capitán su ofrecimiento y nos despedimos de todos.

Recorrimos el camino de vuelta en silencio, pero sin sentirnos incómodos por ello. Solo con nuestras almas hablando entre ellas y, tal vez, con ella. Al llegar al porche, Hiram se detuvo ante los escalones. Cuando llevé la mirada hacia su rostro, vi las lágrimas brotar sin control alguno y se desplomó ahí mismo.

Cayó de rodillas, llevándose las manos a la cara y sollozando como un niño. Mi alma se desgarró de nuevo y me agaché para abrazarlo. Lo acuné como una madre mece a su hijo, sin decir nada, sin hablar, y conteniendo mis propias lágrimas porque él me necesitaba entera en ese momento.

Toda la fortaleza que hasta entonces había mantenido, por mí y por su hermano, se resquebrajó en cuanto llegamos a los pies de su casa. La realidad le golpeó con tal fuerza, que su cuerpo ya no pudo aguantar más.

Lloró, lloramos juntos, y le gritó al cielo. Un sonido desgarrador que me hizo estremecer, pero no lo solté. Nos quedamos ahí, abrazados y sosteniendo el dolor el uno del otro, durante largos instantes. Hasta que el llanto quedó enmudecido en pequeños sollozos.

Hiram se movió entre mis brazos para mirarme. Yo le aparté el pelo del rostro y limpié el agua de sus ojos. Él me sonrió, envolvió mi cara entre ambas manos y me besó. Sabía salado por las lágrimas.

—Doy gracias por tenerte a mi lado, Liv. No sabes lo mucho que te necesito ahora mismo —confesó contra mi boca, su aliento calentándome.

—Estoy aquí contigo, Hiram —me apresuré a decir.

—Hoy no me siento con fuerzas para hacerte el amor, lo siento. Hoy…

—Ey —lo detuve en su confesión. Ahora era yo quien sostenía su rostro masculino entre las manos—. No tienes que disculparte, por el amor de Dios, Hiram. Es normal. Yo tampoco tengo ganas de nada. No vuelvas a pedirme perdón por algo así, ¿vale? —. Y lo besé.

—Te amo, Olivia. Mi Corazón de fuego —confesó.

—Y yo a ti, Irlandés. —No hubo más palabras, solo un beso intenso y necesario para calmar tanto dolor.

Me incorporé primero y, con gran esfuerzo, tiré de él para ayudarlo a levantarse. Entramos en la casa y noté el frío en su interior, a pesar de la calidez del exterior. No hablamos, no dijimos nada, tan solo nos dirigimos a nuestra habitación. Nos quitamos la ropa y nos metimos bajo las mantas, abrazados.

—No sé lo que haría si te perdiera, Liv, o tal vez sí. Si tú me faltases…, creo que volvería a la mar y que ella decidiera mi destino, porque no querría vivir sin ti a mi lado. —Esa confesión me heló la sangre.

No dije nada, tragué con dificultad y me aferré con más fuerza a él, al calor de su cuerpo, y recé porque eso no sucediera jamás.



Capítulo 20

Una ráfaga de aire acarició mi espalda, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo. De forma instintiva, me moví en la cama en busca de calor, pero no encontré nada. Me giré asustada y comprobé que estaba sola en el lecho. Pasé la mano por el lugar donde debería de estar mi esposo y noté su calor aún en la sábana.

Aparté las mantas a un lado, bajé de la cama y fui directa a por mi bata verde. Con mi cuerpo desnudo bien tapado, salí de la habitación para ir en su busca. Lo encontré apoyado en el marco de la puerta de su hermano, con los brazos cruzados al pecho. Avancé despacio hasta él, que no dudó en rodearme con un brazo cuando llegué a su altura.

—¿Qué haces levantada? —preguntó tras darme un beso en la frente. Aferrada a su cintura, aspiré su aroma con fuerza antes de hablar.

—Tenía frío y no te encontré en la cama.

El cuerpo de Hiram vibró al reírse y me apretó con más fuerza. Levanté la cabeza para dejar que me besara. Los dedos de mis pies se encogieron en cuanto sentí el calor de su boca sobre la mía. Suave, cálido y fugaz, pero lo justo para templar mi cuerpo. Cuando separamos nuestras bocas, acomodé mi rostro sobre su pecho y dejé que el latido de su corazón calmase el mío.

Miré hacia el interior de la habitación y vi a Liam tumbado boca abajo, roncando a pierna suelta y con la boca abierta. La maraña dorada que formaba su cabello estaba suelta y esparcida por la almohada. Apenas se había quitado la ropa del todo, tan solo la camisa y una bota, ya que la otra aún colgaba de su pierna izquierda.

—¿Cuándo ha llegado? —quise saber.

—Hace un momento. Bellamy y los muchachos lo han traído casi en volandas —Suspiré al imaginarme la escena—. Aún lloraba cuando le ayudé a desvestirse…, o lo que pude, al menos. Se desplomó sobre el colchón nada más quitarle la camisa y ya no pude moverlo más —me explicó Hiram.

—Sé lo mucho que amabais a vuestra madre, pero la conexión que había entre tu hermano y ella era muy fuerte. Tú te hiciste un hombre, él aún seguía siendo un niño bromista que

gustaba de provocar a su madre.

—A mí me tocó madurar más, al ser el mayor de los dos. Ambos se convirtieron en mi responsabilidad y…, ya sabes lo cabeza loca que es Liam. Alguien debía tenerlo vigilado —dijo y noté el pesar en sus palabras.

Hiram tuvo que ejercer de padre y hermano mayor cuando su propio padre murió. Aunque Alice nunca quiso descargar en él esa responsabilidad, siempre depositó en su hijo mayor la confianza y la seguridad de que él solo podría sortear los problemas que les iban aconteciendo.

Nos quedamos ahí, abrazados y vigilando el sueño de Liam, como si de nuestro hijo se tratase, durante unos minutos. Después, Hiram me envolvió con ambos brazos, me dio un beso en la frente y dijo:

—Venga, volvamos a la cama.

No dije nada, tan solo le di la mano y le dejé que me guiara por el pequeño pasillo hasta nuestra habitación. Mientras él cerraba la puerta, yo me deshice de la bata y la dejé de nuevo colgada del biombo de mimbre. Unas manos cálidas se posaron en mis caderas y noté el calor de su cuerpo pegado al mío.

—No me había fijado que ibas desnuda bajo la tela —murmuró contra mi hombro, antes de depositar un sensual beso en él. Esa leve caricia de sus labios sobre la piel me hizo estremecer.

—Sabes que duermo así… al igual que tú —contesté, porque no sabía muy bien qué decir.

—Mmmm —ronroneó él.

Movió sus manos por mi cuerpo, acariciando mi vientre y luego rozando con los pulgares la curva de mis pechos. Me dejé caer de espaldas contra él, momento que aprovechó para darme sensuales besos en la base de mi cuello.

Paseó ambas manos por mis senos hinchados y estrujó con delicadeza los endurecidos pezones. Un gemido se me escapó el sentir ese placentero dolor.

—Hiram… —jadeé con los ojos cerrados, mareada por las caricias y esos suaves besos que me daba.

—Te necesito —confesó y fue más una súplica que un deseo.

No sé en qué momento se desprendió de su ropa, pero, cuando me giré entre sus brazos, me lo encontré completamente desnudo.

Quise preguntarle si estaba seguro, pero no hubo forma. Cayó sobre mi boca con ferocidad y mi cuerpo se dejó manejar por las hábiles manos de mi hombre.

Hiram me cargó sobre su cintura y, mientras ambos nos devorábamos las bocas, caminó hasta quedar sentado en el borde de la cama. Me colocó bien sobre su regazo y dejé que mi cuerpo descendiera de forma lenta sobre su erección. Arqueé la espalda al mismo tiempo que

lo sentía introducirse en mi interior. Bajó la boca hasta mis pechos y aprisionó uno de mis pezones con los labios, al mismo tiempo que mis caderas tomaban el control y se movían sobre él.

Llevó mis brazos hacia atrás y los sujetó a ambos de las muñecas, mientras estrujaba uno de mis pechos. Liberé un gemido y seguí balanceándome. Mordisqueó y saboreó mis pechos hasta dejarlos enrojecidos por la pasión.

—Te necesito, Liv. Te necesito tanto —jadeó.

—Me tienes. Soy tuya… —Y caí sobre su boca tras liberar mis manos de su agarre.

Sin previo aviso, Hiram me tomó en brazos y acabé tumbada sobre el colchón, con su cuerpo sobre el mío. Me penetró con fuerza, golpeando sin cesar su pelvis contra la mía.

—Sujétate al cabecero, mi amor —me ordenó. Sonreí con picardía.

Hiram metió un brazo por debajo de mi espalda y me elevó al mismo tiempo que él se quedaba de rodillas. Abrí bien mis piernas y él me empaló con fuerza, como nos gustaba a ambos. Esa postura hacía que llegase a un orgasmo intenso y así fue. Gemí con fuerza cuando mi cuerpo llegó al clímax, mientras él seguía penetrándome con fuerza.

—Hiram —exhalé su nombre.

—Oh, Dioses, sí… —gruñó él en cuanto llegó a su propia liberación. Pude sentir el calor de su fuerza llenando mi interior. Empujó una última vez y se vació del todo—. Te amo, Liv, te amo más que a mi propia vida —confesó con los ojos aún cerrados y la frente apoyada sobre la mía. Su respiración era irregular, al igual que la mía.

—Yo también te amo —contesté con él aún dentro de mí.

Hiram abrió los ojos, me besó y luego se dejó rodar hacia un lado para no aplastarme con el paso de su cuerpo…, aunque a mí no me hubiese molestado tenerlo un poquito más dentro de mí. Me atrajo hacia él y nos quedamos dormidos al instante.

Cuando el sol de la mañana acarició mi rostro y unos labios cálidos rozaron los míos para traerme de vuelta del reino de los sueños. Al abrirlos, me encontré con dos océanos admirándome con devoción y una boca curvada en una sonrisa de lo más sensual.

—Mmm, hola —pronuncié aun algo soñolienta.

Me moví en la cama hasta quedarme boca arriba. Hiram dejó una mano sobre mi vientre y volvió a besarme.

—Gracias —dijo y lo miré extrañada—. Por lo de anoche.

—¿Me das las gracias por hacer el amor? —pregunté entre divertida y desconcertada.

—No, te doy las gracias por simplemente estar ahí para mí, por saber esperar a mi lado y no presionar. Te doy las gracias por ser tú y por elegirme.

El corazón se me encogió ante esa confesión y mi visión se volvió algo vidriosa. Rodeé su

cuello con los brazos y lo atraje hacia mi boca para besarlo de nuevo.

—En ese caso, es un placer elegirte siempre —contesté.

Nuestras bocas se juntaron y su lengua pronto se encontró con la mía. Con movimientos lentos, Hiram se colocó sobre mí y yo abrí las piernas para recibirlo de nuevo. Pero una serie de golpes y quejidos al otro lado de la puerta nos interrumpieron.

—Creo que debería salir para comprobar que nuestro hijo adoptivo está bien y no destruye la casa —murmuró contra mi boca y yo me reí. Si Liam se enterase de que lo había llamado así, le daría una patada en el trasero.

La cama vibró cuando él se movió para salir de ella. Me abracé a la almohada y lo observé caminar por el piso, desnudo como Dios le trajo al mundo. Recorrí todo su cuerpo con la mirada, admirando esas espaldas anchas y fuertes; su trasero tan bien trabajado, redondo y firme me maravillaba. Pero cuando Hiram se giró y vi su prominente miembro relajado, me mordí el labio de forma inconsciente.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, divertido, al percatarse de cómo lo estaba mirando.

—Deseo lo que veo —respondí con picardía. Mi humedad era más que notoria y yo solo podía pensar en tener dentro de mí ese pene tan hermoso y poderoso.

—No provoques, mujer, o no saldremos de esta habitación en días. —Me reí ante la amenaza, aunque deseaba que la cumpliera.

—¿Estás bien? —quise saber, y no de una forma sexual. Él me miró y sonrió, se puso los pantalones y la camisa y caminó hasta el borde de la cama, por mi lado. Se sentó para ponerse las botas, pero antes me dio un fugaz beso.

—Siempre que tú estés a mi lado, sí. Estoy bien, mi amor. La voy a echar de menos durante un tiempo, pero estoy bien —contestó.

—Nunca dejarás de echarla de menos, Hiram, pero el dolor será cada vez más suave. Te lo prometo, acabará pesando menos —dije y no mentía porque yo muy bien sabía lo que era perder a una madre. Otro estruendo, esta vez proveniente de la cocina, y una maldición salida de boca de Liam, nos hizo mirar a ambos hacia la puerta cerrada de nuestra habitación.

—Lo dicho, será mejor que salga a comprobar que seguimos teniendo alguna zona de la casa entera —bromeó él y me reí. Volvió a besarme, se levantó y abandonó nuestro nido de amor.

Al poco, escuché las voces de ambos hermanos hablando al otro lado de la puerta. Apenas pude distinguir lo que decían, así que rodé por la cama hasta quedarme de lado y abrazada a mi almohada. Cerré los ojos y respiré hondo.

El viento se agitó al otro lado de las ventanas, dejando entrar pequeñas ráfagas entre las rendijas de la madera. El aire rozó mi mejilla y noté como si una mano invisible acariciase mi cara. Abrí los ojos y mi mirada se fue directa hacia el cajón de mi mesilla de noche. Entonces,

lo recordé.

Me incorporé de un salto y me quedé sentada en el borde. Tiré del pequeño pomo del cajón y lo abrí. Ahí estaban las cartas que Alice le había escrito a su hermana, Constance. Cogí el paquete, anudado con una cinta de lino blanquecino, y me acomodé sobre el colchón para empezar a leer algunas de ellas.

En cuanto las tuve esparcidas en la cama, busqué la más antigua y la abrí. Mis ojos se empañaron al reconocer la letra de Alice en el papel. La primera carta que ella le escribió estaba fechada pocos meses antes de dar a luz a sus hijos. En ella le contaba cómo le había ido la vida hasta el momento y le explicó lo sucedido tras su desaparición.

Para mi sorpresa, le contó el surrealista viaje en el tiempo que había hecho y que, al principio, su deseo era buscar la forma de volver a su época, junto a ella, pero el amor la hizo elegir quedarse. Sonreí al verme reflejada en aquellas palabras, ya que yo había hecho la misma elección y por el mismo motivo.

Leí todas las cartas, hasta la última en la que le hablaba sobre mí. Me sorprendió ver que dejaba plasmado toda la historia sobre los viajes en el tiempo, a riesgo de que alguien las pudiera leer y considerarla una bruja o algo peor.

Cuando me quise dar cuenta, el sol ya brillaba en lo alto del cielo. No sabía cuánto tiempo había estado sumergida en aquellas cartas, pero, cuando terminé de leer la última, una idea surcó por mi cabeza. Una loca y descabellada idea, nunca antes probada, pero que sentía que debía intentarlo…, por Alice.



CAPÍTULO 21

Me encontré con los hermanos sentados en el porche, hablando de forma tranquila y relajada. Llevaba las cartas conmigo y les conté la historia. Mientras yo hablaba, ellos abrían y leían el texto que su madre había escrito. Al parecer, ninguno de ellos era conocedor de que Alice había escrito todo aquello.

—¿De verdad que nunca os lo contó? —pregunté con asombro.

—Nunca. Sí nos contó sobre su familia y su viaje, pero jamás nos habló sobre estas cartas —contestó Hiram.

—¿Y dices que escribió una carta al año para su hermana? —quiso saber Liam, que leía con atención una de las hojas.

—Ajam —respondí. Ambos hermanos permanecían fijos en los textos—. Quiero enviarlas —dije y atraje sus miradas.

—Esto… Pelirroja, no es por estropearte la idea, pero es un poco imposible que le lleguen las cartas a su hermana —comentó Liam.

—Siento decirte que mi hermano tiene razón, cielo —dijo Hiram.

—Tengo una teoría. —Ambos se quedaron a la espera de que prosiguiera hablando—. Es un tanto enrevesada, pero creo que puede funcionar —afirmé.

Les expliqué cuál era mi intención y traté de hacerlo hablándoles sobre una serie que Natalia y yo veíamos mucho. No comprendían el tema de la televisión, pero sí entendieron lo importante.

—O sea, según tu teoría, enviarías las cartas a nombre de la hermana de nuestra madre para que, en el futuro, en su tiempo, las reciba —repitió Hiram.

—Exacto —respondí con efusividad.

—Ehm, Liv… Sigo sin entender cómo le llegarán las cartas a nuestra… ¿tía? —comentó Liam.

—Estas cartas se quedarán abandonadas en la oficina de correos, hasta que la reestructuración de los distritos y del edificio haga que las encuentren y busquen el remitente. Eso sí se hace en mi tiempo, cartas y postales antiguas son devueltas a sus remitentes o, en su

caso, a sus descendientes. ¿Por qué no en este caso? Podría funcionar —les expliqué. Yo lo tenía muy claro, pero ellos me miraban como si me hubiese vuelto loca.

Se quedaron callados, sopesando mis palabras y revisando las cartas de nuevo. No sabía muy bien qué les estaba pasando por la cabeza cuando se miraron el uno al otro y se sonrieron. Liam fue quien habló primero.

—Pelirroja, si tú lo tienes claro, confiamos en ti. Envíalas. —Di un gritito y me abalancé sobre ellos.

Días más tarde, los tres nos encontrábamos en la oficina de envíos de Nassau, acompañados por Bellamy. El capitán se ofreció a ayudarnos con todo cuando le contamos la intención de comunicarnos con la familia de Alice en Londres. Obviamos decirle el tema del viaje en tiempo, pero sí le explicamos lo importante.

Ya que él era de allí, conocía muy bien con quién debíamos contactar y al mercader que venía a la isla una vez al mes para dejar mercancías y recoger otras. Nos aseguró que era un hombre de fiar y decidimos creerle.

Mientras yo rellenaba los datos del envío y me aseguraba de que todo estuviese bien empaquetado, los chicos hablaban en el exterior de la pequeña oficina. Cuando terminé, le entregué la pluma y el paquete de cartas, envuelto en hojas gruesas envejecidas, al hombre encargado de las gestiones postales.

Era un señor pequeño, redondo en todas sus formas. Las manos eran pequeñas y algo hinchadas, no sabía si por su propia constitución física o por alguna enfermedad. Lo observé manipular el paquete con cuidado y revisar los datos que yo acababa de plasmar tanto en la hoja que me dio como en el propio paquete.

Unas risas en el exterior llamaron mi atención. Apoyada en el mostrador de madera rugosa, me giré para mirar a la calle y vi a Bellamy riendo a carcajadas junto con los hermanos Burke. Eso me enterneció y me dio otra idea. Una descabellada idea por la que, de seguro, Hiram me mataría, pero no podía hacer como si nada. Me volví hacia el hombre regordete y dije:

—Disculpe, ¿me podría dejar la pluma de nuevo y un trozo de papel? —El señor me miró por encima de las gafas empañadas—. Puedo pagarle, si quiere…

—¿Se trata de otro envío? —preguntó con voz seca. Estaba claro que no era un ser muy emotivo o tal vez se debiera a que odiaba su trabajo. Al final, este tipo de situaciones te las encuentras en cualquier época.

—No, solo necesito anotar unos datos. Nada más —le expliqué.

Siguió mirándome por encima de las gafas hasta que emitió un chasquido con la lengua y se acercó al mostrador. Dejó la pluma encima de la madera y rebuscó entre unos papeles que

tenía sobre la mesa donde había varios paquetes, incluido el mío. Encontró un trozo y me lo entregó.

—Gracias —dije y me afané a escribir con premura, antes de que alguno entrase a buscarme y descubriese lo que estaba haciendo.

Cuando terminé, le devolví la pluma con una sonrisa al señor, que me correspondió con un simple gruñido. Doblé el papel en cuatro y me dirigí al encuentro de mis piratas favoritos.

—¿Todo bien? —se apresuró a preguntar Hiram. Rodeó mi cintura con un brazo y me dio un beso en los labios.

—Sí, todo perfecto —respondí.

—Bien, espero que le lleguen las cartas a vuestra… ¿tía? —comentó Bellamy.

—Sí, la hermana pequeña de nuestra madre —contestó Hiram.

—Bueno, es una lástima que tenga que recibir una noticia tan dura, pero, al menos, no vivirá con la incertidumbre de saber si su hermana está bien o no. Es muy duro no tener noticias sobre tus seres queridos, ni poder comunicarte con ellos —contó Bellamy, y supe que, en realidad, estaba hablando de él mismo y la mujer a la que amaba.

Movida por la emoción, me separé de Hiram para darle al capitán un sincero abrazo. Samuel me correspondió y rodeó mi cuerpo con ambos brazos. En ese instante, aproveché para dejar caer la nota en el interior de su casaca roja.

—En fin, yo os dejo. Voy a hablar con mi capitán y creo que me llevará tiempo —dijo Liam, entonces. Se ajustó la chaqueta y la coleta, llenó los pulmones de aire y lo dejó salir con un largo y sonoro suspiro.

—¿Queres que te esperemos en la cantina? —preguntó Hiram, elevando la voz porque su hermano ya se estaba alejando de nosotros.

—¡Por favor y con dos jarras de cerveza bien llenas! —contestó él.

—¿No preferirías a dos mujeres? —bromeó Bellamy.

—¡Esas las tengo aseguradas en la noche, capit*án*! —respondió y se perdió en el gentío del puerto.

—¿A dónde va? —quise saber intrigada.

—A decirle a Hornigold que abandona la piratería —contestó Hiram. Me quedé pasmada, sin poder cerrar la boca por el asombro tan grande tras oír la respuesta.

Liam amaba ser pirata, la vida de pillajes estaba hecha a su medida y pensar en que iba a abandonarla, me alucinó por completo.

—Vamos, yo invito a la primera ronda —comentó Bellamy, sacándome de mi estupor. Los tres emprendimos camino hacia la taberna donde siempre nos solíamos reunir todos y donde esperaríamos el regreso de Liam.



Capítulo 22

Massachusetts, 2017

Mis sentidos despertaron antes que yo al empezar a distinguir los murmullos de voces que se solapaban. Reconocí el timbre serio y grave del profesor Pérez, y la aguda voz de mi amiga pronunciando mi nombre.

Conseguí abrir los ojos, despacio. La claridad que encontré al otro lado de los párpados cerrados me cegó apenas un segundo. Miré a mi alrededor con un quejido en los labios, aunque no conseguí despegarlos por la sequedad, y descubrí que estaba tumbada sobre el frío suelo de mármol del museo.

Aturdida, parpadeé varias veces hasta lograr fijar la vista y dejar de verlo todo como si de un circo de sombras se tratase. El primer rostro que reconocí fue el de Nat, que me hablaba con lágrimas en los ojos. A su lado, el profesor Pérez y el director del museo me observaban con cierta angustia.

—¿Qué… qué ha ocurrido? ¿Dónde estoy? —balbuceé desorientada.

—Te has desmayado —respondió Nat.

Me moví para incorporarme, o colocarme en una posición más cómoda, pero un tremendo dolor, que iba desde la cabeza hasta la cadera, me hizo soltar un quejido lastimero.

—Con cuidado, querida. Te has dado un buen golpe al caer —se apresuró a decir Pérez, que se agachó a mi lado para ayudarme.

Vigilada de cerca por Nat, el profesor y el director me elevaron con cuidado del suelo y me guiaron hasta una de las sillas que había en la sala.

—Te volviste loca y tu cerebro se desconectó. Parecías poseída por el fantasma del pirata —se escuchó a Irvyn a lo lejos, con su tono jocoso.

—Señor Tremblay, ¿qué le parecería ir en busca de un vaso de agua para su compañera? —le soltó el director del museo.

—Me da bastante pereza, la verdad —resopló con soberbia el canadiense.

—No ha sido una solicitud, señor Tremblay. —La voz seria del doctor Macort hizo que Irvyn se tensase. Dudó si obedecer durante unos segundos, pero luego se dio media vuelta y

salió del laboratorio, acompañado por Catalina.

—Esos dos son la personificación del mal —bufó Nat, que permanecía de pie a mi lado y mirando hacia la puerta de salida.

—Señorita García, concéntrese en su amiga —la instó el profesor Pérez.

Un equipo de sanitarios no tardó en aparecer en la sala y se afanaron al instante en comprobar mis constates vitales. Gruñí molesta cuando me deslumbraron con la linternita en los ojos para ver mis pupilas, mientras un hombre me tomaba la tensión en el brazo.

—Todo parece estar bien, pero le recomendaría ir al servicio de Urgencias para un TAC y descartar algo más serio como una contusión u otras lesiones internas. Los golpes así son algo traicioneros —comentó el sanitario tras terminar con la revisión.

Me moví en la silla, algo incómoda al escuchar el consejo. No tenía ninguna intención de pasarme el resto del día, o de la semana, metida en una sala de hospital. Ya tuve bastante cuando regresé del pasado, desarrollé cierta aversión a los centros de salud.

—No hace falta, de verdad. Me encuentro bien… —Nat apoyó la mano sobre mi hombro y me dio un ligero apretón para mantenerme ahí sentada.

—Iremos ahora mismo, gracias —habló por mí. La miré con odio y ella me respondió con otro apretón.

El médico asintió y le entregó a mi amiga toda la documentación necesaria para presentar en Urgencias y así evitar las largas esperas.

No tuve opción alguna de negociar. Pérez y Natalia me obligaron a subir al coche del profesor y, haciendo oídos sordos a mis constante quejas, pusieron rumbo al hospital más cercano.

Al llegar allí, nos encontramos con una sala de urgencias atestada de gente con todo tipo de dolencias. Entre toses, suspiros y bebés llorando por la espera, caminamos hasta el mostrador donde fuimos atendidos con una amable sonrisa por parte de las chicas que estaban al otro lado del cristal.

Natalia les dio el papel que el sanitario le había entregado media hora antes y en seguida me llevaron a una sala de espera a parte. Mis acompañantes debían esperar ahí fuera y eso hizo que un sudor frío apareciese en mis manos. Odiaba aquello, pero entendía que debía hacerlo por ellos. Con suerte, no tendría nada y podría irme de allí en unas horas.

No sé si fue por ser extranjera y tener un tipo de seguro diferente al resto de los ciudadanos americanos o por qué, pero no tuve que esperar mucho. Minutos después de haberme dejado allí, un celador vino en mi busca con una silla de ruedas y me llevó hacia la zona de rayos.

Observé todo a mi alrededor y no vi mucha diferencia con los hospitales europeos, salvo

que allí había muchísima más gente en las salas de urgencia. Por la fisionomía, se veía que eran personas que carecían de seguro médico y eran relegados a esperar como sardinas en lata en las salas destinadas para ellos. Eso me molestó bastante, tanta desigualdad. No era justo, no habían elegido ser personas sin recursos.

Tras recorrer unos pasillos infinitos, acabé en una habitación blanca de luces suaves y con una enorme máquina de escáner en el centro. Una enfermera salió del otro lado de la sala contigua y me explicó cómo íbamos a proceder. Firmé unas hojas donde consentía la realización de las pruebas y me tumbé en la camilla, siguiendo las indicaciones de la chica que me atendía.

Una vez hechas todas las pruebas necesarias, y de asegurarse que no había derrame o coágulo alguno, me dieron el alta con la recomendación de tomarme unos días de descanso. Salí de allí por mi propio pie, con una serie de medicamentos para una semana y un folleto inmenso donde se describía todo mi cuadro clínico.

El médico había llegado a la conclusión de que habría inhalado algún tipo de polvo o sustancia salida de la tumba y eso me provocó un shock y el posterior desmayo. Me recomendó trabajar con mascarilla para la próxima vez. Yo no le dije que llevaba una en el momento en el que desenterré a mi amigo.

Ya en el coche, el profesor nos llevó directas a nuestro alojamiento.

—Tómate unos días de descanso, O'Brien. Haz caso al doctor —dijo cuando nos bajamos del auto.

—Pero no podemos perder más tiempo. Hay mucho trabajo que hacer, profesor, y los piratas son mi especialidad —protesté, por no decir que esos eran mis amigos.

—Tenemos gente de sobra para seguir con la labor de desentierro, muchacha. Podremos sobrevivir sin ti. Has sufrido una caída aparatosa y debes descansar, no juguemos con la salud —insistió él.

Hice un mohín a modo de queja.

—Yo me encargo de que descanse, profesor. No se preocupe —intervino Nat.

Se despidió de nosotras, tras asegurarse de que estaba bien acomodada en el sofá de nuestro apartamento, y volvió al museo.

—Deja de comportarte como una niña pequeña, Liv. Te has dado un buen golpe y es mejor prevenir que lamentar. No te va a pasar nada por tomarte unos días de descanso —me regañó mi amiga, aunque en un tono cariñoso.

Yo estaba recostada contra el respaldo del sofá, con los brazos cruzados al pecho y semblante serio.

—No lo entiendes, Nat —dije sin más.

—Bien, explícamelo, porque no sé qué narices te pasa para poner en peligro tu salud. No

es tan grave que te mande reposo, cuando acabas de sufrir un tremendo golpe en…

—Era mi amigo. Esa tumba contiene los restos de la gente que acabó convirtiéndose en mi familia —la interrumpí, con lágrimas en los ojos.

Ella se quedó de pie ante mí, observándome, hasta que se sentó a mi lado y me atrajo con un brazo para abrazarme. Apoyé la cabeza sobre su hombro, tratando de controlar el torrente de lágrimas que brotaban de mis ojos.

—¿Dices que ese era Samuel Bellamy, el Negro? —Asentí, sin decir ni una palabra porque no podía—. ¿Estás segura, Liv?

—Conozco su ropa a la perfección. Esa casaca era la suya, la que siempre llevaba. Ese esqueleto es el de… el de mi capitán —contesté con hilo de voz.

—Ay, amiga… —Natalia me estrechó contra ella y yo me rompí en mil pedazos. Las compuertas del dolor se volvieron a abrir por completo…, o tal vez nunca se habían cerrado del todo—. Liv, ya sabías que ellos estaban… que ya no… Cariño, ellos llevan muertos desde hace mucho tiempo —dijo, sin dejar de acariciar mi cabellera rojiza.

—Ya lo sé, Nat. Es solo que me cuesta aceptarlo, aun siento que estoy allí, con ellos. A veces, creo ver la silueta de La Sultana en el horizonte y mi corazón se acelera. Hay momentos en los que aun escucho sus voces, sus risas.

—Liv…, amiga, tienes que superarlo. Estás trabajando para volver con tu hombre…

—¿A dónde, Nat? —pregunté al incorporarme como un resorte, siendo consciente de la cruda realidad que me rodeaba—. ¿Cómo lograré volver allí y qué me voy a encontrar? ¿Y si… y si Hiram…? —No puede continuar con lo que quería decir porque él mismo me confesó que, si yo desaparecía de su vida, volvería a la piratería para dejar que el mar decidiera su destino. Y de pronto, tuve un mal presentimiento. Me llevé las manos a la cara y rompí en un llanto desolador—. Nat, ¿y si su cuerpo está en esa tumba? Yo no… no podré soportarlo, no quiero vivir sin él —confesé de una forma tan desgarradora que sentí que el alma se me quebraba, porque la posibilidad de que eso sucediera estaba ahí.

Mi amiga me sujetó de los hombros y me colocó frente a ella, separó mis manos y me secó las lágrimas de la cara con una delicadeza tremenda.

—No pienses eso, Liv. Hiram está vivo y te estará esperando en su tiempo. Volverás con él. De eso me voy a encargar yo porque no soporto verte tan destruida. No sé si lograré algún día comprender lo que has vivido, tal vez no, pero sí creo en tu corazón y ese no miente. Lo que te ha pasado, la conexión que se formó entre tú y ese pirata va más allá de cualquier regla física, y eso, amiga, no todo el mundo lo consigue. Un amor así no puede terminar, me niego a aceptarlo —dijo.

Mis ojos se fijaron en su mirada ambarina y vi cómo su boca se curvaba en una sonrisa tranquilizadora. Nat era mi mejor amiga por momentos como aquellos, porque era capaz de

remover cielo y tierra por ayudarme. Solo una amiga del alma es capaz de darte la fuerza que necesitas para librar tus batallas.

Nos fundimos en un abrazo y lloré como una niña desconsolada. Lloré y supliqué al cielo, al universo, que me permitiera volver junto a él. Y rogué porque Hiram no estuviera en esa tumba.



Capítulo 23

Ver marchar a Natalia cada mañana al trabajo, mientras yo permanecía en reposo en el apartamento, me provocaba ardores en el estómago…, y no por la medicación, sino por la rabia de tener que pasarme el tiempo lejos del museo. Ni siquiera me permitían visitarlo de nuevo, no fuera a ser que me volviese a dar un síncope o algo.

Para no volverme loca, decidí abrir mi portátil y seguir con la investigación sobre los viajes en el tiempo. Era bastante frustrante porque la mayoría de la información que encontraba eran meras teorías fantásticas o simples referencias a películas y libros de ciencia ficción que hablaban sobre el tema.

Revisé las anotaciones que había tomado en Gijón sobre esa misteriosa pasajera que aparecía en la bitácora de aquel mercader andaluz. No era en la época de los piratas, pero me servía como punto de partida para seguir las miguitas que me llevarían a saber cómo retornar al tiempo elegido.

—¿No crees que, si existiera eso, ya habrían dado con la forma de viajar en el tiempo, Olivia? —me reprendí a mí misma en voz alta.

Resoplé y proseguí con la investigación. Tal vez, en algún momento lograse dar con algún enlace que me llevase directa a alguien que supiera más sobre este tema. O, al menos, que creyese en ello y tuviese más campo trabajado que yo.

A media tarde desistí porque mis ojos se sentían pesados y ya no era capaz de discernir con criterio nada de lo que encontraba en la red. Tras cinco días de reposo, por así decirlo, no logré avanzar nada en mi investigación.

—¡Hola, amiga! —saludó Natalia nada más abrir la puerta, su alegría desbordante iluminando la estancia.

—Hola, ¿qué tal en el museo? —me apresuré a preguntar.

La escuché dejar las llaves sobre un plato de metal que teníamos en la repisa de la entrada. Instantes después, la hipnótica figura de mi amiga apareció en el pequeño salón-comedor.

—Sabes lo que significa reposo, ¿verdad? —soltó tras dejarse caer a mi lado en el sofá. Se

quitó el calzado y lo dejó tirado a un lado, gimiendo de placer en cuanto sus dedos comenzaron a moverse con gracilidad.

—Y tú no creerás en serio que me he pasado estos cinco días encamada, ¿verdad? —respondí con sorna.

—No, por supuesto que no. Olivia O'Brien no sabe cuándo desconectar. —Al escuchar mi nombre completo sentí una punzada en el corazón—. ¿Qué ocurre? —quiso saber al ver mi semblante entristecido.

—Nada, eso solo que… —Tomé aire para hablar y lo largué con un suspiro—. Me resulta extraño que me llames así.

—Así, ¿cómo?

—Olivia O'Brien.

—Pero, es tu nombre…

—Lo sé, lo sé. Es solo que…, en mi corazón soy Olivia Burke y…, me cuesta aceptar no serlo aquí —confesé y cerré los ojos para controlar mis emociones.

—Bueno, podrías cambiártelo, pero a ver cómo se lo explicas a tu padre —dijo ella. La miré asombrada por el razonamiento y me sacó la lengua para luego reírse.

Le di con un cojín en la cabeza y la llamé boba. Acabamos riéndonos a carcajadas y con una guerra de cojines entre manos.

—Voy a hacerme un café, ¿te apetece uno? —propuso al mismo tiempo que se incorporaba.

—Sí, un cafecito con leche me vendría genial —respondí.

—Marchando dos con leche bien batida —dijo en un tono jocoso y con picardía que me hizo reír de nuevo.

Natalia se había puesto manos a la obra con los cafés cuando llamaron a la puerta. Hice amago de levantarme para ver quién era, pero mi amiga se adelantó. Bufé, molesta por tratarme como una inválida que ni para abrir la puerta servía.

—Hola, chicas —escuché la voz de Mary Anne en la distancia.

—Hola, Anne. Pasa, por favor —la invitó Nat.

Escuché la puerta cerrarse y al poco aparecieron en el salón. Me levanté para saludar a mi compañera de equipo.

—Te veo mejor, Liv —dijo ella tras fundirnos en un abrazo sincero.

—Bueno, con tanto reposo… Lo cierto es que yo me encuentro perfecta para volver al trabajo, pero…

—Te han dicho que una semana de reposo, cansina —replicó mi amiga. Le saqué la lengua y ella me respondió de la misma forma—. Estaba a punto de preparar unos cafés, Anne. ¿Quieres uno? —le preguntó a la irlandesa.

—No, gracias. Venía a proponeros acompañarme a…

—¡Sí! —exclamé con demasiada efusividad. Natalia me lanzó una mirada asesina.

—Chica, sí que necesitas salir de aquí —bromeó Mary Anne.

—No te haces una idea —bufé. Soltó una risa a la vez que mi amiga resopló molesta por mis quejas constantes.

—Quería visitar una librería que hay en la playa Parker River y me preguntaba si os gustaría acompañarme a echar un vistazo. No estaremos mucho, para que no te agotes en exceso, si eso te preocupa —explicó ella.

—A mí sí me preocupa… —abrí la boca para protestar por su excesivo celo a la hora de cuidarme, pero Natalia continuó hablando —. Supongo que un paseo por la playa no te hará ningún mal. —Di un gritito y me puse a aplaudir como si fuera una niña pequeña. Natalia puso los ojos en blanco—. Espero no arrepentirme de esto —suspiró.

Una hora más tarde, entrábamos en la enorme explanada destinada como aparcamiento a los pies de la playa. Fuimos en el coche que Natalia había alquilado al poco de llegar a Yarmouth unos meses atrás. Mi amiga quiso asegurarse de regresar cuando ella lo dijera. Se había convertido en una enfermera tediosa.

Al otro lado del gran aparcamiento, tras cruzar una zona de tierra destinada como parque infantil, se encontraba el enorme arenal de la playa Parker River. Nat y Anne se maravillaron de la visión tan imponente del océano ante nuestras narices. Yo, en cambio, lo admiraba todo con nostalgia.

—Eh —me llamó mi amiga. La miré—, ¿estás bien? —quiso saber al acercarse a mí. Asentí, no me salían las palabras en ese instante. Nat entrelazó una mano con la mía y me dio un ligero apretón—. Estará bien, Liv. No pienses en nada malo. Hiram está vivo —aseguró con total convicción…, y mi corazón sonrió. Me aferré a esa afirmación porque, de lo contrario, me hundiría al igual que lo hizo Bellamy en estas costas.

Recorrimos todo el paseo hasta llegar a una zona repleta de casitas de madera, de una sola planta, que hacían de restaurantes, tiendas de souvenirs, de ropa y rodeadas de mesas para que los visitantes pudiesen disfrutar de sus bebidas y comidas con vistas al mar.

No fuimos directas a la librería, sino que nos perdimos entre tantos regalos y cosas bonitas que nos incitaban a gastar nuestro dinero.

Después de pasarnos media vida en una pequeña tienda de objetos marineros y recuerdos de temática pirata, entramos en la última de las casitas del paseo. En el cartel de madera ennegrecida rezaba el nombre de «Librería pirata» y lo adornaban con el símbolo de la calavera y los dos sables.

Al entrar, el olor a libros me invadió las fosas nasales. Cerré los ojos y aspiré el aroma, que

me hizo viajar con la mente a esos momentos en los que me perdía con mi padre entre documentos antiguos y libros desgastados por el paso del tiempo.

—Huele a historia —pronuncié.

No tardamos en perdernos entre las estanterías repletas de antigüedades literarias que llegaban hasta el techo. En el pequeño mostrador del fondo había un hombre que parecía tener más edad que todos los libros juntos de esa tienda. Nos miró, sonrió y nos invitó a disfrutar de su rincón de sabiduría.

Anne se fue hacia los libros más novedosos, por así decirlo, en busca de alguna novela que le entretuviese las noches en su apartamento. Ya que Bruno, nuestro compañero de grupo en el proyecto, parecía no sentir ni el más mínimo deseo por ella, al menos se entretendría con las historias de otras protagonistas.

En algún momento, perdí a mi amiga de vista. Cuando se detuvo en una pila de libros sobre misterio. Ella era así, risueña, sensual y con una atracción hacia el género masculino impresionante, pero en su interior vivía una amante de las novelas de terror, misterio y thrillers policíacos.

Observando todo a mi alrededor, y paseando la mano sobre los lomos de los libros colocados en las estanterías, llegué a un pasillo iluminado apenas por una bombilla que tintineaba con insistencia. Posiblemente, cuando menos se lo esperase nadie, se fundiría y habría que cambiarla.

Caminé por el estrecho pasillo, con libros a un lado y a otro. Por alguna extraña razón, mis pies se movían solos y ellos decidían hacia dónde llevarme. De pronto, mis dedos se pararon en el canto de un libro rugoso con rebordes dorados. En el lomo había un nombre escrito que me dejó pasmada: «Familia Hallet».

Parpadeé varias veces, sin creerme lo que estaba leyendo. Cogí el tomo con cuidado y lo abrí. Al parecer, estaba en la sección que hablaba de las familias históricas y más icónicas de la zona. Mi corazón dio un vuelco porque se trataba de la familia de Mary Hallet, la mujer por la que Bellamy se había lanzado a la piratería. El amor de su vida.

—No puede ser… —murmuré al pasar las páginas.

Me afané a leer las páginas en busca de la mujer de mi capitán, pero Nat apareció sin avisar y me asustó.

—Liv, ven —me instó, su mano aferrada a mi muñeca. Dejé el libro sobre una torre que había a nuestros pies y caminé tras mi amiga. Tampoco es que tuviera otra opción, ya que tiraba de mí como una loca.

—¿Es que se quema la tienda o algo? —protesté.

—Calla y deja de refunfuñar. Me lo agradecerás —dijo.

Me llevó hasta una mesa de madera alargada, repleta de libros colocados a la perfección.

Había de todo, pero Natalia se fue directa hacia un extremo y cogió un libro que se veía de nueva impresión. De tapa dura y cubierta azulada, no muy grueso, pero sí se le veía pesado.

—Mira —me instó Nat al entregármelo.

Alcé una ceja, intrigada por tanto misterio, y lo cogí. Lo primero que me impactó fue el título del libro: «Objetos encantados que te transportan a otros mundos. Viajes en el tiempo y sus teorías». Pero me quedé en shock cuando le di la vuelta para ver quién lo había escrito.

—Alice —pronuncié atónita.



Capítulo 24

Degustábamos una cena típica de una ciudad costera, con platos compuestos por diferentes pescados y vegetales, cuando el atardecer nos deslumbró con una mágica paleta de colores ardientes en el horizonte. Habíamos elegido una de las mesas de uno de los restaurantes pequeños de la esplanada, con unas vistas impresionantes a la bahía.

Natalia y Mary Anne no dejaban de parlotear sobre lo preciosos que eran los atardeceres en esa zona del planeta y sobre otros temas que a los que yo no presté mucha atención. Mi mente seguía anclada al libro de esa librería y el cual, sin dudarlo lo más mínimo, compré y tenía a mi lado.

Aún seguía en shock por ver el rostro de Alice como autora de ese ensayo sobre objetos con cierto poder para viajar en el tiempo, aunque el nombre que figuraba en el libro era el de Claire Ashbourne.

Con cada bocado, y mientras ellas proseguían con su conversación, mis ojos se iban directos al libro que asomaba por encima de la bolsa. Me estaba llamando. No veía la hora de sumergirme entre sus páginas y ver si encontraba algo que me llevase directa a Hiram.

Y, por supuesto, tenía una necesidad inmensa de averiguar más sobre esa escritora porque no era solo que tuviese un cierto parecido con mi suegra. Es que era ella, su misma expresión, mismas facciones y misma mirada. Alice había vuelto de entre los muertos y estaba viva en mi tiempo.

—Ya se han enviado los primeros restos biológicos a Inglaterra para ser analizados, junto con la casaca roja. —Al escuchar esas últimas palabras en boca de Anne, mi atención se centró en ellas y en su conversación.

—¿Casaca roja? —pregunté, sin más. Natalia y Anne se miraron y luego desviaron los ojos hacia mí. El semblante de mi amiga cambió del todo, se volvió más tenso—. ¿Habéis desenterrado a alguien más?

—No, lo cierto es que nos hemos centrado en el cuerpo que tú… bueno, los restos que tú habías descubierto. Al parecer, es el único esqueleto entero y mejor conservado de todos. Aunque hayamos enviado el ADN para analizar, todo apunta a que se trata de…

—Samuel Bellamy, el Negro —terminé yo por Anne. Sentí una punzada enorme en el pecho al pensar que ese cuerpo que llevaba ahí tanto tiempo era el suyo. Mi mirada se volvió a perder en el fondo de mi plato, concentrada en el recuerdo de los últimos momentos vividos con mi capitán.

—Y eso no es todo. Las pistolas que llevaba al cinturón, tal y como se le describe en los textos, están en perfecto estado para el tiempo que llevan enterradas. Hasta se han encontrado restos de papel de uno de los bolsillos de la casaca —comentó y mi corazón se detuvo. Levanté la cabeza de golpe y Nat se tensó en su asiento.

—¿Qué habéis encontrado qué? —quise saber, quizás con demasiada efusividad.

—Esto…, creía que estabas al tanto de la investigación, a pesar de tu convalecencia —titubeó Anne, paseando la mirada de mi amiga a mí.

—No. El médico le recetó reposo absoluto y la hemos mantenido lejos del trabajo para no alterarla —intervino Nat.

—Y una mierda —le espeté a mi amiga. Me concentré de nuevo en Anne—. ¿Qué tipo de nota habéis encontrado? ¿Tenía algo escrito? —la insté a continuar.

—Bu-bueno…, la verdad es que no pudimos sacar nada, salvo restos de celulosa y algún que otro trozo no más de un centímetro de grande. Es imposible saber lo que habría ahí escrito, pero suponemos que puedan haber sido algunas coordenadas o mensajes que se enviaban entre barcos. Tal vez su compañero, el que tripulaba el Mary Anne, le entregó…

—No, Paul y Bellamy no se comunicaban así —maticé en voz alta, sin darme cuenta.

Anne me miró extrañada por mi comentario, pero, cuando quise hablar, Nat intervino por mí.

—Liv es una experta en esa parte de la historia, tiene unos antepasados en su árbol genealógico que vivieron en el Caribe, en la Edad de oro de la piratería —explicó, y no mintió…, del todo. Di gracias por esa agilidad mental de mi amiga.

—Wow, eso es increíble. A eso le llamo yo estar bien conectada con la historia, amiga —exclamó la irlandesa. Simplemente, sonreí y pronto cambiamos de tema, aunque la noticia de lo hallado entre los restos de Bellamy se quedó anclada en mi mente.

Tras despedirnos de Anne, y dejarla en la puerta de su apartamento, Nat y yo subimos las escaleras exteriores del complejo hotelero que daban al ala donde estaba ubicado nuestro apartamento.

Entré la primera y me fui directa a por el portátil, que lo había dejado sobre el escritorio que había junto a la ventana. Saqué el libro y lo dejé sobre la mesa. Admiré la portada de nuevo, con esos colores vívidos en tonos azulados y con una serie de glifos estampados en

tonos plateados. Paseé los dedos por encima y noté el relieve de las letras del título.

—¿Estás bien, Liv? —preguntó Natalia a mi espalda.

Me di la vuelta y sonreí.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, pues… por la conversación en la cena. Ya sabes, sobre Bellamy y lo descubierto hasta el momento —explicó.

—Yo sé lo que ponía en esa nota —la confesión dejó a mi amiga pasmada—. Yo le metí ese papel en el bolsillo poco antes de… de mi regreso —dije.

—¿Perdona? —Natalia estaba cada vez más asombrada—. Liv, ¿estás segura de lo que dices?

—Sí, todo cuadra. Creo…creo que yo provoqué su muerte y la del resto de los chicos. —Tras decirlo en alto, las lágrimas brotaron en un descontrolado mar salado que empapó mi rostro. Natalia se levantó y se acercó corriendo a mí para envolverme en un apretado abrazo.

—Ay, Liv. No digas eso… Tú no podías saber…

—No lo entiendes, Nat —dije, separándome de ella para tomar aire—. En esa nota le hablaba sobre su hijo, el que tuvo con el amor de su vida, Mary Hallet. ¿Por qué si no habría navegado hasta estas costas? Bellamy vino en su busca y… y se ahogó… Fue mi culpa, yo lo atraje hasta aquí, Nat. ¡Ay, Dios mío! ¡Yo provoqué la muerte de los chicos! —La verdad se hacía cada vez más pesada, me sentía la responsable de las muertes de Brom, Alastair… Samuel.

Me dejé caer en el sofá, cubrí mi cara con ambas manos y lloré hasta desgarrarme por dentro. Natalia se sentó junto a mí y me acunó, sin decir nada, solo me dejó soltar todo el dolor. Yo había matado a mis amigos, mi familia. Hiram me lo había advertido, pero no le hice caso y… sentencié sus vidas demasiado pronto.

Lloré…, otra vez. Ya había perdido la cuenta de las veces que me rompía en llantos. Me pregunté cuánto sufrimiento podría soportar un corazón… ¿Y un alma rota?

Esa noche, Natalia decidió dormir conmigo para calmar mi aflicción. No hablamos más, tan solo estuvo ahí para mí, sin soltarme. A mitad de la noche, durante unas fuertes pesadillas, la sentí abrazarme con fuerza y, de una forma u otra, eso me ayudó a recobrar el sueño.

A la mañana siguiente, tras convencer a Nat de que me encontraba bien y que podía irse a trabajar tranquila, decidí que comenzaría con la lectura del libro que había comprado. No quería esperar más para encontrar respuestas a mis preguntas, necesitaba regresar cuanto antes junto a Hiram.

Mientras me preparaba un café bien caliente, sopesé en todo lo que me podría llegar a encontrar, si lograba regresar, y si el tiempo transcurría de la misma forma lineal tanto aquí

como en esa época porque, de ser así, Hiram y Liam se habrían quedado completamente solos y eso…, eso me partía el alma.

Ya del todo acomodada en el sofá, con la manta cubriendo mis piernas y la taza de café humeante reposando en la pequeña mesa de centro, abrí el libro y comencé a leer. Las primeras páginas eran una explicación breve de la autora del porqué de ese libro. Pasé, entonces, al prólogo que llevaba como título «*Cartas desde otro tiempo*».

Cuando mi hermana mayor desapareció, sin dejar rastro alguno, la tristeza envolvió mi casa. Mi madre jamás volvió a ser la misma y mi padre…, bueno, el coronel tiró de todos los contactos que tenía y levantó el país entero para encontrar a su hija, su heredera. Pero no hubo rastro alguno de mi querida Alice.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, pero seguí leyendo.

El tiempo pasó de forma lenta y agónica en mi casa, donde pasé a vivir casi en una cárcel porque mis padres se obsesionaron con controlar mis movimientos hasta el punto de ser insoportable. Aunque comprendía su obsesión, motivada por el trauma de la pérdida y el miedo a perder a la única hija que les quedaba, no dejaba de ser una adolescente ávida de conocimientos.

A espaldas de mis padres, continué con la búsqueda de mi hermana o, al menos, con la respuesta del porqué de su desaparición. Me negaba a perder la esperanza de encontrarla, pero entendía que ellos hubiesen llegado al punto de aceptar que jamás iban a recuperar a su hija. El dolor era demasiado grande y necesitaban pasar página.

Con dieciséis años, y tras intensos debates con mis progenitores, logré que me permitieran acceder a la universidad para realizar los mismos estudios que mi hermana. Quería ser enfermera, como ella. Allí fue donde conocí al que se convertiría en mi esposo, Rowan Ashbourne.

Empezaba a sentir mareos y una ansiedad enorme, mi pulso se aceleraba con cada palabra que leía.

Rowan era un estudioso de la academia de temas paranormales, la escuela fundada por sir Arthur Conan Doyle. Un escocés muy inteligente, obsesionado con dar explicación a un sinfín de casos extraños sobre contactos con el más allá.

Nos conocimos en una charla sobre la verdad que se esconde tras muchos cuentos del folklore y la mitología. Entre ellos, se trataron temas como los viajes en el tiempo, algo que, en la edad antigua, los denominaban personas que viajaban al mundo de las hadas y que a veces retornaban a su tiempo.

Pronto conectamos y comenzamos a vernos con más asiduidad. Él me habló sobre sus inquietudes sobre las desapariciones de forma repentina en millones de personas por el mundo y yo le hablé sobre el caso de mi hermana. Así comenzó nuestra empresa, pero no fue hasta un suceso que me dejó en shock cuando decidimos embarcarnos de lleno en esa aventura tan surrealista.

Poco antes de nuestra boda, llegó a casa de mis padres un paquete un tanto extraño. Parecía como venido de otro mundo, otra era diferente a la mía. Iba envuelto en un papel envejecido que dejaba claro que habían pasado varias décadas por él. Pero la sorpresa vino cuando, al abrirlo, me encontré con una serie de cartas anudadas y cuyo remitente no era otra que mi hermana, Alice.

Se me derramó el café que estaba bebiendo en ese instante. Por suerte, no cayó nada en el libro. Pero me puse toda perdida, así que me levanté para cambiarme la camiseta y dejarla en remojo antes de que el color marrón se aferrase demasiado a las fibras de la tela. No me apetecía frotar ni tener que comprar una camiseta nueva.

Dejé el marcador puesto en la página en la que estaba y me fui directa al baño. Luego, entré en la habitación y cogí la primera camiseta de manga larga que encontré. Me la puse, recoloqué bien el moño alto que me había hecho cuando me levanté de la cama y volví corriendo al sofá.

Todo aquello me parecía imposible porque era su letra y bien podía escuchar su voz contándome aquellas historias, pero la fecha en la que estaban datadas esas cartas era algo del todo imposible.

Alice me hablaba de un hombre del que se había enamorado, un tal Benjamin Burke, y que era un contrabandista que mercadeaba con piratas. Me contaba sobre su vida en Jamaica y su posterior traslado a la pequeña isla de Nassau, donde ambos formaron su hogar junto con sus dos hijos gemelos, Hiram y Liam.

Para mí, todo eso supuso un antes y un después, aunque tan solo compartí esas cartas con mi marido porque dudaba de que nadie más me creyera. No sabía por qué, pero sentía que eran verdaderas, que era la voz de mi hermana la que me hablaba. Fue lo que me empujó a fundar la Sociedad de los viajeros del tiempo, junto con Rowan, y ambos nos metimos de lleno en la investigación de estos hechos.

Mi querida hermana, Alice, nos puso en el camino de la investigación y, desde entonces, hemos encontrado un sinfín de casos sobre gente que desaparece un tiempo y, cuando retornan de nuevo a su hogar, cuentan historias fantásticas vividas en un mundo del todo diferente al suyo.

—Dios santo, las cartas… —balbuceé atónita por lo que acababa de descubrir.

Yo había enviado esas cartas cuando Alice murió. No tenía ninguna esperanza de que llegasen a su destino, pero, tras leer esas palabras sacadas de las memorias de Constance Ashbourne, comprendí que había logrado mi propósito de contactar con su familia en el futuro.

Mi visión se nubló, se volvió algo borrosa por las lágrimas que asomaron en mis ojos. La emoción por saber que mi teoría había funcionado me invadió por completo. Comprendí, entonces, que todo estaba conectado de alguna forma y que nada es imposible. Supe, a ciencia cierta, que estaba en el camino que me llevaría directa a él.

Y la esperanza volvió a crecer en mi interior.



Capítulo 25

Devoré el libro en esa mañana, anotando las cosas más interesantes y que me podrían ayudar con mi regreso.

Me asombró saber que la autora, Claire Ashbourne, era descendiente de Constance, por lo que, en parte, era también pariente de Alice. De ahí el asombroso parecido con ella, el mismo cabello dorado y esos ojos azules que me eran tan familiares. Al parecer, la familia Ashbourne llevaba décadas investigando sobre casos paranormales y sucesos lejos de una explicación fehaciente.

Trataba el tema de los agujeros de gusano desde un punto de vista de la Física, pero profundizaba mucho en las experiencias y testimonios de gente que aseguraba haber viajado en el tiempo mediante portales salidos de la nada. Al principio, me sonó un poco a ficción, pero yo misma me transporté a otro tiempo sin explicación alguna. La diferencia fue el medio, una brújula y no una piedra o un portal tridimensional.

Claire era periodista de oficio, pero al heredar la Sociedad fundada por sus antepasados, decidió aplicar sus conocimientos en la búsqueda de información para potenciar más el trabajo que inició su antepasada.

Después de comerme una ensalada y un trozo de pastel de carne que teníamos en la nevera, me senté frente a mi ordenador en busca de más información sobre la Sociedad de los viajeros del tiempo y la familia Ashbourne.

Al parecer, era una de las familias más ricas de Inglaterra, de esas consideradas parte importante e indispensable de la alta sociedad londinense. Tenían contactos con la familia real y altos dignatarios ingleses, e incluso del resto de Europa.

Por lo visto, existían dos ramas en la empresa familiar. Una parte se dedicaba a la búsqueda arqueológica y de antigüedades que luego subastaban o vendían a clientes de lo más selectos. De eso, se encargaban los hombres de la familia.

En cambio, el trabajo de investigación paranormal y científico lo llevaban las mujeres de la familia. De ahí que Claire fuese la presidenta de la Sociedad de viajeros del tiempo. Al parecer,

desde que ella presidía ese cargo, la investigación sobre objetos místicos había dado grandes avances.

—Objetos místicos… —A mi mente acudió el recuerdo de mi brújula, la que encontré a orillas de la playa y la que me transportó al pasado.

Esa parte del estudio era la que más me interesaba y ahondé en los artículos publicados en el blog de la Sociedad. Tenían datos muy interesantes, donde explicaban los cambios magnéticos de algunos objetos que se consideraban llaves a otros mundos. «Supongo que tiene sentido», pensé.

Estuve horas leyendo los artículos publicados, relacionados con el tema que me concernía a mí hasta que entré en un apartado donde anunciaban eventos y charlas. Sentí curiosidad y cliqué en el enlace.

—No puede ser —exclamé a la vez que saltaba en mi asiento.

Al parecer, Claire Ashbourne daría una conferencia en el museo John Brown de Providence dentro de dos días para tratar sobre el tema de los objetos mágicos desde un punto de vista más científico. A menos de una hora de donde nos encontrábamos. El corazón comenzó a latir a gran velocidad y una emoción enorme se apoderó de mí.

—Holaaa —saludó Natalia al entrar en el apartamento. Estaba tan concentrada en la lectura, que ni escuché las llaves al abrir.

—¡Nat! Necesito que me dejes el coche pasado mañana —le dije sin más, sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Qué tal en el trabajo, Natalia? Oh, bien, amiga. Gracias por preocuparte por mí —soltó con sarcasmo.

—Perdona… —Cerré el ordenador y me giré hacia ella, mostrándole una enorme sonrisa —. ¿Qué tal el día, amiga? —pregunté.

—Ya sabes cómo ha ido el día, más de lo mismo —resopló las palabras a la vez que se sentaba a mi lado—. ¿Para qué quieres el coche? O sea, no es que no te lo quiera dejar, lo hemos alquilado las dos y es tanto tuyo como mío, pero…

—Quiero ir a una conferencia que da la autora del libro, en Providence.

—¿En serio? —abrió tanto los ojos cuando preguntó, que me dio la risa—. Amiga, eso es una señal. Encuentras un libro… Bueno, lo encontré yo, pero ahora resulta que la misma autora da una conferencia aquí, en Massachusetts. Hum, cada vez estás más cerca de regresar con tu hombretón —dijo.

—Eso pienso yo también —suspiré con emoción. Una idea se me pasó por la cabeza y miré a Nat, que gemía al mismo tiempo que se descalzaba y liberaba sus doloridos pies sobre la mullida alfombra—. ¿No te plantearías venir conmigo al pasado?

—¿Es que te has dado otro en la cabeza? —preguntó, mirándome como si me hubiese

dado un ictus.

—No. Tan solo es una idea que se me acaba de ocurrir.

—¿Quieres que deje todas las comodidades de esta época para viajar contigo al pasado, donde no existían ni los dentistas?

—Sí existían, Nat. Es solo que no tenían los avances que tenemos nosotros —repliqué.

—No sé, no me seduce mucho ese estilo de vida. ¿Qué tal son los hombres? Porque ya sabes que para mí es muy importante…

—Fíjate, que estoy segura de que Liam y tú haríais una pareja increíble —la interrumpí, y no mentía. Siempre lo había pensado, que eran almas gemelas porque se parecían demasiado en su forma de afrontar la vida.

—Ojalá tuvieses una foto para comprobar que en verdad están tan buenos como me los has descrito, pero…

—Están muy buenos los dos, te iba a gustar. Te lo garantizo. —volvió a mirarme de soslayo, estudiando mi rostro y con cierto recelo ante mi proposición.

—De todas formas, no sabes si dos personas podrían viajar a un mismo tiempo. Esto no es el transporte del metro, que digamos. Si fuese así de sencillo, más gente habría viajado al pasado o al futuro y se habría llevado a sus seres queridos —afirmó y eso me hizo pensar en que tal vez tenía razón en sus argumentos.

—Bueno, con suerte, lo averiguaré en dos días —comenté emocionada. Volver junto a Hiram era mi meta, pero si lograba llevarme a Nat conmigo, sería algo maravilloso.

Salí de Cabo Cod con una hora de antelación porque quería ir con calma. Seguir las indicaciones del GPS en inglés americano no era la mejor manera. A pesar de ser bilingüe, mi inglés era británico. El acepto de los Estados Unidos era más como el de los irlandeses y escoceses, no vocalizaban lo que se dice bien.

Como llegué con tiempo de sobra al museo, me permití el lujo de dar un paseo por sus galerías y admirar así la cultura y la historia que contaban con cada cuadro, libro u objeto allí expuestos. Siempre me encantó pasear por lugares así, museos y bibliotecas formaban mi reino.

En una de las alas del lado norte del edificio, me encontré con la exposición de la masacre de los indígenas norteamericanos. Me sorprendió sobremanera que fuesen capaces de reconocer que realmente, lo que se hizo en estas tierras, fue un auténtico genocidio y no en la parte gobernada por la corona española, como se llevaba contando desde hacía siglos.

Siempre se acusó al reino hispano de genocida por haber causado la muerte de cientos de indígenas, cuando, en realidad, fueron los únicos que se entremezclaron con ellos y formaron

una cultura que perduraba hasta nuestros días. Por no hablar de que los españoles fueron los que fundaron las universidades en la parte centro y sur de las américas, mientras que en el norte tan solo se preocupaban de exterminar a las tribus para quedarse con sus tierras. Todo muy civilizado.

La historia de la conquista del Oeste estaba relatada mediante una serie de pinturas de diversos artistas de la época que habían permanecido en el olvido, no vaya a ser que ensuciaran la imagen de los icónicos Estados Unidos de América. Como española que era, no pude evitar curvar mi boca en una amplia sonrisa. Me sentía poderosa en esos momentos.

Me paré en una pintura donde se mostraba la batalla de Little Bighorn, esa en la que el famoso general Custer y el séptimo de caballería habían caído bajo los cascos del gran ejército de nativos americanos, liderados por Caballo Loco. A mi memoria acudieron esas tardes en las que mi padre me sentaba a su lado en el sofá de casa para desgranar las películas históricas más icónicas de todos los tiempos. Esbocé otra sonrisa, pero esta vez más nostálgica.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y salí corriendo en dirección a la sala de convenciones, donde se iba a realizar la charla. Cuando llegué, ya había bastante gente agolpada en el vestíbulo, a la espera de que las puertas de madera rojiza se abriesen para dejarnos entrar. No tardaron mucho, pero, aun así, esperé a que todo el mundo entrase primero.

Me senté en la última fila, vacía por completo y eso me gustó. No quería tener al típico pesado de turno, o pesada, que no sabe estar en silencio y acaba alterando la paz del resto de la sala. Dejé mi mochila en el asiento de al lado y abrí el folleto que nos entregaron a cada invitado al entrar.

Una figura masculina apareció en el escenario. Dio un pequeño discurso, a modo de introducción de la charla, y pasó a presentar a la autora invitada en cuestión. Todos aplaudimos cuando Claire Ashbourne apartó la pesada cortina rojiza y avanzó hacia el presentador. Ambos se saludaron con mucha educación antes de que ella se acercase al atril y comenzase a hablar.

—Bueno, con presentaciones así, no hace falta tener aduladores —bromeó nada más empezar.

Mi corazón dio un brinco en el pecho. Era su voz, la voz de Alice. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar allí mismo porque, para mí, hacía siglos que no escuchaba esa voz tan maternal, tan cariñosa y firme.

La charla se alargó hora y media, dejándome con una sensación de entusiasmo increíble. Estaba decidida a saber más sobre ese tema porque sabía que era el camino que me llevaría directa a Hiram.

Como había llevado el libro conmigo, sin saber si tendría la posibilidad de conseguir que me lo firmase, me acerqué al grupo de gente que la rodeó en cuanto bajó del escenario. Pronto vi que sí estaba firmando varios ejemplares.

En un momento de la espera en la fila, un chico que estaba esperando a que le escribiese la dedicatoria hizo un comentario que provocó la risa de Claire. Otra vez tuve que hacer una gran contención de mis emociones porque lo que mi cuerpo me gritaba que hiciera era darle un enorme abrazo.

—Hola, ¿a nombre de quién lo dedico? —me preguntó cuando llegó mi turno y le entregué mi ejemplar.

—Olivia Burke —contesté. Ella levantó la vista del libro, con la punta del bolígrafo a escasos milímetros del papel, y me miró. Esos ojos me eran tan familiares, que no pude evitar soltar un suspiro.

—¿Has dicho Olivia Burke? —quiso saber.

—Sí, eso es. —Claire me estudió durante unos instantes que me parecieron eternos y comencé a sentir cierto nerviosismo.

—Interesante nombre —dijo sin más y rompió el contacto conmigo para garabatear la dedicatoria—. ¿Te interesa el tema de los viajes en el tiempo, Olivia? —preguntó mientras dibujaba su firma al final del texto. Me quedé muda…, o impactada, más bien.

—Eh… sí, bueno. Me interesan mucho los temas de objetos mágicos y su relación con las extrañas desapariciones de personas desde que el mundo es mundo. Estoy… estoy haciendo un trabajo de… una tesis doctoral sobre todas las similitudes que existen con estos temas en las diferentes culturas del planeta —le expliqué entre tartamudeos.

Cerró el libro, levantó la cabeza y me mostró una sonrisa que añoraba demasiado. Me devolvió el libro y dijo:

—Es un tema muy interesante. Suerte en tu doctorado y, si necesitas ayuda, puedes contactar con mi asociación. Solemos colaborar con los alumnos en sus trabajos.

—Gracias, lo haré —respondí, emocionada.

Me despedí y abandoné la sala con una enorme sonrisa curvando mi boca. Tanto, que me dolían las cervicales. Salí del museo abrazada al libro, emocionada y con los ojos vidriosos. Fue como haber estado con Alice otra vez, hasta la risa de Claire era igual a la de ella. Era increíble lo que la genética podía llegar a hacer.

Cuando me senté en el interior del coche, me tomé un momento para calmar todo el remolino de emociones que me envolvía en ese momento. Limpié las lágrimas que habían decidido asomar sin previo aviso y tomé el libro para ver la dedicatoria que me había escrito.

Para *Olivia* Burke*,*

Dese*o* qu*e* todo*s* tu*s* anhel*os* se cumpl*an,* qu*e* descubr*as* un mund*o* nuev*o*
en tu viaj*e* y toda*s* tu*s* duda*s* sea*n* contestad*as*. Espe*ro* volv*er* a vert*e*.

Clai*re* Ashbour*ne*

—¿**Espe**ro **volv**er **a vert**e? —**le**í **en alt**o **la**s **últim**as **palabr**as **escrit**as.

No entendía **es**a **expresi**ón, **no er**a **alg**o **típi**co **qu**e **lo**s **autor**es **de libr**os **soliese**n **inclu**ir **en su**s **dedicator**ias. **Aquel**lo, **cuan**to **meno**s, **er**a **extra**ño, **per**o **no quis**e **dar**le **much**a **má**s **importanc**ia. **Arranq**ué **el coch**e **y empren**dí **cami**no **de vuel**ta **al apartamen**to, **ante**s **de qu**e **Natal**ia **llama**se **al ejérci**to **par**a **buscar**me **o crea**se **un conflic**to **internacio**nal.



Capítulo 26

Me tocó vivir una de las experiencias más aterradoras y que más odiaba en mi vida: ir de compras.

Dos días después de mi encuentro con Claire Ashbourne, y de haber puesto al día a Natalia sobre la extraña conversación que mantuve con ella, nos informaron de que se haría una especie de recepción en el hotel del complejo donde estábamos alojadas, organizada por el museo y el benefactor del proyecto.

—Oh, venga ya… No tengo nada para acudir a un evento elegante —protesté cuando mi amiga me informó.

—Y por eso, mañana, que es nuestro día de descanso, nos iremos de compras con Anne. Dice que sabe de una tienda donde tienen unos vestidos de infarto y a muy buen precio. —Contesté con un gruñido—. Nos lo pasaremos bien, ami. ¿Cuánto hace que no nos vamos de compras?

—No el suficiente, al parecer —refunfuñé de nuevo. Lo odiaba, mucho. Esas horas perdidas detrás de trozos de tela que, lo más seguro, te pondrías una sola vez y lo dejarías olvidado en el fondo del armario.

—Ay, mi gruñona favorita —se burló ella al abalanzarse sobre mí en el sofá.

Y así estábamos en ese instante. Recorriendo los pasillos de la tienda a la que Anne nos arrastró a ambas, en el centro de Yarmouth. A veces me preguntaba cómo podía conocer tantos sitios interesantes, si nunca había estado allí y era de las que más horas trabajaban de todo el equipo. Ni siquiera yo, que me suelo organizar a la perfección, lograría tener tanta vida y socialización como Anne.

Lo divertido de la experiencia era verlas a las dos reaccionar de la misma forma ante alguna pieza que las impactaba. Se parecían más de lo que pensaban, salvo en el físico. Mientras Natalia era una belleza mozárabe exótica, con unas curvas de infarto, Mary Anne era puramente irlandesa

—¿Tienes pensado elegir tu vestido, Liv? Porque veo tu cesta muy vacía —comentó Nat

con un traje blanco de dos piezas en la mano.

—Tranquila, la tuya va lo suficientemente llena por las dos —respondí con sarcasmo. Me sacó la lengua y le respondí de la misma forma para acabar riéndonos las dos.

—¡Chicas, venid! —nos gritó Anne desde la lejanía de la infinita tienda. Daba saltitos entre varios percheros, agitando el brazo para indicarnos su posición y sin dejar de sonreír.

—Pero ¿esta chica tiene un radar para las gangas o algo? —preguntó mi amiga.

—Dijo la sartén al cazo —me burlé. Nat tenía un don para encontrar auténticas maravillas y a buen precio.

Cargando con las cestas de tela en el antebrazo de cada una, sorteamos los percheros abarrotados de prendas diversas y gente pasando de un lado para otro, en busca de algo asequible.

—He encontrado vuestros trajes ideales —nos dijo Anne, en cuanto llegamos a su altura. Nat y yo nos miramos la una a la otra, extrañadas—. Mirad qué bellezas, tías.

Del perchero que tenía al lado, sacó dos prendas. Estiró los brazos por encima de la cabeza y dejó caer la tela de los vestidos hasta el final. Nos quedamos boquiabiertas al ver la preciosidad de trajes.

En el brazo izquierdo, colgaba un vestido de tela ligera, escote en uve y de tirantes finos, de un color dorado con reflejos brillantes, precioso. De talle ajustado al cuerpo de quien lo luciese, corte sirena.

En el derecho, un vestido rojo burdeos con escote corazón, unas pequeñas mangas que quedaban caídas en los brazos y también de corte sirena. La diferencia era la gran abertura lateral para dejar a la vista la pierna casi al completo. Mi boca no se cerraba.

—Este es ideal para ti, Nat —dijo, haciéndole entrega a mi amiga del vestido dorado. Estaba claro que ese era el color que mejor resaltaría en su piel dorada—. Y este, Liv… —Me entregó el rojo y sonrió—, te va a sentar de infarto. A las pelirrojas nos sienta bien el rojo y tú tienes curvas, no eres recta como yo. Vas a estar preciosa —afirmó.

—Gracias, Anne… Wow —fue lo único que logré expresar.

—Chica, te voy a contratar como mi estilista personal. Eres magnífica eligiendo ropa —comentó Natalia, que no dejaba de admirar el vestido elegido para ella.

Nos fuimos corriendo —bueno, ellas corrieron más bien— a los probadores. En mi caso iba a ser rápido porque solo tenía una prenda en mi poder.

En ese espacio reducido, comencé a quitarme la ropa poco a poco, mientras escuchaba a mis amigas al otro lado de las gruesas cortinas emocionarse por las prendas que se estaban probando.

Una vez que me quedé solo con la ropa interior, me dispuse a vestirme y me asombré del tacto tan suave de la tela del vestido. Revisé el tejido y las costuras con las manos, nada que

envidiar a las grandes firmas de moda. Bajé la cremallera de la espalda y lo descolgué del perchero.

Con la vista fija en mi reflejo del espejo, me introduje en el hueco del vestido con cautela. Era tan perfecto, tan hermoso que temía romperlo. Subí despacio el vestido y pude sentir la calidez de la tela roznado mi piel. La pelea la tuve a la hora de cerrar la cremallera de nuevo, pero, después de muchas protestas, logré subirla por completo.

Volví a fijar la vista en la mujer que el reflejo me mostraba y me quedé pasmada. Adaptado a la perfección a todas mis curvas, como hecho a medida, más bien parecía Jessica Rabbit. Si me pintaba los labios de rojo pasión, podría ser su hermana gemela. Solté una risa nerviosa y paseé las manos por todo mi contorno.

—Wow —exclamó Nat a mi espalda. Estaba tan absorta admirando mi reflejo, que no fui consciente de que había asomado la cabeza por la cortina—. Tía, estás… Madre mía, Liv, me apetece enrollarme contigo —soltó, sin dejar de recorrer mi cuerpo con la vista.

—Qué bruta eres, Nat —reí.

—¿Puedo ver? —preguntó Anne al otro lado de la cortina.

Natalia ni me tuvo en cuenta, empujó la gruesa tela a un lado para dejarme a la vista de nuestra compañera, que se quedó atónita y con los ojos tan abiertos que se le podrían haber salido de las órbitas.

—Ostras, Liv —soltó.

—Supongo que este es el elegido —comenté al verlas tan asombradas.

—Es que, si no te lo llevas, directamente te mando de vuelta al hospital para que te revisen bien el cerebro —comentó mi amiga.

—Jo, jo —contesté.

—Chicas… joder, estáis preciosas —afirmó Anne.

Natalia llevaba puesto el vestido dorado, pero no me había fijado hasta ese momento.

—Joder, Nat. Ahora soy yo la que quiere rollo contigo —dije, admirando lo impresionante que estaba mi amiga. Le quedaba como si fuese una segunda piel. Se le ajustaba de tal forma a cada parte de su cuerpo.

—Luego me lo pongo para ti en el apartamento, tonta —bromeó, guiñándome un ojo de forma cómplice. Le lancé un beso y acabamos las tres riendo a carcajadas.

Ya en el apartamento, tras despedirnos de Anne, dejé mi vestido bien colgado y estirado en el armario mientras Nat hacía lo mismo con el suyo. Después, acabamos tiradas en el sofá, con nuestra clásica ropa de andar por casa y mirando en la ap*p* de comida a domicilio.

—¿Qué te parece sushi? —preguntó ella, mientras deslizaba el dedo por la pantalla de su teléfono.

—Mmm, me encanta la idea, pero pide dos raciones de edamame —contesté.

—¿Dos? Alguien está de antojo… —canturreó mientras añadía cosas al carrito online.

—No, tonta. Es que siempre dices que no vas a comer nada y acabas dejándome sin una triste vaina.

—Ya, ya. —Le di un codazo y soltó una carcajada—. Listo, pedido hecho.

—Bien, esperemos que no tarden mucho porque tengo un hambre de mamut —dije y un enorme bostezo me sobrevino de golpe—. Joder, me agota esto de ir de compras —bufé.

—¿Qué peinado vas a llevar? —la miré extrañada por la pregunta, dejando a medias mi estiramiento de brazos—. Ya sabes, tía…, con el vestido —especificó.

—Pues, no lo había pensado. Tal vez lo lleve suelto… —Emitió un gruñido de desaprobación—. ¿Qué? ¿No te gusta la idea?

—Esa hermosura de corte pide un moño bajo con algunos mechones sueltos y unos labios bien rojos.

—Muy bien, Cocó Chanel. Dejaré que tú te hagas cargo del estilismo para ese día —me burlé de ella.

Saltó sobre mí y comenzó a hacerme cosquillas de forma despiadada, por mucho que yo le rogase que se detuviera. Acabamos tumbadas boca arriba en el sofá, respirando de forma agitada por el esfuerzo y riendo como dos niñas adolescentes…, y agradecí esos momentos en los que simplemente éramos ella y yo.

Después de darnos una buena cena y de ver una película en mi portátil, nos fuimos cada una para su habitación.

Tumbada boca arriba sobre el colchón de mi cama, pensé en todo lo recorrido hasta entonces. Mi mente se fue hacia la charla dada por Claire Ashbourne y me dejó pensando en esa teoría de que los viajeros del tiempo dejábamos un rastro en la fluctuación de la materia a nuestro alrededor.

Ella contó que se podían medir y controlar ese tipo de variaciones en todo el planeta. De esa forma, se podría ir a estudiar sobre el terreno, aunque aún faltaban años para obtener más datos fehacientes. Pero yo no tenía años, debía encontrar la forma de volver ahora.

Mi mayor problema era el haber vuelto sin la brújula que me llevó al pasado. Ese era mi objeto mágico, la llave que abría la puerta directa a Hiram…, pero no la tenía, se quedó allí con él. Así que, ¿cómo demonios iba a viajar sin ese pasaje?

Di vueltas en la cama hasta bien entrada la noche, con esa y otras tantas preguntas dando vueltas por mi cabeza. Solo cuando el cansancio tomó el control de todo mi cuerpo, me quedé dormida.



Capítulo 27

La tormenta se cernía sobre mi cabeza, oscureciendo los cielos y el océano que me envolvía.

Olas gigantes agitaban mi cuerpo, que intentaba mantenerse a flote por todos los medios posibles, pero el peso de la ropa tiraba de mía hacia las profundidades de un mar que estaba decidido en devorarme.

Durante unos segundos agonizantes, mi cabeza acabó hundida bajo las aguas. Braceé con fuerza para volver a la superficie, notando los calambres en mis articulaciones por la hipotermia que comenzaba a apoderarse de ellas.

Un grito escapó de mi garganta cuando saqué la cabeza y di una bocana de aire enorme. Moví los brazos con destreza para mantener esa posición y viré mi cuerpo en círculos, buscando a mi acompañante.

A lo lejos, vi un cuerpo mecido por el oleaje endemoniado. La angustia se apoderó de mí y nadé en su dirección, antes de que la gigantesca ola que se empezaba a formar a lo lejos nos atrapase.

Con serias dificultades, llegué hasta el hombre que flotaba boca abajo, con los brazos extendidos y la melena dorada esparcida sobre el agua. Lo volteé con gran dificultad y con miedo de irnos los dos al fondo. Golpeé su cara, con la visión borrosa y sin saber si era por el agua del mar o por mis propias lágrimas.

—¡Liam! —vociferé su nombre al cielo ennegrecido, instantes antes de que la enorme ola cayese sobre nosotros.

Me desperté sobresaltada, con la mano en el pecho y tosiendo, con una sensación de quemazón en la garganta enorme. Miré a mi alrededor, desorientada y sin ver nada por la oscuridad que me envolvía.

Una angustia mordaz se apoderó de mí. ¿Qué demonios había sido eso?

La luz se encendió de golpe y la figura de Natalia apareció en el umbral de la puerta de mi habitación. Corrió a mi lado y sentó en el borde de la cama.

—Liv, ¿estás bien? Te he oído gritar y he venido corriendo —preguntó a la vez que me

estrechaba entre los brazos. Escuché su corazón tronar con fuerza en su pecho…, o tal vez era el mío.

—Ha… ha sido… Yo…, yo estaba… joder, me ahogué. Y Liam… él estaba conmigo. Los dos nos… —No lograba poner en orden mis pensamientos. Me llevé las manos a la cara y resoplé entre ellas.

—Esas pesadillas van a acabar contigo, Liv —murmuró ella, mientras me acariciaba la espalda para transmitirme calor porque mi cuerpo estaba frío, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba temblando.

—Eso es lo raro, Nat. Esto no era una pesadilla…, o no me lo pareció. No era como las otras. Fue un sueño muy vívido. Pude notar los calambres en mis piernas al nadar y la angustia cuando me hundí en el agua. —Tosí de forma involuntaria, como intentando sacar todo el líquido que no estaba en mis pulmones.

—Sshh, ya está, Liv. Estás aquí, ha sido un mal sueño o vivencia o como lo quieras llamar, pero no era real —dijo. Me cogió de los hombros para mirarme—. ¿Quieres que te prepare algo caliente para pasar el mal trago?

—Pues me vendría genial porque creo que tengo la garganta irritada. En serio, tengo la sensación de haberme tragado todo el maldito océano Atlántico.

—Marchando un chocolate caliente —exclamó y se levantó de un salto.

Mientras la escuchaba trastear en la cocina, yo me quedé sentada en la cama, con la mano en el pecho. Sentí el latir fuerte de mi corazón y traté de calmarlo con una serie de ejercicios de respiración que mi amiga me había enseñado en nuestros años de estudiantes. Una risa se me escapó al pensar en ello como si hiciera años de aquello, y tan solo habían pasado unos meses.

—¿Habrá sido producto de los nervios por la recepción de esta tarde? —Natalia apareció de nuevo, portando dos tazas humeantes. Las dejó sobre la mesita, se sentó frente a mí y me apartó el pelo de la cara.

—No veo qué relación pueden tener ambas cosas —contesté.

—Bueno…, tu mente hace siempre cosas muy raras, Liv. Ya lo sabes —bromeó.

—Vaya, gracias.

—De nada, para eso están las amigas. —Le di un golpecito suave en el brazo y ella rio—Ahora en serio, ¿no estás algo nerviosa por conocer a ese benefactor tan misterioso? Yo estoy ansiosa, si te soy sincera —comentó.

—Ya, claro. Ansiosa por conocerlo y ver si tenéis buena conexión sexual, ¿verdad? —La conocía muy bien y por la sonrisa pícara que me mostró, supe que no iba desencaminada con mis palabras.

—Quizás me acabe ligando a un rico de estos altruistas que se gasta su dinero en busca de

tesoros famoso. ¡Quién sabe! Un cazador de tesoros en busca del famoso Barbanegra… Por cierto, dices que lo llegaste a conocer, ¿verdad?

—Sí. Teach es… era un tipo un tanto peculiar, si te soy sincera. Los textos no mienten cuando hablan sobre su aspecto y actitud extravagante, y por alguna razón sentía la necesidad siempre de lanzarme al aire cuando me veía —le expliqué. Mi boca se curvó en una sonrisa al recordar al pirata más temido de todos los tiempos…, o, al menos, lo que contaban las historias.

—Tía, te juro que te envidio. No en plan mal, ya me entiendes, pero has vivido una parte de la historia y conocido a personajes importantes que marcaron un antes y un después en la sociedad —dijo y pude notar la admiración en sus palabras.

—Sí, bueno… Supongo que a muchos historiadores les gustaría vivir esa experiencia. —La mirada se me quedó fija en un punto imaginario de la habitación y mi mente viajó hasta esas playas cristalinas del Caribe. Cerré los ojos para contener las lágrimas.

—Eh… —Natalia me dio un ligero apretón en las manos para traerme de vuelta y, por su expresión, supe que tenía los ojos acuosos y a puntito de abrirse las compuertas otra vez—. Estás cerca, Liv, lo presiento. Pronto volverás a verlo —afirmó. Tan solo pude asentir porque si hablaba…, si hablaba solo saldrían llantos y balbuceos sin sentido.

Nos fundimos en un tierno abrazo y eso me calmó.

Una hora antes del evento, Natalia terminaba de realizarme el recogido. Un perfecto moño bajo, con varios mechones ondulados enmarcando mi rostro.

—Lista —pronunció tras colocar la última horquilla en mi pelo. Dio un paso hacia atrás y fijó la mirada en el espejo que teníamos enfrente de nosotras—. Amiga, estás preciosa.

Sonreí al percibir la sinceridad en sus palabras y la calidez de sus manos en mis hombros desnudos. Me giré en el taburete y me levanté para darle un abrazo sincero.

—Gracias, Nat. Tú sí que estás despampanante. Pareces una sirena dorada con ese vestido y…, diría que enmarca bien tus pechos —afirmé, recorriendo su busto prominente con la vista.

Natalia se pasó las manos por ambos pechos, los estrujó y me guiñó un ojo con picardía.

—Espero ligarme, aunque sea, a uno de los camareros porque tengo la inmensa necesidad de echar un buen polvo. Llevamos aquí metidas demasiados meses y apenas he tenido roce con uno o dos.

—Estoy convencida de que con ese vestido tendrás a más de uno dispuesto a darte una alegría, amiga.

—Mmm, un trío me encantaría, la verdad. Tener dos pollas para mí sol…

—¡Nat! —exclamé y le di un golpecito en el hombro.

La muy perra se rio a carcajadas al ver cómo mis mejillas se teñían del mismo color que mis labios y vestido. No era una remilgada con el tema del sexo, pero es que ella era demasiado liberal y siempre lograba sacarme los colores.

En ese instante, llamaron a la puerta y Natalia fue a ver quién era nuestro invitado inesperado.

—Wow, irlandesa. Estás increíble —escuché decir a mi amiga. Supe que era Mary Anne quien estaba al otro lado cuando Nat gritó: —. ¡Eh, Liv! ¡Tenemos a un duende en la puerta de casa! —Me reí por su ocurrencia.

Cogí los bolsos pequeños que nos compramos en un mercadillo, después de elegir los vestidos, y fui en su dirección para irnos las tres al hotel donde tendría lugar la celebración.

—Uala, Anne —comenté maravillada al verla con ese vestido verde oscuro y su hermosa cabellera rojiza sujeta en una cola baja lateral. El pelo le caía por el hombro derecho como una cascada de fuego.

—Gracias, chicas, pero vosotras sí que estáis impresionantes. Hay que ver, ojalá tuviera vuestras figuras. Os sientan de maravilla esos vestidos —dijo.

—Vamos a ser la sensación de la fiesta, chicas —pronunció Nat y acabamos riendo las tres.

El lugar elegido para la recepción y presentación ante el misterioso benefactor fue el hotel Hilton Club de Cabo Cod. Todo un despliegue de opulencia y dinero a raudales, porque los que se podían permitir alojarse allí debían de tener una cartera de varios billones.

La arquitectura era como realizar un viaje al pasado, para ser una edificación de nueva construcción. Cruzar las puertas del hal/ fue como entrar en una época donde el charlestón era el baile de moda y el coñac y el puro era lo que daba estatus a los hombres elegantes.

Fuimos guiadas por unas azafatas muy elegantes hasta una zona reservada para este tipo de eventos, un ala de una época más actual. Esos cambios eran increíbles porque no desentonaban para nada. La transición del pasado al presente se hacía con sumo cuidado y detalle.

Podría decirse que recorrimos todo ese camino embobadas, hasta que llegamos a una sala tan blanca que era como estar en el mismísimo cielo. Tonos blancos en sus diferentes tonalidades y una decoración minimalista, pero con mucho glamur. Increíble. En mi mente, felicité al arquitecto que obró esa maravilla.

—Toda esta zona se reserva para eventos especiales. Disponen de bar propio, sala de reuniones con proyector, aseos para hombres y mujeres y una zona de reservados para estar más tranquilos —nos explicó una de las chicas que nos acompañaba.

—Eso de los reservados me interesa —dijo Nat. Le di un codazo para que se callara porque sabía muy bien por dónde iba su comentario.

—Debe de ser increíble trabajar en un sitio así —hablé para cambiar de tema.

—Bueno, lo cierto es que sí, aunque no deja de ser un hotel como otro cualquiera, pero con huéspedes más adinerados y refinados —contestó una de ellas.

—Refinados…, algunos —soltó su compañera. Nosotras tres nos miramos y ahogamos la risa.

El murmullo de las voces nos indicó que el resto de nuestros compañeros ya habían llegado y que, como siempre nos ocurría, éramos las últimas en aparecer.

Tras despedirnos de las azafatas, cruzamos las puertas acristaladas y pronto vimos todo un despliegue de camareros. Unos portaban bandejas con canapés variados y otros con diferentes bebidas, algunas espumosas.

—Tanto lujo me va a dar ardores —murmuró Natalia a mi lado. Esa vez sí que me reí porque a mí también me iba a sentar mal ese ambiente.

—Oh, mirad. Ahí está Bruno. Voy a saludarle, ahora vuelvo —exclamó Anne y, literalmente, voló hacia nuestro compañero de grupo.

—Como no se lo folle esta noche, los junto yo a los dos —bromeó Natalia, provocándome la risa de nuevo.

—Mis queridas niñas, estáis aquí —nos saludó el profesor Pérez con su clásica sonrisa. Abrió los brazos hacia nosotras cuando llegó a nuestra altura y nos dejamos envolver por ellos —. ¿Cómo te encuentras, Olivia, cariño? —quiso saber mi mentor.

—Bien, profesor. Lista para retomar el trabajo —contesté con seguridad.

—Con calma, amiga. No queremos más disgustos —intervino Natalia. Puse los ojos en blanco y, cuando la miré, me sacó la lengua. Se estaba burlando de mí, la muy perra.

—Bueno, en unos días podrás volver y continuar donde lo dejaste. No te preocupes, el proyecto tiene vistas a un año —dijo él—. Venid, quiero presentaros a las dos a los benefactores que hacen posible que podamos seguir con la investigación. —Nos hizo un gesto gentil para que lo siguiéramos y eso hicimos. Parecíamos dos hijas colgadas del brazo de nuestro padre.

—Creía que era uno solo —recordé lo que se nos venía diciendo desde que empezamos con el proyecto.

Avanzamos entre la gente y me sorprendí de la cantidad de implicados que había en esa aventura. Vi a lo lejos, en un extremo de la sala, al director del museo hablando de forma relajada con varios miembros del gabinete de administración.

—Así es. El benefactor es una empresa familiar dirigida por dos hermanos y han tenido a bien venir para conocernos a todos en persona y ver cómo van los trabajos de catalogación de

la tumba —explicó el profesor.

¿Dos hermanos? Sentí un calambre en la base de mi espalda.

—Ahí están. Esperad aquí, iré a buscarlos —dijo el profesor, que señaló hacia un grupo de gente.

Distinguí a Irvyn, entre otros, hablando con varias personas. Parecía estar explicándoles algo y, por cómo me miró y me sonrió, supe que hablaba de mi locura transitoria tras encontrar los huesos de Bellamy. Sentí un odio prenderse en mi interior. Le devolví la mirada con gran desprecio.

Observé al profesor acercarse a dos personas y susurrarles algo. Asintieron y se volvieron para mirarnos a mi amiga y a mí, que permanecíamos paradas a pocos metros de distancia.

El corazón se me detuvo en el mismo instante en el que reconocí esos ojos cristalinos. El aire se volvió pesado y sentí que entraba en un túnel estrecho al verlos acercarse a nosotras.

—No puede ser —murmuré con asombro.



Capítulo 28

Sentí que mis piernas se volvían gelatina. De forma instintiva, me agarré con fuerza a la mano de mi amiga. Mi respiración era bastante irregular y la ansiedad empezaba a apoderarse de mí a cada paso que daban hacia nosotras.

—Liv… Liv, ¿qué ocurre? —Nat me apretó la mano y me instó a mirarla.

—Esa…esa es Claire Ashbourne —balbuceé nerviosa.

—¿La del libro ese? —Asentí, no me salían las palabras. Tan solo quería salir corriendo en dirección contraria—. ¿Y cuál es el problema? Se supone que ya os conocéis, entonces.

—El problema es que le dije que mi apellido era Burke —susurré.

—Ah, pues… Eso va a ser un tanto complicado de explicar…

—No me digas, Sherlock —bufé en voz baja. Cuando volví la vista al frente, ya estaban ante nosotras.

—Señores Ashbourne, les presento a la joven que encontró el cuerpo del capitán Bellamy: Olivia O'Brien. Y ella es Natalia García, una de nuestras encargadas de que toda la documentación esté perfecta y organizada —nos presentó Pérez a los invitados—. Señoritas, ellos son Claire y Samuel Ashbourne, nuestros benefactores en este proyecto —hizo lo propio con ellos.

Me di cuenta de la cara de extrañeza que puso ella y tragué saliva con dificultad. Esbocé una amplia sonrisa, aunque mi nerviosismo era tal que debía de parecer más un payaso de circo que una persona racional.

—En-encantada de conocerlos —balbuceé.

Claire seguía estudiando mi expresión, estática, pero sin perder la sonrisa. Su hermano, en cambio, parecía divertido por la situación, algo que me intrigó bastante porque él, si mi memoria no me fallaba, no estuvo en la charla que ella dio sobre su libro en Providence.

—Señor y señora, Ashbourne. —Natalia, mi salvadora, fue la que intervino…, quizás con demasiada efusividad—. Quería comentar con ustedes un sistema de documentación que podría llegar a agilizar más el proceso de administrativo para futuros proyectos. Si me acompañan a una zona más tranquila, con mucho gusto compartiré con ustedes mis ideas y

avances. Alguno lo he aplicado ya en este proyecto —comentó a la vez que los invitaba a seguirla, lejos de mí lo suficiente para que yo pudiese relajarme y planificar cómo explicar la confusión con mis dos apellidos.

Samuel Ashbourne fue tras mi amiga sin decir nada más, salvo comérsela con los ojos y mostrando una sonrisa de lo más seductora. Claire, en cambio, se demoró unos segundos antes de seguir la estela de su hermano y Nat. No fui consciente de que el aire se me había quedado retenido en los pulmones hasta que los expulsé con fuerza cuando ya estaban bien lejos.

—¿Qué demonios le ha dado a la señorita García? —preguntó Pérez, que seguía a mi lado con expresión atónita.

—Eh, pues… —no sabía qué decir, que no sonase como si a ambas nos hubiese dado un ictus o algo peor.

—Esa jovencita es muy intensa. Muy competente, de las mejores documentalistas que he podido formar, pero intensa —comentó él. Agaché la cabeza para ocultar la risa—. En fin, será mejor que vaya junto a ellos, antes de que se genere un caos del que no podamos salir. ¿Nos acompaña, O'Brien?

—No, gracias, profesor. Vaya usted a supervisarlos. Las charlas sobre documentación me aburren bastante —mentí de forma descarada, pero mostrando la sonrisa más falsa que podía.

Pérez me escudriñó con los ojos entrecerrados, siendo consciente de que no le estaba contando toda la verdad. Era mi mentor y sabía a la perfección lo mucho que disfrutaba con la documentación y la investigación de archivos. Aun así, asintió y se perdió entre los invitados, al encuentro de mi amiga y los hermanos Ashbourne.

Respiré bien profundo antes de darme la vuelta a ir en busca de una bebida un poco más fuerte para sobrellevar el resto de la velada. En mi fuero interno sabía que iba a ser algo intensa.

Tras saludar a varios compañeros y contarles sobre mi estado de salud actual, me acerqué hasta la pequeña barra de mármol blanco, cuya encimera era del color de la noche. De igual oscuridad era toda la pared y vitrina del fondo, alumbrada por unos óculos que emitían una luz amarilla nada cargante.

Por suerte para mí, no había nadie. Le pedí al camarero un whisky escocés bien añejo. Nunca me gustó el sabor del whisky joven, sentía que me ardía la garganta. En cambio, los que eran de maduración más vieja, del tipo dieciocho años en adelante, eran toda una delicia para el paladar.

Tomé el vaso que me sirvió, le di un trago y me giré para quedarme apoyada de medio lado en la barra. Oteé toda la estancia y vi cómo la gente se entremezclaba en conversaciones y anécdotas, inundando el ambiente con las risas.

Mis ojos se fueron hacia un lateral del salón y los abrí de golpe ante lo que vi. Mary Anne y Bruno, muy cerca el uno del otro y con las manos entrelazadas. Una enorme sonrisa asomó en mi rostro y a punto estuve de gritar un «¡bien por ti, amiga! », pero yo no era Natalia. Ella sí que lo hubiera hecho y, probablemente, hubiese roto la magia de la pareja.

Solté una risa y me llevé el vaso a la boca para darle otro trago a mi bebida.

—Vaya, vaya… La preferida de los mayores, que no acude al trabajo, pero sí está en perfecto estado para acudir a una fiesta. —No me hizo falta mirar de quién se trataba.

—Hola a ti también, Irvyn —saludé por pura cortesía sin siquiera molestarme en mirarlo a la cara. Adopté una pose de total indiferencia, dejando que mis ojos se perdiesen entre las botellas colocadas de forma perfecta y estratégica en el mural de la barra.

—¿Sabes? A nuestros benefactores les ha encantado mi historia de cómo descubrí el cuerpo del capitán más famoso de todos los tiempos —soltó con total ironía.

Resoplé de mala gana. Estaba claro que venía en busca de problemas. Ladeé mi cuerpo lo justo para mirarlo y dije:

—El pirata que yo desenterré no es Teach, si no Bellamy. Deberías repasar tus apuntes sobre piratas y bucaneros, compañero. Te veo un poco perdido. —Volví a tomar mi posición inicial. Pude ver al camarero, que limpiaba unas copas a pocos metros de nosotros, esconder una sonrisa.

Irvyn no rebatió mi argumento, no podía. Por el rabillo del ojo lo vi darse la vuelta y alejarse de mí. Sonreí al pensar en la ira creciente que debía de estar soportando en esos momentos. Me sentí poderosa.

—Un buen argumento, señorita O'Brien…, ¿o quizás debería de llamarla señorita Burke? —me quedé paralizada al escuchar la voz de Claire Ashbourne a mi espalda. Tragué con dificultad y me giré para mirarla.

La mujer estaba de pie ante mí, observándome sin un ápice de disgusto ni confusión. Más bien, con intriga. Sentí alivio, aunque eso no restaba el cómo explicarme sin que me tomase por una fan loca.

—Señora Ashbourne. Qué…

—Llámame Claire, por favor —me interrumpió y se colocó a mi lado en la barra. Levantó la mano para llamar la atención del camarero y, cuando este la miró, le pidió una bebida como la mía—. Veo que sabes de whisky —comentó.

—Bueno…, soy mitad irlandesa, aunque mi padre lleva años viviendo en Londres —contesté. Mis nervios debían de ser notables porque ella me mostró una sonrisa de lo más amigable antes de darle un trago a su bebida.

—Es curioso que te hayas presentado ante mí, la primera vez, como Burke y no como O'Brien.

—Ah, ¿sí?

—Sí. No eres la primera Burke que conozco en estos últimos meses y también con raíces irlandesas. Sí, curioso —dijo. Quise contestar, pero ella continuó hablando: —El profesor Pérez, y el resto del equipo, me han hablado maravillas sobre tu trabajo y cómo descubriste los restos del capitán Samuel Bellamy. —Escuchar su nombre, recordándome que estaba muerto, me golpeó con fuerza y tuve que contener un quejido de dolor.

—Bueno… vi una forma extraña y me dejé llevar por mi instinto, nada más —expliqué, intentando calmar mis nervios. Mostrar una parte humilde de mí tal vez ayudase, pero no lo estaba logrando.

Ella me escudriñaba con cada palabra que decía, como si estuviese buscando algún tipo de reacción en mí que le indicase…, no sabía muy bien qué buscaba.

—¿Cómo supiste que se trataba de él?

—¿Quién? —pregunté aturdida.

—Los restos del pirata, ¿cómo sabías que era Bellamy?

—Oh, yo… bueno, por los textos que hablan sobre él, las descripciones que se recogieron en boca de los testigos que lo conocieron. La historia dice que iba siempre bien vestido, con una casaca roja y dos pistolas a la espalda sujetas al cinturón de cuero. Al desenterrar la manga de la chaqueta, tuve una corazonada y por eso me subí a la plataforma y escarbé en lo que supuse que se trataba de la espalda. —Escucharme contar eso en alto, me dolió. Fue como revivirlo de nuevo y tuve ganas de llorar. Samuel Bellamy era mi amigo, todos los de esa tumba lo eran…, y mi familia.

Nos quedamos en silencio; ella, analizando lo que acababa de contar y yo…, yo tan solo veía la imagen de Bellamy en mi mente una y otra vez. Mi capitán, mi amigo.

—Es curioso cómo el destino nos empuja por caminos, a veces, del todo inhóspitos. Por mucho que intentemos caminar en una dirección diferente, siempre acabamos volviendo a donde pertenecemos —ahora era yo la que la observaba con atención…, o más bien con una enorme intriga. Ladeé la cabeza y abrí la boca para preguntar, pero ella siguió —. Por lo que intuyo, ya que estuviste en mi charla sobre objetos místicos, crees en estas cosas. O, al menos, hay cierta curiosidad, ¿me equivoco? —quiso saber.

—Me ha sucedido algo recientemente y…, digamos que mi mente se ha abierto a nuevos horizontes. Nuevas teorías que me intrigan y de las que me gustaría ahondar en profundidad —expliqué, sin entrar en muchos más detalles. Había algo en la forma en la que me sonreía que me ponía nerviosa. No podía evitar ver a Alice ante mí, dándome sus sabios consejos.

—Estaré encantada en ayudarte con esos nuevos horizontes, señorita… Burke —dijo y le dio un último trago a su bebida.

—Ya, en cuanto a eso… —no me dejó terminar. Me tomó de las manos y las apretó con

ligereza. La miré con extrañeza y ella me respondió con una sonrisa de lo más maternal.

—Todos debemos seguir nuestro destino y el tuyo está más cerca de lo que piensas. —Metió la mano en el bolsillo de su blazer y sacó un objeto que depositó entre mis manos—. Deberías ir a la sala de juntas que hay al fondo —susurró cerca de mi oído.

No entendía nada. Bajé la vista hasta mis manos para ver qué era lo que me había entregado y el corazón se me paró en seco.

—Mi brújula… —exhalé.



Capítulo 29

El aire se hizo pesado y otra vez la visión de túnel. Mi pecho comenzó a subir y bajar con celeridad. No podía ser, aquello no podía ser… no era real. Levanté la cabeza, con los ojos abiertos cual cervatillo asustado y miré a Claire. Como si de la mismísima Alice se tratase, no dijo nada, tan solo asintió y me hizo un gesto para que saliese de allí.

Y eso hice.

No me fijé en nadie por el camino. Tan solo avancé a grandes pasos —o quizás iba corriendo— entre el gentío. Tomé el camino hacia los aseos y la sala de juntas. A cada paso que daba, el aire en mis pulmones entraba con dificultad. Mi visión se volvió borrosa, las lágrimas me empañaban del todo.

Cuando llegué ante las puertas blancas de la sala, me tomé unos instantes para coger aire o me acabaría desmayando antes de entrar, no quería escuchar las quejas de Natalia. Cuando estuve segura, empujé las hojas y entré.

Me encontré con una estancia del mismo blanco que el salón y el pasillo. El color lo brindaba una mesa larga y acristalada en un tono negro, con sillas a su alrededor del mismo color. Un mueble para servir el café y una pantalla enorme en una de las paredes laterales. Nada más. Estaba vacía por completo.

Entré, paseé por la habitación y me detuve ante el gran ventanal que daba a un pequeño jardín de interior, con acceso único desde ese lado. Un rincón privado.

Cerré los ojos y me llevé una mano al pecho. La decepción me golpeó con fuerza. Cuando Claire me dijo que viniera aquí, tras entregarme la brújula que me dejé en el Nassau de 1717, quise creer que tal vez…

—Ya creía que no vendrías. —Me giré como un resorte al escuchar la voz del hombre que tenía a mis espaldas.

—No puede ser… no pue… tú… tú no… no eres real —balbuceé ante la visión que estaba teniendo.

Él acortó la distancia entre ambos y llegó a mí en apenas un pestañeo. Tomó mi rostro entre las manos y me besó. El mundo se detuvo en el instante en que nuestras bocas se

reencontraron.

—¿Puede una visión besarte así? —murmuró contra mi boca.

El torrente de lágrimas me invadió y no pude hablar. Me aferré a su cuello, entre llantos y sollozos, con miedo a que fuera un sueño otra vez y al despertar se volviese a ir.

—Hiram —sollocé, mi cuerpo temblando entre sus brazos. Él me aferró con fuerza.

—Estoy aquí, mi amor. Es real, soy yo —susurró contra mi oído.

Mi mente se movía a una velocidad vertiginosa. No podía ser, él no… Un sinfín de preguntas se agolparon en mi mente, pero ahora… ahora yo solo quería besarlo, sentirlo, acariciarlo.

Aprisioné su boca y lo besé con ferocidad. Él me respondió con la misma efusividad, gruñendo y levantándome en el aire. Solté un gritito de sorpresa, pero no me aparté de él. Necesitaba comprobar si en verdad era mi pirata, mi esposo, y él lo supo al instante.

Me cargó hasta el borde de la mesa y trató de levantarme las faldas, pero el vestido era demasiado ajustado. Lo empujé y me bajé de un salto para ser yo quien maniobrase mi ropa, no quería que, movido por la pasión, lo rasgase. Una vez que mis piernas estaban libres, me deslicé las braguitas por ellas y las dejé a un lado en el suelo.

Él jadeó una maldición al pelear con el cinturón y la cremallera de sus pantalones. Reí divertida al darme cuenta de que iba vestido con un traje de ejecutivo muy sexy, no con sus prendas habituales. Decidí ayudarle, más por mi propia urgencia que otra cosa. Mientras le desabrochaba la ropa, nuestras bocas se volvieron a encontrar.

Una vez que dejé caer sus pantalones a los tobillos, me volvió a sentar en el borde de la mesa y, sin más preámbulos, me penetró con fuerza. Soltó un quejido, al que yo acompañé con un sonoro gemido al sentirlo entrar.

—No sabes cuánto te he echado de menos, mi amor —jadeó mientras me penetraba.

—Dioses, igual que yo… Joder, Hiram, no pares —gemí aferrada a sus hombros.

Lo sentía entrar y salir de mí, duro, hinchado y llenando toda la cavidad. Su pene rozaba todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi interior y eso… eso me llevó a tener un orgasmo casi en el mismo instante en que entró en mí.

Clavó los dedos en mis caderas y empujó, una y otra vez y otra vez y otra vez. Si esto era un sueño, no quería despertar nunca. La necesidad que teníamos el uno del otro era indescriptible. Mi cuerpo ardía, al igual que el suyo, y sus jadeos se acompasaban con los míos.

Agarrada a su cuello, arqueé la espalda y liberé un gemido tan alto que bien podrían habernos escuchado en todo el maldito continente. Mi cuerpo convulsionó entre sus brazos, mientras él no detenía sus acometidas. Me empalaba con dureza, con una necesidad animal y eso… ¡Oh, dioses! Eso era como estar en el cielo del placer.

El orgasmo fue tan grande que me sentí mareada. Hiram aceleró el ritmo, entre jadeos y el sonido de nuestras carnes al encontrarse en el camino. Hasta que inundó la estancia con un gutural rugido, señal de que había llegado a su propia liberación. Un último empujón y se vació por completo dentro de mí.

Nos quedamos así, unidos por nuestros cuerpos, jadeantes, pero saciados. Hiram tenía su frente apoyada contra la mía cuando abrí los ojos y lo vi a él mirándome con esos dos océanos que tanto amaba. Tomó aire y dijo:

—¿Esto ha sido lo suficientemente real para ti? Porque podemos repetir, si así te sientes más segura… —Me reí con gracia, con alegría… Me reí porque era feliz. Lo besé, una, dos y tres veces. Se movió para salir de mí, pero le retuve con las piernas y los brazos al cuello.

—No…, por favor, aún no salgas —supliqué. Ahora era él quien reía y ese sonido me hizo vibrar como hacía tiempo que no vibraba. Volvió a besarme.

—Te amo, Liv —confesó, sin dejar de mirarme a los ojos. Más bien ninguno de los dos podíamos romper la conexión.

—¿Cómo has viajado hasta…? ¿Cómo? —quise saber, aunque tampoco era algo que me importase mucho porque por fin lo tenía conmigo. Por fin volvíamos a estar juntos.

—Una vez te dije que cruzaría océanos de tiempo por encontrarte —contestó y mi corazón dio un brinco en el pecho.

—Y que quemarías el mismísimo infierno por encontrarme —recordé en voz alta sus palabras.

—Y eso hice —afirmó. Mi boca se curvó en una amplia sonrisa, tan grande que mi cuello se quejó por la tensión, pero no me importaba.

—Te amo, Irlandés. Te amo tanto que me duele decirlo o incluso pensarlo. Te amo tanto que creía que me iba a volver loca por no tenerte a mi lado. Te amo tanto que… —Mis palabras fueron acalladas cuando su boca cayó sobre la mía. Nos fundimos de nuevo en un apasionado beso.

Separó la boca de la mía, dejando mis labios hinchados y huérfanos de su calor. Se relamió y me miró.

—¿Qué? —quise saber.

Sonrió, rozó su nariz con la mía y ronroneó:

—Aún estoy dentro de ti —los músculos de mi interior se contrajeron de tal forma que él gimió—. No hagas eso —protestó entre risas y me mordió el labio.

—Me gusta tenerte dentro —confesé a la vez que volvía a apretar su pene. Hiram gruñó y solté una carcajada.

—No podemos quedarnos así toda la vida, por mucho que lo desee. Además, no pienso tomarte de nuevo sobre esta mesa fría. La próxima vez, te quiero desnuda —dijo antes de

darme un beso fugaz y retirarse hacia atrás.

La sensación de frío y de vacío que me dejó fue desagradable. Tanto que me quejé y él soltó una carcajada.

Me ayudó a bajar de la mesa y fue cuando me di cuenta de que, en algún momento de nuestro encuentro apasionado, los zapatos se me habían caído de los pies. A él pareció no importarle, agachó la cabeza y me besó de nuevo. Su sabor era alimento para mi alma. Gemí contra su boca.

Caminé hacia el mueble de las bebidas y abrí las puertas y cajones en busca de unas servilletas. Encontré unas pocas en uno de los departamentos junto a las cápsulas del café. Le tendí un par de ellas a Hiram para que se limpiase y yo hice lo propio con las mías.

Fui en busca de mis bragas, mientras lo observaba a él manipular sus pantalones. Me puse mi ropa interior en un segundo y me acerqué para ayudarlo.

—La ropa masculina de tu tiempo es muy complicada. ¿Cómo logran los hombres de aquí hacer nada con tanto engranaje inservible? —protestó mientras le subía la cremallera con suma delicadeza.

—Con mucha maña, mi querido pirata —afirmé tras dar el último tirón. El cinturón no tenía mayor complicidad para él así que dejé que se las apañase mientras yo me calzaba de nuevo los zapatos en mis pies.

Unos hermosos tacones de aguja de color rojo que estilizaban mi figura y me otorgaban un par de centímetros más a mi altura.

Las manos de Hiram se posaron en mis caderas y en seguida noté su calor traspasar la tela. Me dejé caer contra su pecho, cerré los ojos y aspiré su aroma.

—Sabes, todavía no te he dicho lo increíblemente hermosa que estás con este vestido —murmuró contra mi sien. Sentí sus manos moverse por mi cuerpo hasta acabar sobre mi vientre. Me apretó contra él y gemí.

—¿Te gusta? No es tan voluminoso como los que estás acostumbrado a verme, pero…

Se separó de mí de golpe y me giró para dejarme frente a él. Ascendió con las manos por mi cintura, paseó los dedos por la curva de mis pechos y se quedó en los hombros desnudos unos instantes, hasta que envolvió mi rostro y me besó.

—Eres toda una diosa de los océanos, hermosa y poderosa, lleves la ropa que lleves. Eres una pirata, Liv. Mi Corazón de fuego. —Noté cómo mis piernas se volvían gelatina y mi visión se volvía vidriosa de nuevo. Su boca cubrió la mía. ¡Dioses! No podíamos dejar de besarnos, de tocarnos… hasta que recordé que en verdad estaba aquí, conmigo…, en mi tiempo.

—Hiram, ¿cómo es que estás aquí? ¿Qué ha… qué ha pasado? —pregunté, sin despegar mis ojos de los suyos.

Él masajeó mi cara y habló:

—Cuando desapareciste en aquella playa, regresé a casa devastado. Mi corazón se quedó allí contigo y mi alma…, mi alma se negaba a existir en esta vida si no era contigo a mi lado —tragué saliva mientras él hablaba, con un nudo en el estómago—. Volví a casa, o más bien mis pies me llevaron de vuelta a rastras. En mi mente solo estaba la idea de volver a ti y si para ello debía morir en esa vida para reencarnarme en la tuya, así lo haría.

»Liam estaba colocando los pilares más ligeros de la nueva casa, mientras Ronny había ido en busca de unas herramientas para la construcción. Cuando me vio llegar, se lo conté y le dije que iba a embarcarme de nuevo con Bellamy. Me volví loco, Liv. No razonaba, no podía pensar con claridad.

»Mi hermano quiso retenerme. Entró tras de mí en la casa, pero yo estaba decidido. Partiría esa misma semana de nuevo en La Sultana. Cogí mi casaca del armario, escuchando todas las cosas que Liam me explicaba de por qué era una malísima idea…, pero me daba igual todo. —El corazón se me rompió en mil pedazos mientras lo escuchaba. Llevé una mano hasta su rostro y le acaricié la mejilla con ternura. Él la tomó y le dio un beso en la palma.

»Me cargué las pistolas al cinturón y, cuando iba a salir de nuestra habitación, recordé que te habías dejado la brújula en el cajón de la mesilla de noche. Fui a por ella y la metí en el bolsillo de mi chaqueta. Me di la vuelta y emprendí camino hacia el exterior, seguido de cerca por mi hermano.

»Ya en el porche, Liam tiró de mi con fuerza para sacarme de mi ofuscación, pero no veía nada, Liv. Ni siquiera vi el dolor de mi hermano en sus ojos por la pérdida…, porque él también te había perdido a ti y ahora me iba a perder a mí. El alma se me resquebrajó, luchando entre el amor a mi familia y el tuyo. Caí de rodillas y grité lleno de dolor.

—Hiram —sollocé. Podía percibir la angustia por la que debió de haber pasado porque yo también estuve en su misma situación cuando regresé a mi tiempo.

—Liam me abrazó como nunca antes lo había hecho, Liv, y entonces… —tomó aire con fuerza y continuó —. Un viento enorme nos rodeó a los dos. La fuerza con la que esa tormenta salida de la nada nos envolvió, me elevó por los aires como si fuese una simple hoja. Mi hermano me sujetó con fuerza del brazo, pero el poder de ese viento era superior a él. Gritó mi nombre y… —cerró los ojos y me esperé lo peor—. Aparecimos los dos en mitad del océano, envueltos por unas olas gigantescas. El cielo que se cernía sobre nosotros era tan negro como el mar que nos rodeaba. Liam flotaba boca abajo a unos metros de mí y nadé hacia él para salvarlo…

—Mi sueño —pronuncié con asombro.

—¿Qué?

—Yo-yo soñé con eso, con Liam, pero… pero pensaba que era yo y-y no. Dios santo,

Hiram, eras tú. Estaba viendo a través de tus ojos —dije al comprender el significado de mis pesadillas.

—Estamos conectados, Liv, de eso no me cabe duda alguna —afirmó. Me colocó un mechón salvaje que se había soltado de mi recogido y luego acarició el perfil de mi cara con los dedos.

—¿Y cómo… cuándo ocurrió todo eso? ¿Qué pasó después? ¿Liam está bien? —Hiram se rio y me besó.

—Siempre tantas preguntas —bromeó contra mi boca. Se separó y continuó con la historia —. Nos recogió un barco un tanto extraño, he de decir. No era de madera, parecía un ser salido del mismo Averno. Cuando conocí a nuestra salvadora, creí haber muerto y estar en verdad en el infierno, pero luego recordé que mi madre no podría estar en un lugar así y que eso debería de ser una especie de cielo o algo.

—Claire —lo interrumpí. Debía de ser ella la mujer de la que Hiram me hablaba, no podía ser otra, y entendí por qué ella tenía mi brújula—. Espera… —dije al darme cuenta de algo—. ¿Os… recogió?

—Sí —afirmó él.

—En plural.

—Ajam. —Una pícara sonrisa asomó en su rostro y yo abrí los ojos tanto que pensé que me saldrían de las órbitas. Y la puerta de la sala se abrió lo justo para dejar ver la figura alta de un hombre que era el vivo reflejo de mi esposo.

—Liam —exhalé.



Capítulo 30

Corrí, no sé cómo lo hice sin matarme, aunque la distancia era corta, pero corrí como si el viento me llevase por los aires hasta llegar a Liam. Él abrió los brazos para recibirme y nos fundimos en un fuerte abrazo. A esas alturas, las lágrimas ya se habían apoderado por completo de mí.

—Vaya, veo que te alegras de verme, pelirroja. ¿También tengo que besarte para confirmar que soy real? —murmuró contra mi hombro.

—Liam —protestó su hermano.

Me separé de él y le di un puñetazo en el estómago, suave, pero suficiente para que se doblase. Exhaló una carcajada y yo me reí con él. Me volvió a abrazar y yo lo rodeé con fuerza.

—Te hemos echado de menos, Liv —dijo.

Cuando volví a separarme de él, limpié las lágrimas que empañaban mis ojos con la mano. Hiram se acercó a nosotros y posó las manos en mis caderas, pegando su cuerpo al mío.

—¿Cómo…? ¿Por qué…? No-no se supone que la brújula solo transporta a una persona, a la persona a la que está destinada —quise saber entre sollozos. Mi esposo me dio un beso en la coronilla y me envolvió con los brazos. ¡Dioses! Amaba tanto a ese hombre…

—No lo sabemos del todo, aun nos estamos acostumbrando a este mundo —contestó Hiram.

—Y que nuestra madre está viva, al parecer. O no nuestra madre, pero sí una copia suya —dijo Liam.

—Claire. Ella… Ella os salvó. —abrí los ojos y la boca con asombro—. ¡Dioses! ¿Cómo he sido tan estúpida? Todo tiene sentido, claro —exclamé.

—Ufff, cómo echaba de menos esa forma de hablar sin decir nada —bromeó Liam a la vez que ponía los ojos en blanco.

—¿Lo dices porque estamos emparentados con ella? —quiso saber Hiram. Me moví entre sus brazos y lo miré a los ojos. Lo sabía, él lo sabía. Me sonrió—. Claire nos contó la historia cuando dejamos de parecer unos animales salvajes acorralados.

—Habla por ti, hermano. Yo siempre fui un perfecto caballero —lo interrumpió Liam.

Hiram soltó un bufido y me carcajeé. Yo sí que echaba de menos estas interacciones entre ambos hermanos, y el humor de Liam.

—Al final, tu teoría se cumplió, Liv —dijo mi esposo.

Una enorme alegría creció por momentos en mi pecho y mi boca se fue curvando en una amplia sonrisa. Miré a Liam y este asintió para confirmar las palabras de su hermano.

—Las cartas que madre le escribió a su hermana de su futuro, llegaron tal y como tú nos habías dicho —explicó mi cuñado.

—Los Ashbourne nos salvaron y nos contaron toda la historia. Aun no entiendo muy bien cómo funcionan esos aparatos que nos mostraron, pero fue así cómo nos encontraron…

—Un momento, ¿aparatos? ¿Cuánto hace que habéis llegado a mi tiempo? —Ambos se miraron el uno al otro. Liam se encogió de hombros. Hiram fue el que habló.

—En abril. Nos recogieron cerca de las costas de Nassau…

—¡¿Qué?! ¿Lleváis todo este tiempo aquí y no se os ha ocurrido buscarme? —protesté.

—Mi amor, a nosotros nos ha costado un poco más que a ti adaptarnos a tu tiempo. Recuerda cómo estabas tú de desorientada cuando viajaste a nuestra época —dijo Hiram con calma y tenía razón, pero pensar que llevaban aquí el mismo tiempo que yo y que casi… Le di un golpe en el hombro, ya que con la altura de mis tacones no tenía que ponerme de puntillas para ello. Él se quejó entre risas.

—Casi me voy a buscaros a vuestra época —los reprendí.

—¿A mí también, pelirroja? —ronroneó Liam y en esa ocasión, su hermano no le reprendió, sino que se carcajeó bien alto.

La puerta se abrió de golpe. Una mujer de cabello negro como el ébano y resplandor dorado entró.

—Joder, Liv. Llevo un buen rato buscándote por todas partes —protestó Natalia, que no se había percatado de la presencia de los piratas—. Oh, hola. —Se detuvo en seco al verme rodeada por dos hombres elegantes y como dos gotas de agua.

—Nat, esto… —pronuncié mientras me separaba, a duras penas, de mi esposo y avanzaba hacia ella—. No puedo explicártelo todo ahora mismo porque ni yo misma logro ordenar toda la información, pero estos son Hiram y Liam —le expliqué sin más.

El cerebro de mi amiga cortocircuitó por la cara de asombro con la que me miró. Luego, paseó la vista hacia los dos hombres que permanecían a mi espalda.

—Dices… Hiram y Liam, los… tus chicos… Ay, diosito, creo que he bebido demasiado —balbuceó e hizo amago de perder pie y caerse.

Liam llegó hasta nosotras en una zancada. De hecho, me asustó un poco al verlo cargar con mi amiga tan rápido. No recordaba que mi cuñado fuese tan rápido.

—Te tengo, muchacha —le dijo a mi amiga.

—Gra-Gracias —contestó ella.

Nat y él se quedaron fijos el uno en la otra. Me fijé en que Liam la sujetaba con una delicadeza que jamás le había visto tener con nadie, ni siquiera conmigo. Mantenía sus manos lejos de las zonas peligrosas, sin desviar sus ojos de los de ella. Y Nat… Bueno, Natalia se había quedado sin habla mientras admiraba esa mirada azul.

Por un instante, todos desaparecimos para ellos y eso me sacó una sonrisa victoriosa. Sabía que ellos dos tenían mucho en común.

Hiram se acercó a mí y entrelazó una mano con la mía. Respiré al sentir su roce en mi piel y volví a arder. Él debió de percibir mi excitación porque me dio un ligero apretón y luego me besó en la coronilla para susurrarme:

—Calma tu fuego, mi amor.

Le di un codazo y el río. Cuando volvimos la vista hacia la pareja absorta en su única presencia, vi que Natalia ya había recuperado la compostura. No así Liam, quien, ahora sí, se la comía con los ojos.

—Esto es… Vamos por partes. ¿Cómo coño han viajado a este tiempo? —quiso ella saber.

—Ahora entiendo la suciedad de tu boca cuando te conocí, pelirroja —bromeó Liam. Lo fulminé con la mirada y él me guiñó un ojo.

—Nat, apenas acabo de enterarme, poco podré explicarte. Lo importante es que están aquí y están vivos —le contesté.

—Eso me queda claro —dijo ella—. Pero ¿cómo?

—Pues, al parecer los trajo mi brújula.

—¿Tu brújula? —asentí y ellos también—. Pero…, se suponía que eso solo lo podía hacer una persona sola. O sea, según tú me contaste, este objeto hace que la persona que lo porta encuentre su destino —me recordó ella.

—Qué quieres que te diga, amiga. Yo tampoco entiendo nada —contesté al mismo tiempo que levantaba los hombros.

—Hay alguien que quizás os pueda aclarar mejor esas dudas. A nosotros nos lo explicó, aunque nos cuesta un poco entender tanta palabrería —comentó Hiram.

Natalia lo miró, sopesando todo lo que sus ojos le mostraban. Supe que estaba teniendo una lucha interna entre lo que tenía ante ella y lo que su cerebro estaba procesando. Yo estuve en su mismo lugar y sabía lo mucho que costaba creerse nada de toda esta locura.

—Muy bien, ¿y quién es esa persona que nos puede aclarar todo esto? —quiso saber. Mi amiga se colocó las manos sobre las caderas, a la espera de una respuesta.

—Claire —le contestó Hiram. Natalia abrió los ojos con gran asombro.

—¿Claire Ashbourne? —No era una pregunta en sí, aunque los tres asentimos.

Natalia me miró atónita y por un momento pensé que iba a colapsar con tanta

información. Di un paso hacia ella, la tomé de las manos y dije:

—Amiga, sé que todo esto es mucha información que procesar. Estuve en tu mismo lugar cuando viajé a su época.

—Lo que no sé es cómo no te volviste loca con todo esto, Liv —resopló ella.

—Oh, créeme, lo hizo…, y a los demás nos arrastró en su locura —bromeó Liam.

Le lancé una mirada cargada de odio y él me correspondió con un guiño pícaro. Pero lo que más me sorprendió fue ver que Hiram escondía una sonrisa socarrona. Cuando se dio cuenta de que lo había pillado in fraganti, juntó las manos en señal de perdón, aunque le costaba contener la risa.

—Tú debes de ser Liam. Liv me ha hablado mucho de ti —intervino Natalia.

Mi cuñado se hinchó como un pavo real cuando vio que era el objeto de atención de mi amiga.

—Espero que te haya resaltado mi grandiosa belleza y destreza con…

—Sí…, no estás mal —le cortó ella. Me tomó del brazo y tiró de mí para llevarme fuera de la sala—. Vamos, amiga. —Tras nosotras pude escuchar las protestas de Liam.

—¿Que no estoy mal? —bufó. Hiram rio y yo también, mientras avanzábamos por el pasillo hacia el salón.

Todas las miradas se posaron en nosotros cuando cruzamos las puertas y entramos de nuevo en la sala de eventos. Más bien, se fijaban en los dos hombretones que caminaban tras nosotras.

—No me habías dicho que eran jodidamente atractivos, amiga —me susurró ella al oído mientras avanzábamos en busca de nuestro objetivo.

—Sí que te lo dije, pero no me hiciste caso —respondí entre risas.

—Ya, bueno. Tus criterios de hombres guapos y atractivos dejan mucho que desear y tal vez por eso no te hice mucho caso.

—David no era feo —le recordé.

—Cierto, ese jodido gamer estaba bien bueno y, como ya has podido comprobar, está bien dotado —le di un codazo. Mis mejillas se encendieron al instante.

Al fondo de la sala, en una zona más reservada y rodeada por unas cortinas gruesas de color crudo, divisamos a los Ashbourne. Con ellos, estaban Pérez, Macort, Catalina e Irvyn. Solté un bufido, molesta por ver que esas alimañas revoloteaban alrededor de los hermanos. Estaba claro que buscaban caerles bien para obtener favoritismo.

—Oh, querida. Veo que has encontrado a tu amiga —saludó el profesor en cuanto llegamos a su altura. Natalia asintió y yo saludé con una ligera inclinación de cabeza.

—Veo que habéis conocido a nuestros primos —intervino Claire—. Señores, permítanme presentarles a Hiram y Liam Burke —los presentó al resto.

—¿También formáis parte de la empresa familiar? —quiso saber Irvyn, que los observaba con cierta precaución.

—Son unos auténticos expertos en la búsqueda de tesoros piratas —comentó Samuel Ashbourne.

—Claro, porque ellos los enterraron —murmuró Natalia a mi lado.

La reprendí con un pellizco en la mano. No fui la única que la escuchó. Hiram, aunque permanecía serio y con una pose relajada, tenía un brillo de diversión en los ojos que me confirmó que lo había escuchado a la perfección, pero Liam… ¡Oh, dioses! Me apetecía matarlo. Él se había llevado una mano a la boca para ocultar una sonrisa de lo más divertida.

—Oh, qué oficio tan interesante el vuestro —coqueteó Catalina, que no dejaba de pasear la vista de un hermano a otro. Se detuvo en Hiram, le hizo una caída de pestañas digna de una película de los ochenta y se mordió el labio de forma traviesa.

La ira creció de golpe en mi interior y sentí unas ganas inmensas de lanzarme a ella para arrancarle toda esa melena enmarañada y sucia.

El calor de una mano rozando la base de mi espalda me hizo estremecer. No me hizo falta girarme para saber que Hiram había percibido mi malestar y por eso sintió la necesidad de hacerme ver que él me pertenecía a mí. Dibujó unos círculos sobre la base de mi columna hasta lograr apagar el fuego que había prendido por culpa de esa idiota de Catalina.

—Estábamos comentándolo con nuestros benefactores la posibilidad de hacer una visita guiada por el museo y mostrarles la tumba y nuestros avances in situ. Mañana permaneceremos cerrados y sería un buen momento para ello —expuso el director Macort.

—Oh, eso sería genial, Chris —respondió Claire—. Espero que nos acompañéis, queridos primos, y vosotras dos también estáis invitadas. Sobre todo, Olivia, ya que ella fue quien ha hecho el mayor de los hallazgos —propuso para desgracia de Catalina e Irvyn, que se quedaron atónitos al escucharla.

—Por supuesto, prima. Nos encantaría visitar las instalaciones —contestó Hiram.

Mi cuerpo vibró con su voz, era algo que siempre me ocurría cuando lo escuchaba hablar. Era como si toda yo vibrase con él, todas y cada una de mis células se alegraban de su cercanía. Y las caricias que seguía dibujando en mi espalda también contribuían a que un calor ardiente me recorriese de arriba abajo. Cerré los ojos ante su contacto y suspiré, pero el carraspeo de mi amiga me sacó del embrujo al instante.

—Señores Ashbourne, queríamos comentar con ustedes unas teorías que hemos estado hablando hace un momento con sus primos. En privado, si puede ser —les propuso ella.

—Está usted hoy muy misteriosa con sus propuestas, señorita García —dijo Pérez, que la miraba con los ojos entrecerrados.

—Qué le voy a hacer, profesor. Ya sabe lo intensa que me pongo cuando algo me ronda la

cabeza —contestó ella de forma burlona.

Contuve la risa, pero, por el rabillo del ojo, vi que a Liam le costaba mantener la compostura. Y no fue el único, pues a Hiram se le curvó la boca en una sonrisa divertida. Él también se había dado cuenta de que mi amiga era una copia, en femenino, de su hermano.

—Claro, querida. Podemos ir a la sala de reuniones, si os es más cómodo —propuso Samuel. Estaba claro que el hombre había caído bajo el embrujo de mi amiga porque le brillaban los ojos cuando la miraba.

—Pues, me parece que es el lugar perfecto para estar tranquilos —dijo ella.

—Vamos, entonces. —Ashbourne le ofreció el brazo a Natalia, que se aferró a él con sumo gusto y se dejó guiar por el hombre que se la comía con los ojos.

Liam masculló una protesta antes de ir tras ellos, seguido por nosotros. Recorrimos el camino de vuelta a la habitación donde Hiram y yo nos habíamos reencontrado. Parecía que habían pasado horas desde que me folló sobre la mesa. El calor volvió a recorrerme al recordarlo.

—Controla tu fuego —me repitió él.

—¿Cómo demonios sabes lo que estoy pensando? —protesté porque en verdad que me irritaba que siempre supiera lo que pasaba por mi cabeza, sin yo decir o hacer nada.

—Eres como un libro abierto, mi amor. Tu sonrisa cambia y tus ojos me cuentan lo que sucede en tu mente perversa.

—Mi mente perversa, ¿eh? Te voy a dar yo a ti perversa y media —bufé entre risas.

Hiram se acercó más a mí para ronronear en mi oído:

—Espero que me des mucho más esta noche porque pienso arrancarte ese vestido que llevas tan… endemoniadamente sensual. —Tragué saliva y creo que sufrí un orgasmo con esa forma de amenazarme. Él, por supuesto, sonrió con picardía.

Esa noche… Esa noche iba a disfrutar de él hasta caer exhausta, pero me propuse hacerlo todas y cada una de las noches que tuviéramos juntos. Estaba aquí, conmigo, en mi tiempo y no era un sueño o alucinación.

Hiram estaba conmigo.



CAPÍTULO 31

La conversación fue larga, demasiada información en apenas unas dos horas. Los hermanos Ashbourne se centraron en la forma en la que han concentrado sus nuevos estudios sobre las variaciones térmicas ante sucesos geológicos y meteorológicos.

Según Samuel, que tenía un doctorado en Física por la universidad de Oxford, nos explicó que existían ciertos cambios en la materia cuando se sucedían sucesos importantes en nuestro planeta. Cambios bastante difíciles de percibir, salvo que dispongas de los mecanismos adecuados para ello.

Yo había leído en la web de la Sociedad de viajeros del tiempo, de la que Claire era la presidenta, que en su departamento científico habían encontrado la forma de estudiar más de cerca todas estas anomalías y poder relacionarlas, así, con los famosos viajes en el tiempo. Al parecer, de eso se trataba todo su trabajo en la empresa familiar.

—Por eso la necesidad de escribir un libro para hablar sobre objetos mágicos que pueden servir como llaves a otros mundos o tiempos —explicó ella, mientras me miraba fijamente.

—La brújula —pronuncié y me llevé la mano al escote en busca de mi tesoro preciado…, pero no lo encontré. Recordé, entonces, que se me había caído cuando vi aparecer a Hiram ante mí.

—Tranquila, la recogí yo del suelo —comentó él a mi lado, y el aire contenido en mis pulmones salió en forma de suspiro.

—Así es. Tú brújula es una llave interdimensional —dijo Claire. Nat y yo nos quedamos mirándola, pasmadas porque, sinceramente, la ciencia nunca fue nuestro fuerte.

—Lo que mi hermana quiere decir es que ese objeto tiene una energía diferente al resto, una vibración distinta que hace que logre abrir lo que en Física denominamos Agujeros de gusano —explicó Samuel, con calma.

—Uy, esa me la sé —exclamó Natalia, dando un bote a mi lado y sobresaltándome del susto.

—Pero… ¿qué…? —protesté, con la mano en el pecho. Mi corazón se había disparado y esta vez no era culpa de mi esposo.

—Tía, Doctor Who. Que me has hecho ver esa serie un millar de veces —dijo ella.

—Ay, Natalia —suspiré al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco. Hiram y Liam se rieron a nuestro lado y los hermanos Ashbourne esbozaron una sonrisa divertida.

Continuaron con la explicación del método que llevaban empleando desde hacía cinco años, sin obtener unos resultados claros. Solo obtuvieron unas lecturas eficaces a primeros de este año. Concretamente, en marzo.

—Esperad, ¿decís que…? ¿Marzo? Pero eso fue… —Las palabras no salían en orden de mi boca.

—Cuando tú volviste, Liv —aclaró Natalia, que parecía tan atónita como yo. De forma instintiva, entrelazamos nuestras manos.

—Exacto. Teníamos monitorizados un montón de zonas donde los cambios meteorológicos, junto con los testimonios recopilados durante todos estos años, se daban con más frecuencia —comenzó a explicar Claire—. En la fecha en la que tú regresaste, hubo un cambio térmico importante en la zona de Nueva Providencia. Las noticias hablaban de una tormenta tropical un tanto diferente, pero de corta duración.

»Cuando escuchamos las noticias que hablaban de la aparición de una turista española, que había desaparecido en extrañas circunstancias hacía unos meses atrás, fuimos a investigarlo a la isla. Hablamos con todo el mundo, tanto los sanitarios que te atendieron como con los lugareños que te encontraron en aquel pozo —dijo.

Mis manos se volvieron sudorosas, aunque mi temperatura corporal me había abandonado. Hiram pasó un brazo por detrás de mí y me atrajo hacia el calor de su cuerpo, algo que agradecí.

—Quisimos hablar contigo, Olivia, pero tu médico nos dijo que no estabas del todo bien. Según él, balbuceabas cosas incoherentes como que debías regresar a Nassau, a su tiempo —continuó Samuel, señalando a Hiram—. No dejabas de repetir su nombre una y otra vez. Por recomendaciones médicas, te mantuvieron sedada para poder hacerte pruebas. Cuando llegamos a tu habitación, mientras el doctor nos ponía al corriente de tu estado de salud, te vimos con la mirada perdida en el horizonte y sin dejar de llorar —dijo.

Hiram me apretó más contra él y me depositó un beso en la sien para susurrarme que todo estaba bien, que solo eran malos recuerdos… Pero mi cuerpo había comenzado a temblar al revivir todo aquello y a punto estuve de romper a llorar.

—Liv… —musitó mi amiga, que aún permanecía unida a mí por nuestras manos. La miré y le sonreí para decirle que estaba bien. Por alguna extraña razón, Natalia extendió su otra mano en busca de refuerzo y se encontró con la de Liam. Este, sin dudarlo, la envolvió entre sus dos grandes manos.

—No queremos hacer que revivas todo ese dolor, Olivia. Tan solo queremos explicarte

cómo fue el proceso para encontrarnos con ellos en mitad del mar —se disculpó Claire.

—¿Có-Cómo fue? ¿Cómo lograsteis dar con ellos? —quise saber. Mi cuerpo se había reclinado contra el de Hiram y él paseaba los dedos por mi espalda desnuda con tal suavidad que casi me quedé dormida.

—Ocurrió lo mismo que en tu caso, con la diferencia de que ya estábamos en la zona y pudimos salir al mar en seguida. Cuando tú volviste, las lecturas se concentraron en el punto donde te encontraron, pero en el de ellos marcaba en un punto en mitad del mar. Dispusimos de un barco y salimos sin perder tiempo, ya que la tormenta parecía que iba in crescen*do* a cada segundo —explicó Claire.

—Nos encontraron a tiempo. No estaríamos aquí de no ser por ellos —continuó Hiram. Levanté la cabeza para mirarlo…, o admirarlo, más bien. Él bajó la mirada para encontrarse con la mía, sonrió y me besó—. ¿Ves como es real? —murmuró contra mi boca. No contesté, solo me relamí.

—A partir de ahí, ya sabéis lo que ha sucedido —dijo Samuel.

—Eh, yo creo que me faltan datos —intervino Natalia. Liam agachó la cabeza para ocultar la risa.

—¿Qué más necesitas saber, Nat? —Esa forma tan cercana en la que Ashbourne se dirigió a mi amiga me indicó que ya habrían tenido un ligero acercamiento en algún momento de la velada. Ahora era yo la que ocultaba una sonrisa en la chaqueta de mi esposo.

—Pues, hombre… Cómo supisteis quienes era ellos, sin haber hablado con Liv antes; o cómo es que los relacionasteis a unos y a otros… No sé, datos —dijo ella, y tenía razón.

—Eso lo puede explicar mejor tu amiga —afirmó Claire.

Natalia se giró en la silla y me miró.

—¿Liv? ¿Hay algo que quieras compartir con la sala… o con la única aquí que parece no tener toda la información? —me soltó.

—Sí que te lo conté, Nat. De hecho, te expliqué todo cuando volvimos a ver Outland*er*, ¿recuerdas?

—Oh… ¡Oh, era eso! ¡Funcionó! —exclamó y volvió a mirar hacia los Ashbourne, que ambos asintieron divertidos.

—Así es. Tu amiga superó la barrera del tiempo, tal y como se cuenta en las novelas, y logró hacerle llegar unas cartas a nuestra antepasada, Constance Fizgibons Ashbourne —contestó Claire.

—A raíz de eso, Constance y su esposo crearon la Sociedad de viajeros del tiempo y la Empresa de venta y compra de antigüedades, con la excusa de estudiar todo tipo de objetos y sucesos paranormales de este estilo —completó Samuel la explicación.

—Wow, amiga. Has realizado una tremenda hazaña, ¿te das cuenta? —dijo Natalia con

efusividad.

—Yo solo quise cumplir el último deseo de Alice, ellos me dieron el permiso —contesté.

—No necesitabas permiso, pelirroja. Siempre has tenido nuestro total apoyo en todas tus decisiones —afirmó Liam.

—Menos en la de ponerte en peligro para salvarme —dijo Hiram.

—Y lo volvería a hacer mil veces y en mil vidas más, al igual que tú lo harías por mí —afirmé, con mis ojos fijos en los suyos.

Fueron escasos instantes, pero él sonrió, me acarició el mentón y bajó los labios hasta posarlos sobre los míos para besarme.

—Oh, ya se han puesto cariñosos… —se burló Liam al otro lado de la mesa, lo que me hizo soltar una risa en la boca de Hiram.

—¿Tienes envidia? —coqueteó Natalia a su lado.

—Puede. ¿Tienes algún remedio que cure mi mal? —ronroneó él. Ay, Dios mío, ¡estos dos!

—Conozco varias formas, de hecho —dijo ella.

—Estaré encantado de que me las muestres. —Ahora, quien resoplaba era Hiram. Ambos supimos que iban a ser unas horas interesantes y no pudimos evitar reírnos.

Por fin estábamos solos, en la intimidad de mi apartamento. Poco después de la reunión privada que mantuvimos con los Ashbourne, Hiram y yo nos despedimos de ellos para poder pasar tiempo a solas. Obviamente, Natalia se ofreció a ser la compañía de Liam y él no puso objeción alguna.

Nos costó un poco abrir la puerta del apartamento…, o, más bien, me costó a mí porque las manos de mi esposo no dejaban de manosear todo mi cuerpo mientras me agasajaba a besos en el cuello. Cuando logré abrirla, Hiram me tomó en brazos y, con nuestras bocas pegadas, cruzó el umbral y cerró con el pie.

—¿Hacia dónde? —preguntó jadeante contra mi boca y cargando conmigo. No dije nada, tan solo estiré el brazo y señalé mi habitación.

Entró, cerró de igual forma la puerta y caminó conmigo hasta el borde de la cama. Me sentó y procedió a quitarse la ropa mientras me devoraba la boca. Le ayudé, jadeante y tan excitada que ya debía de haber empapado las bragas, el vestido y hasta la colcha bajo mi trasero.

Cuando se quedó desnudo, me llevé las manos a la espalda para bajarme la cremallera y hacer lo propio yo también, pero me detuvo.

—No, todavía no. Estás demasiado sexy para quitártelo aún y quiero lamerte con él

puesto. —Los dedos de los pies se me enroscaron y sufrí el primer micro orgasmo.

No dije nada, no pude porque él se arrodilló ante mí, levantó la tela del vestido y me separó las piernas. ¡Dioses! Iba a explotar de pasión, a consumirme de combustión espontánea porque mi cuerpo ardía como nunca antes lo había hecho.

Empezó a depositar sensuales besos en la cara interna de mis muslos, mientras acariciaba mis piernas con suavidad. Una descarga tremenda comenzó a gestarse en la base de mis pies y me dejé caer hacia atrás en la cama. Noté sus labios acariciar la piel de mi sexo y como hurgaba con la lengua entre los pliegues de las bragas.

—Joder, Hiram… —jadeé a modo de protesta.

—Esto que llevas puesto… —Depositó un beso sobre la tela de encaje y eso me mareó—. Mmm, me gusta. —Y lamió, haciendo que mi espalda se arquease y yo liberase un gemido.

—Por favor —supliqué y abrí las piernas de forma instintiva. Él rio y procedió a manipular mi ropa interior hasta quitarla del todo—. ¡Oh, dioses! —exhalé cuando hundió su cara entre mis piernas y lamió mi sexo.

Retorcí la manta entre mis dedos, jadeando y gimiendo con cada pasada de su lengua sobre todo ese haz de nervios. Lamió, chupó y se dio un buen festín entre mis piernas hasta que la caída por el precipicio de la pasión fue inevitable. Grité su nombre bien alto al mismo tiempo que él aceleraba el ritmo con la lengua y los dedos. Arqueé tanto mi cuerpo que creía que me iba a dislocar alguna vértebra.

Caí sobre la cama, exhausta, con una enorme sonrisa en la cara. Hiram me manipuló para ayudarme a ponerme en pie y quitarme el vestido. Le enseñé cómo bajar la cremallera y eso hizo hasta dejarme totalmente desnuda entre sus brazos. Luego, me giró para apoderarse de mi boca otra vez. Nos besamos con tanta pasión que hasta nuestros dientes se encontraron en el camino.

Me tomó del trasero y me levantó del suelo hasta colocarme en su cintura. Con suma habilidad, colocó los antebrazos bajo mis piernas y me llevó hasta la pared, donde me empaló en cuanto mi espalda chocó con ella.

—Oh, joder —jadeé en cuanto lo sentí entrar con dureza. Él solo gimió…, y gruñó. Se retiró hacia atrás y volvió a cargar contra mí con fuerza—. Sí, por favor… —Eran demasiadas súplicas, pero me daba igual. Lo quería, lo necesitaba…, lo deseaba.

—No te haces una idea de lo mucho que te he necesitado, mi amor. No vuelvas a irte nunca de mi lado —me ordenó mientras me penetraba sin cesar.

Yo no podía hablar, mi cuerpo quería concentrarse en la sensación de tenerlo dentro de nuevo, tan duro, tan grande. Aferrada a su cuello, me balanceé contra él para recibirlo al mismo tiempo que él empujaba contra mí.

Nuestras carnes cantaron una canción con cada acometida, al chocar un cuerpo contra

otro. Hiram me golpeó con fuerza, una y otra vez y otra y otra y otra.

—No pares… No pares, Hiram. Joder… Me corro. Joder, me corro —exhalé en cuanto noté que el orgasmo volvía a resurgir de nuevo.

Aceleró con más vehemencia y la felicidad vino a mí. Por primera vez en mi vida, me corrí entre risas y gemidos.

—Oh, Dios santo —gruñó él cuando llegó a su liberación. Empujó una última vez y lo sentí vaciarse dentro de mí.

Nos quedamos así durante unos segundos en los que nuestras respiraciones se fueron acompasando y relajando.

—¿Estás bien? —preguntó al abrir los ojos.

—¿Bromeas? —me reí—. Hacía mucho que no me sentía tan bien y tan completa. Por no hablar de que necesita que me dieras un buen meneo —dije.

Hiram se carcajeó y me besó.

—Me alegro de que me necesitaras tanto porque… —Solté un gemido de asombro al notar cómo volvía endurecerse aun dentro de mí—. Cariño, te dije que te iba a hacer el amor hasta que perdieses el sentido del tiempo. —Y vaya que si lo hizo.

Me llevó hasta la cama y allí perdí la voz, el sentido de la realidad y hasta mi nombre porque el único que logré repetir una y otra vez entre jadeos fue el suyo.

Me amó, Hiram me amó durante toda la noche, a intervalos en los que lográbamos cerrar los ojos para recuperar fuerzas y retomar nuestras caricias, siempre iniciadas por él.

Me amó, lo amé. Nos amamos.

A eso de las tres de la madrugada, un estruendo me sacó de golpe del profundo sueño en el que estaba sumida. Me sobresalté en la cama y me incorporé, con la mano en el pecho y tratando de recordar dónde estaba.

Todo estaba oscuro a mi alrededor, apenas veía un atisbo de luz bajo la puerta de donde quisiera que estuviera. Unas risas al otro lado y el ruido de unos golpes contra muebles. Luego, se escuchó un vaso caer al suelo y más risas. ¿Qué demonios…?

Un brazo rodeó mi cintura y un cuerpo se movió a mi lado. Entonces, los recuerdos se mostraron de forma clara en mi mente. Estaba en mi apartamento, con mi esposo en la cama.

Mi esposo.

—Tranquila, pirata. No nos están abordando. Son solo mi hermano y tu amiga —pronunció él, tirando de mi cuerpo hacia la calidez del suyo.

Me recosté a su lado y dejé que su calor me envolviera. Ambos estábamos desnudos y noté su piel arder, o tal vez fuese la mía la que ardía antes su proximidad.

—¿Cómo sabes que es Liam? —quise saber, ya que yo no pude distinguir bien las voces.

Sabía que una debía de ser Natalia porque nadie más tenía llave del apartamento, pero el otro bien podría ser Samuel Ashbourne.

—Creo que conozco muy bien la risa de mi hermano y la forma en la que camina. Podría distinguirlo con los ojos cerrados —contestó Hiram.

Al poco, escuchamos una puerta cerrarse de golpe y más risas. Después, comenzaron los jadeos y el rechinar de los muelles de la cama de al lado.

—Pues…, creo que vamos a tener espectáculo nocturno un buen rato —bromeé.

—¿Qué te parece si nosotros montamos nuestro propio espectáculo? —propuso él, con una mano deslizándose por mi vientre y avanzando de forma peligrosa hacia mi entre pierna.

—Hiram —exhalé cuando deslizó un dedo por la hendidura de mi sexo y rozó el clítoris.

—¿Cómo decís en este tiempo…? Ah, sí. —Metió el dedo dentro de mí y lo movió con tal destreza que no pude evitar gemir en alto—. Te voy a follar hasta que no quede un ápice de alma en tu interior, porque la voy a devorar entera. —Tras eso, sacó la mano de entre mis muslos, levantó mi pierna y me penetró por detrás.

—Oh, joder, sí —gemí y dejé que me follara hasta perder el sentido por completo, mientras en la habitación de al lado se sucedían los mismos gemidos que en la nuestra.

El apartamento se llenó con la música de nuestras almas amándose y los acordes de nuestra pasión.



Capítulo 32

Despertarme de nuevo con el peso de mi esposo sobre mí, mientras ambos nos damos placer mutuamente, era maravilloso. Apenas había salido el sol cuando Hiram comenzó a agasajarme con besos y caricias por todo mi cuerpo. En seguida nos acoplamos para dar paso al baile de nuestras caderas. Danzamos hasta que ambos llegamos a la liberación del orgasmo.

—Buenos días, esposa —ronroneó contra mi boca, aun dentro de mí y apoyado en sus brazos para no aplastarme.

—Buenos y grandiosos días, esposo —respondí. Apreté los músculos de mi interior, oprimiendo su miembro con fuerza, y él gruñó.

—¿Es que no te sacias nunca? —jadeó antes de caer sobre mi boca. Terminó el beso con un pequeño mordisco en mi labio.

—Jamás —dije con absoluta picardía y noté a su pene palpitar de nuevo.

—Mujer… —gimió, retomando de nuevo el movimiento porque su miembro indicó que estaba preparado para otro baile más—, vas a acabar conmigo. —Y embistió de nuevo.

Liberé un quejido, acompañado de una risa malévola mientras me penetraba de nuevo. Arañé sus brazos y su espalda hasta dejar caer las manos sobre sus nalgas, que se endurecían con cada embestida. ¡Dioses! Me maravillaba su capacidad de recuperación.

Nos corrimos casi al mismo tiempo, exhalando sonoros gemidos y sin importarnos si se despertaban los habitantes del otro lado de la pared.

—¿Crees que tendrás suficiente hasta la próxima vez? —jadeó y esta vez sí que estaba exhausto.

Reí, envolví su rostro con mis manos para besarlo y dije:

—Solo si no se alarga mucho en el tiempo. —Gruñó y me besó antes de dejarse rodar a un lado.

Reposé mi cabeza sobre su torso desnudo. Mientras acariciaba el bello de su pecho, escuché cómo los latidos de su corazón se iban ralentizando. Los míos también se habían calmado y no solo porque las caricias que me hacía con los dedos sobre mi hombro me

llevasen a la más absoluta relajación.

Escasos minutos después, escuchamos gemidos provenientes de la habitación de Natalia. Nos miramos y nos reímos.

—¿Quieres acompañarlos otra vez? —preguntó Hiram con un aire de picardía en su mirada.

—No, por hoy ya está bien de tanto sexo. Además, tenemos que acudir al museo. Nos esperan, ¿recuerdas?

—Mmm, es una pena. Me hubiese gustado pasar el día contigo en la cama…, y escuchando esos ruiditos que haces cuando te doy placer —ronroneó mientras se acercaba a mi boca. Le di un golpe en el pecho antes de dejar que me besara y rio al de apoderarse de mis labios.

Al sentir que su mano descendía por mi vientre de forma peligrosa, lo empujé y salí de la cama de un salto.

—Si pretendes frenar mis impulsos, con esa forma de moverte desnuda ante mí, no lo vas a lograr. Créeme, esos pechos son toda una tentación y cuando te mueves así… —Levantó las caderas y pude notar un bulto asomar entre las sábanas. Se llevó la mano a su dureza, la envolvió con una mano y apretó—. Me ponen muy cachondo cuando se agitan de esa manera —jadeó.

—¿Y tú dices que yo soy insaciable? —protesté, divertida al ver esa escena de mi esposo acariciándose el pene de esa forma tan excitante. Cogí un almohadón que había en el suelo y se lo lancé—. Hay que asearse y ponerse en marcha, marinero —dije.

Hiram rio. Echó las sábanas a un lado y dejó asomar su dureza. Mis ojos se quedaron fijos en ese grosor, en ese falo que tanto placer me daba y me relamí. No fui consciente de que se acercó a mí hasta que pronunció, con una voz grave y sensual:

—¿Ves algo que te guste, Corazón de fuego?

Suspiré, a sabiendas de que no podíamos volver a enredarnos entre las sábanas o llegaríamos tarde. Lo tomé de la mano y tiré de él en dirección a la puerta de la habitación.

—Nos vamos a la ducha —aseveré y él volvió a reír.

Me aseguré de que mi amiga y Liam estuviesen bien ocupados en su habitación. Tiré de Hiram y lo arrastré por el pequeño pasillo, desnudos los dos, hasta llegar al cuarto de baño. Por suerte, no era una habitación pequeña o no podríamos haber entrado los dos.

—Tienes que explicarme bien la magia de tener agua disponible siempre en casa, y caliente —comentó mientras lo metía en la ducha.

—No es magia, es ciencia —dije.

Cerré las puertas tras de mí y abrí el grifo, ya regulado en la temperatura ideal. En cuanto el agua comenzó a caer sobre nosotros, me aferré a su cuello para besarlo con pasión. Él me

cargó sobre su cintura, que rodeé con mis piernas. Listo como estaba, no le costó encontrar el camino de nuevo a mi interior. Hicimos el amor bajo el chorro caliente de la ducha.

Una hora más tarde, y teniendo serias dificultades para dejar de besarnos y tocarnos, salimos de la habitación. Yo llevaba unas mallas negras con top ajustado del mismo color. Hiram, en cambio, tuvo que vestirse con la misma ropa de la noche anterior. No tuve queja alguna, ya que ese traje le quedaba de escándalo.

—Controla tu fuego —me dijo cuando se percató de cómo lo miraba.

Parpadeé varias veces para romper el embrujo de su masculina figura, levanté la vista y sonreí. Hiram me tomó del mentón, lo acarició con el pulgar y bajó su boca hasta rozar la mía con un fugaz beso.

—Me encanta que me mires así, cariño, pero mi cuerpo se prende enseguida y me temo que no llegaríamos más lejos de esta habitación —murmuró contra mi boca. Solté una carcajada nerviosa.

—Tienes razón, será mejor salir de aquí cuanto antes.

—Deberíamos avisar a mi hermano de alguna forma… —Me había olvidado de ellos dos, y no será por los gemidos y gruñidos que se escuchaban al otro lado de la pared.

Salí como una exhalación de mi habitación y golpeé la puerta de la de Natalia. Hiram se quedó a la espera, observándome apoyado contra el marco de mi puerta. ¡Dioses! Estaba tan jodidamente sexy con ese traje y esa pose. Él, como si me hubiese leído el pensamiento, puso los ojos en blanco y resopló al mismo tiempo que se cruzaba de brazos.

Se escucharon risas al otro lado de la puerta y, segundos después, se abrió lo justo para dejarme ver un rostro del todo familiar.

—Liv… hola —saludó Natalia, con algo de fatiga en su voz—. ¿Querías algo?

—Eh, sí. Hoy habíamos quedado con los Ashbourne y el equipo en el museo, ¿recuerdas?

—Pero era una invitación a puerta cerrada —comentó ella.

—Bueno, sí, pero…

—¿Podríais ir vosotros dos y excusarme? —me cortó. Alcé una ceja. Ella debía de pensar que no sabía con quién estaba en la cama.

—¡Buenos días, Liam! —exclamé bien alto y vi cómo el rostro de mi amiga se teñía de rojo al instante. Me sentí poderosa, la miré y le mostré una sonrisa traviesa.

Él rio de fondo. Se oyeron el rechinar de los muelles de la cama y unos pasos firmes acercarse a la puerta. Instantes después, el rostro de mi cuñado asomó por encima del de mi amiga, que estaba claro que no sabía dónde meterse de la vergüenza que sentía.

—Le dije que era absurdo, que os daríais cuenta de que estaba aquí —comentó él.

—Es imposible no escucharte, hermano. No eres lo que se dice alguien silencioso —exclamó Hiram desde su posición. Desvié la vista hacia él y me guiñó un ojo.

—Como tú eres tan silencioso… —soltó Liam—. Oye, luego me tienes que explicar cómo haces para que Liv se…

—¡Liam! —exclamamos las dos al unísono. Ambos hermanos se carcajearon y los odié por ello. Siempre estaban igual, les encantaba provocarme.

—Pelirroja, estoy con Natalia. Excúsate de nuestra parte y pasadlo bien por nosotros —dijo, finalmente. Mi amiga soltó un quejido y puso cara de asombro, al mismo tiempo que Liam sonreía con picardía. Puse los ojos en blanco y resoplé.

No alargué más la conversación. Nos despedimos de ellos y nos fuimos camino al museo. Por suerte, el tiempo ese día estaba bien despejado, así que decidí que podríamos ir dando un paseo.

Cuando llegamos, nos encontramos en el profesor Pérez y el director del museo, Chris Macort, esperando en la puerta del museo que daba acceso directo a la zona de laboratorio. De un coche negro y amplio, que acababa de llegar al aparcamiento a la vez que nosotros, se bajaron los hermanos Ashbourne.

Nos preguntaron por Liam, pero Hiram excusó a su hermano. Dijo que se encontraba cansado por el viaje y yo les comenté que estaba algo acatarrado, así que entendí que mejor que se quedase a descansar. Un laboratorio no era lugar para alguien enfermo.

—Bueno, pues…, si estamos ya todos —comentó Macort y asentimos—. Bien, entremos. —Sacó un manojo de llaves y abrió la puerta.

Tras meter el código de la alarma, se prendieron las luces de forma automática, algo que a Hiram le deslumbró un poco. Levantó la mano y parpadeó varias veces para acostumbrar sus ojos a ese tipo de luz artificial. Lo escuché resoplar mientras caminábamos los últimos del séquito y me reí. Entonces, él me dio un pellizco en el trasero que me hizo soltar un quejido.

—¿Todo bien, querida? —quiso saber Pérez, que se volteó tras escucharme.

—Sí, no es nada. Una araña —contesté, nerviosa. El profesor me miró extrañado y luego a Hiram, pero no dijo nada. Volvió la vista al frente y continuó su camino.

Por el rabillo del ojo vi a mi esposo esbozar una sonrisa socarrona y le di un golpe en el costado.

Llegamos a la sala de trabajo y una corriente fría me envolvió. No recordaba la baja temperatura que hacía ahí dentro. Macort metió una llave especial en un panel y la luz se fue encendiendo poco a poco, por fases y de una forma tenue.

Lo primero en iluminarse fueron las mesas de trabajo donde se podían ver diferentes objetos encontrados, ya limpios y catalogados. Una a una, fueron mostrando lo que sobre ellas fuimos dejando durante la excavación. Hasta que, por último, se encendieron las luces del centro y la gran roca se dejó ver.

Nosotros dos nos habíamos alejado un poco del grupo principal, dejando a los cuatro

admirar toda la sala desde un rincón. Hiram se movió con pasos lentos y pesados hasta acercarse a la piedra. Yo lo seguí, con el corazón encogido porque sabía muy bien lo que estaba sintiendo.

Cuando estuvo a la altura del lugar donde reposaban los restos de Bellamy, Hiram cerró los puños con fuerza. Lo miré a los ojos y vi un brillo en ellos, intenso y cargado de dolor. Estaba ante la tumba de sus amigos, de su familia. Quise llorar, pero no podía porque me iba a costar mucho poder explicarlo.

Entrelacé mi mano con la suya y la encontré fría. Temblaba y eso me sobrecogió.

—Hiram —susurré a su lado.

—Estoy bien, tranquila. Es solo que… —llenó los pulmones de aire antes de continuar—. Es duro, Liv. Hace nada, estábamos sentados en la taberna con ellos. Éramos felices y, ahora, saber que eso es lo que queda de los que consideraba mi familia… —Dejó de hablar y le di un pequeño apretón en la mano.

No quería verlo así, no podía y más cuando hacía poco que había tenido que despedirse de su madre. Porque, aunque desde técnicamente hubieran pasado más de doscientos años, para mí y para él había ocurrido hacía apenas unas semanas.

—Profesor —llamé a mi mentor, atrayendo la mirada de los cuatro al mismo tiempo.

—Liv —susurró Hiram a mi lado. Lo miré y esbocé una pequeña sonrisa para decirle que confiara en mí. Y eso hizo.

—¿Sí, querida? —quiso saber Pérez.

—Voy a enseñarle a Hir… al señor Burke la zona del museo, si no les importa. Antes me comentó que le encantaría ver la reproducción del Whydah —mentí para sacarlo de allí.

—Oh, sí claro. Por supuesto. Id, nosotros seguiremos aquí —contestó el profesor.

Asentí y tiré de Hiram para llevármelo lejos de la tumba pirata. Por el camino, me detuvo para darme un profundo beso y decirme un gracias *as* que hizo que todo mi cuerpo se volviese gelatina.

Al llegar a la gran sala del museo, Hiram se quedó boquiabierto al ver la reproducción del último barco capitaneado por Samuel Bellamy.

—Ese navío… No recuerdo que el capitán tuviese uno parecido —comentó mientras caminaba despacio hasta posar la mano sobre la madera.

—Es una reproducción, no es el real y sí era suyo. Lo dicen los textos encontrados. Bellamy asaltó este barco de camino a estas cosas y le entregó La Sultana a los tripulantes del Whydah para que regresasen a puerto seguro —le expliqué.

—Ah, eso lo explica todo —dijo, sin mirarme.

Levantó la vista desde la quilla del barco, sin dejar de acariciar los tablones que la formaban. Entonces, lo vi fruncir el ceño y mascullar una palabrota.

—¿Ocurre algo? —quise saber.

—Sí, que espero no compartir travesía con el que realizó los amarres de la vela mayor porque no llegaríamos a buen puerto —contestó. Seguí con la mirada al lugar donde él estaba observando, pero yo no vi nada extraño—. ¿No lo ves? —preguntó al bajar la vista hacia mí.

—Pues, no.

—Esos nudos no están bien hechos, ni la cuerda es lo suficientemente fuerte para soportar una ligera ventisca. Imagínate una tormenta como las que hay en alta mar. Ese palo se iría al traste, llevándose la vela que empuja y da velocidad al barco —me explicó.

—Bueno, dudo mucho que este barco vaya a salir a navegar ni siquiera a un río —contesté entre risas.

—Eso espero, por el bien de la tripulación que viaje en él. —No dije nada, sería muy complejo explicar que era una simple reproducción y que el barco real aún estaba hundido a unos cuantos metros de estas costas.

Hiram caminó despacio, rozando la madera con la mano. Avanzó a su alrededor, mientras lo admiraba con cierta añoranza. Al final, era un marinero que echaba de menos el mar. Siempre sería un pirata, en este tiempo o en el suyo. Le seguí, dejándole espacio para que se deleitara con todo.

—Lo siento —pronuncié sin pensarlo.

Él se detuvo y bajó la vista hacia mí.

—¿Qué sientes? —quiso saber.

—Ellos murieron por mi culpa —confesé.

Mi visión se volvió vidriosa al instante. Me llevé las manos a la cara y me giré para darle la espalda. Hiram se apresuró a colocarse frente a mí y me las apartó. Limpió el agua que arrollaba por mis mejillas con los dedos y luego me besó.

—Tú no tienes ninguna culpa, ¿por qué piensas eso?

—Porque… porque hice lo que me pediste que no hiciera y entonces… Samuel… y los muchachos… —sollocé.

Me atrajo hacia él y rodeó mi cuerpo tembloroso con los brazos. Me rompí entre sus brazos y lloré, suplicando su perdón. Hiram acarició mi cabello y mi espalda, susurrando palabras para calmarme.

—Mi amor, no fue tu culpa —dijo.

—¿Cómo puedes decir eso, Hiram? Le dejé una nota a Bellamy donde le hablaba de su hijo, por eso vino a estas costas. Yo provoqué su muerte y la del resto de la tripulación —contesté entre sollozos.

Él suspiró, envolvió mi rostro entre sus manos y me besó.

—Cariño, tú misma me contaste que ellos se hundían en estas cosas mucho antes de que

hicieras tal cosa. Ya sabías cuál iba a ser su destino. Tú no has hecho nada malo, al revés. Intentaste hacer una buena acción por un amigo al que sé que querías de todo corazón —asentí, entre sollozos. Él sonrió con tanta ternura que estuve a punto de romperme de nuevo en llantos—. Mi amor, ¿por qué crees que le pedí al capitán que me liberase del contrato con la tripulación cuando nos casamos?

—¿Qué? ¿Cómo…? ¿Qué? —pronuncié aturdida.

—No quería morir en aquel barco y dejarte sola, no podía. Cuando me contaste tu historia y de cómo el capitán Bellamy y toda la tripulación encontraría la muerte pronto, supe que era el momento de renunciar a esa vida. Mi amor, tú me salvaste…, y a Liam también. Estamos vivos gracias a ti —me explicó.

Esa visión de las cosas ni se me había pasado por la cabeza. El dolor por la pérdida me había impedido ver más allá.

—Yo… —Pero no hubo más palabras, ni más quejas ni más llantos. Solo una boca devorando otra hasta dejar los labios hinchados.

Hiram me besó bajo la madera de aquel barco que bien pudo haber sido nuestra tumba y que, en cambio, era testigo de nuestro amor. El dolor se disipó como por arte de magia y el peso que había tenido sobre mí durante todo ese tiempo, se evaporó con solo una caricia de sus labios sobre los míos.

Supe, entonces, que nuestro viaje comenzaba ahí, junto al Whydah y que en esos besos había una promesa de amor eterno.



PRÓLOGO

Ya habían pasado tres años desde que una brújula mágica me transportase al pasado. Allí conocí al que se convirtió en el amor de mi vida y por el que recorrería miles de épocas diferentes hasta encontrarlo.

Tres años desde que viajé a la capital de la República pirata de Nassau y donde conocí a grandes hombres de la historia. Tres años en los que amé, sufrí y viví aventuras inimaginables. Y tres años desde que, por cosas del destino, volví de nuevo a mi tiempo…, pero no lo hice sola. Mi familia pirata también lo hizo.

Tal y como había jurado mil veces, Hiram cruzó océanos de tiempo para encontrarme y ahora vivíamos juntos en una preciosa casita en Irlanda, a las afueras de Dublín.

Aunque al principio, a muchos les extrañó que apareciese un hombre de la nada del que estaba perdidamente enamorada, nadie puso objeción alguna cuando vieron lo felices que éramos juntos.

Todo sucedió muy rápido: la boda, el traslado a un nuevo país, abrir nuestra propia empresa de cazatesoros y antigüedades. Por suerte, esta vez, quien me llevó al altar fue mi padre, aunque Liam hizo de padrino y estuve a punto de tirarle el crucifijo a la cabeza en varias ocasiones.

Decidimos construir nuestro hogar en una bonita zona residencial llamada Portmarnock, cerca de la playa. Hiram y Liam querían tener el mar a la vista. Aunque estuvimos una temporada viviendo en mi piso de Gijón y ambos se quedaron maravillados al ver lo que se parecía la bahía de San Lorenzo a la playa de Nassau.



—Hola, cielo. ¿Qué tal con los señores O'Conor? —saludé a Hiram cuando entró en casa.

Yo estaba sentada en la barra de la cocina, con el portátil abierto y revisando una serie de informes que los Ashbourne nos habían enviado para investigar. Porque nuestra empresa estaba muy ligada a la suya y manteníamos un contacto diario.

—Esas pistolas no tienen nada que ver con los piratas, ya te lo digo yo. Ni siquiera el sable se ve antiguo —contestó con voz cansada. Se acercó a mí y me dio un beso en los labios cuando yo estiré el cuello para recibirlo.

—Bueno, tal vez podamos estudiarlos mejor, con más detenimiento y los instrumentos actuales para confirmarlo —dije.

—¿No confías en mi criterio? —pronunció contra mi boca. Su mano acariciaba mi cuello con tanta delicadeza que la piel se me erizó.

—Confío ciegamente, pirata, pero ya sabes cómo se hacen las cosas en mi tiempo —contesté.

—Mmm, esta era es muy complicada. Todo va muy rápido y apenas hay tiempo para detenerse y disfrutar de las pequeñas cosas. Al menos, en mi época, aunque peligrosa, la vida era mucho más tranquila y placentera —masculló.

—Nada que objetar, mi capitán —me burlé.

De pronto, me tomó de las muñecas y tiró de mí hasta cargarme sobre su hombro, como si fuese un saco de harina.

—¡Hiram! —exclamé con asombro y diversión—. ¡Bájame!

—No.

—Irlandés, bájame ahora mismo o te las verás conmigo —lo amenacé. Él rio y me dio un cachete en el trasero. Solté un quejido.

—Ya lo creo que me las voy a ver contigo…, y voy a apagar ese fuego que tienes dentro —ronroneó y me excité—. ¿Dónde está Liam? —quiso saber mientras caminaba por el pasillo hasta nuestra habitación, conmigo al hombro.

—¿Dónde va a estar? En casa de Astrid, haciendo de jardinero —bufé.

Mi cuerpo voló hasta la cama y caí sobre el mullido colchón, acompañado de un grito de asombro. Instantes después, Hiram saltó sobre mí y se apoderó de mi boca. Se separó lo justo para quitarse la ropa, al mismo tiempo que yo, y jadeó:

—Un día nos va a meter en un problema con el esposo de esa mujer.

—Deja de hablar de tu hermano y fóllame, pirata. Apaga este fuego que siempre prendes con solo mirarme —le ordené.

—A sus órdenes, mi capita*na*. —Y cayó sobre mi boca de nuevo, al mismo tiempo que me penetraba de un solo empujón. Me folló y me hizo el amor durante horas, donde nos amamos enredados entre las sábanas de una cama que ya había visto de todo.

El futuro se abría paso ante nosotros y auguraba una vida plena y feliz.

Nuestro viaje comenzaba aquí.



Nessa McDubh (Xixón, 1980)

Escritora autopublicada de origen asturiano.

*«***Contar historias es mi razón de ser. Mi forma de evadirme de la realidad y de viajar a otros mundos…***»**

Apasionada y enamorada de Escocia, se escapa cada vez que puede a empaparse de la magia de esas tierras y poder reconectar consigo misma. Entre sus muchas novelas, destacan los libros que conforman la serie de romance histórico escocés Tambores de guerra.

Todos sus libros están disponibles en Amazon y Kindle Unlimited.

Puedes saber más sobre la autora a través de sus redes sociales: @**nessa_mcd**ubh.

¡EY! ¡NO TE VAYAS TODAVÍA!

Gracias por elegir mi universo particular,
repleto de historias apasionantes y llenas de fantasía.
Espero que hayas disfrutado de esta historia. Me anima a seguir creando
universos donde podáis sumergiros y disfrutar de un viaje increíble.

Te agradecería muchísimo que dejases tu valoración y/o reseña, me



ayudaría mucho a posicionarme para que otras lectoras puedan ver mis libros.

Puedes encontrar más libros del Nessaverso en este enlace:
https://amzn.to/4eOe5L3

O puedes escanear este código QR, darle a Seguir en mi página de autora y así estar siempre informada de todas mis novedades literarias. A mí me ayudarías mucho a crecer dentro de la comunidad de escritores de Amazon y a ti solo te tomará unos instantes.